

PUCK

¿DE QUÉ TIENES

MIEDO?

Robert Meyer



PUCK, ¿DE QUÉ TIENES MIEDO?

Por

LISBETH WERNER

EDICIONES TORAY.S.A.

BARCELONA-MADRID-BUENOS AIRES

Título original danés: NU GÆLDER DET, PUK - HVORFOR ER
DU BANGE

Traducción: Josefina Dalmau

Cubierta: González Vicente

Ilustraciones: R. Cortiella

NOVENA EDICIÓN

Depósito Legal: B. 7.395-1988

ISBN 84-310-2196-9



Mientras el «Arrow» entraba lentamente por la bocana del puerto de Sundkoebing, Puck estaba sentada en la bancada del pequeño yate, reviviendo todas las emociones experimentadas durante sus vacaciones veraniegas que estaban tocando ya a su fin.

Con el veterinario Móeller y su esposa, Puck y Navio habían navegado a lo largo de las costas danesas, disfrutando de la hermosura de sus paisajes. Y no sólo eso; habían vivido también tantas emocionantes y dramáticas aventuras que con la mitad hubieran tenido de sobra. El rapto de Lilian, sobre todo, había sido un auténtico drama; pero todo terminó bien, y Sonja, la pequeña y bonita acróbata de «Los Diablos Voladores», les había acompañado hasta Sundkoebing. El veterinario Moeller y su esposa no tenían hijos, y habían decidido adoptar a Sonja si lograban arreglar los documentos necesarios. El veterinario tenía grandes esperanzas de que todo saldría bien, a pesar de que el nacimiento y los primeros años de Sonja no estaban muy claros. Al parecer, la muchacha había nacido en una gran ciudad del sur de Alemania; pero el señor Moeller había realizado largas gestiones tanto con las autoridades danesas como con las alemanas y no esperaba tener ya muchas dificultades.

Sonja era muy feliz. A pesar de ser una acróbata excelente, siempre había odiado su vida en el circo como miembro del famoso conjunto de trapecistas «Los Diablos Voladores», y ahora miraba con esperanza una nueva vida en casa de sus cariñosos padres adoptivos, y cerca de sus buenas amigas Puck y Navio... Incluso Lilian se había hecho amiga suya... Y, afortunadamente, el pensionado de Egeborg estaba a poca distancia de Sundkoebing.

Como la mayor parte de los artistas que viajan mucho, Sonja tenía gran facilidad para aprender idiomas y había empezado ya a hablar el danés. Hay que admitir que tanto Puck como Navio habían demostrado ser unas maestras incansables, aunque quizá lo hacían porque preferían hablar danés en lugar de alemán, pero Sonja les estaba muy agradecida por sus lecciones...

Cuando el «Arrow» hubo atracado y el veterinario sujetó bien las amarras, dijo con una sonrisa:

— Hijitas, no sabéis las ganas que tenía de llegar a casa para comer como un ser civilizado.

¿Cómo puedes decir eso, tío Anders? —protestó Puck con energía. Hemos disfrutado de unas vacaciones extraordinarias

—De acuerdo — aceptó el veterinario con un movimiento de cabeza. Lo hemos pasado muy bien. Casi he llegado a sentirme niño de nuevo... pero puede ser una estupenda variación comer algo

que no sean conservas, servido en una mesa que no esté balanceándose siempre ¿Qué opinas tú, mamá?

La señora Moeller hizo una mueca divertida:

—Según mi opinión, no tienes por qué quejarte... Más bien creo que estás echando de menos las partidas de cartas con tus amigos ¿no?

El veterinario pareció animarse.

—Si, tienes toda la razón. Quizá sea eso...

Se volvió hacia Puck y Navio, y continuó:

—Espero que vosotras os quedéis en nuestra casa hasta que empiece el colegio. Así podréis pasar tres o cuatro días junto a Sonja.

Las muchachas le dieron las gracias a la vez, y Sonja expresó su satisfacción con una amplia sonrisa. Poco después, el pequeño grupo se dirigía a casa de los Moeller por las bonitas calles de Sundkoebing...

«Plet», el perrito de Puck, recibió a su joven dueña con gran alegría. El pequeño «cocker spaniel» se había encontrado muy solo durante el último mes y saltaba alrededor de la chiquilla en un mareante ir y venir.

—¡Qué perro más bonito! —exclamó Sonja en un danés chapurreado, mientras intentaba acariciar al perro que saltaba de alegría.

—Es el mejor perro del mundo —declaró Puck—, y ahora serás tú quien se ocupe de él...

—¡Qué maravilla! —dijo Sonja entusiasmada—. ¡Muchas, muchísimas gracias!

Puck se volvió hacia la señorita Petersen, la fiel sirvienta de la señora Moeller y preguntó con ansiedad:

—¿Se ha portado bien «Plet» durante nuestra ausencia?

—Ya lo creo —contestó la mujer— Cuando se acerca a los pollos, se le hace la boca agua... pero no llega a más. Ha sido un huésped ejemplar, como no hay muchos.

—¡Vaya! —rió el veterinario— ¿No estará usted pensando en mí?

—Olvídelo... —replicó la señorita Petersen desapareciendo con dignidad en dirección a la cocina.

—¿Qué te parece un bistec a la inglesa? —preguntó, riendo aún,

la señora Moeller.

El veterinario chasqueó la lengua:

—¿Tú qué crees? Ahora es a mi a quien se le hace la boca agua... igual que a «Plet»... Pero no lo olvides, Henny: ¡mucha cebolla frita... !

— Freiré un kilo para ti solo — rió su mujer, y siguió los pasos de su sirvienta.

El veterinario Anders Moeller se frotó las manos de alegría.

— Realmente, han sido unas vacaciones fabulosas; pero también gusta volver a casa. Ahora os toca a vosotras enseñar a Sonja la ciudad y todo lo que creáis de interés.

— ¡Con mucho gusto! —aceptó Navio—. Es importante que se «aclim»... «acalirn»... ¡Eh! «acali»... ¡Eh!

— Se aclimate —le ayudó alegremente el veterinario—. Sería mucho más fácil, Navio, si te limitaras a decir que Sonja se acostumbre lo antes posible a su nueva existencia; y para eso estáis vosotras.

* * *

Las muchachas pasaron tres días maravillosos en Sundkoebing. No paraban, de un lado para otro, y casi no tenían tiempo de volver a casa a las horas de comer. Cuando estaban juntas, charlaban mucho, y el danés de Sonja iba mejorando día a día. Como es natural aún tenía dificultades al construir una frase; pero entendía casi todo lo que decían Puck y Navío y adivinaba el resto. Nunca en su corta vida se había sentido tan libre y feliz como ahora, y no sabía cómo se las iba a arreglar cuando sus dos amigas se marcharan.

Los señores Móeller habían hablado mucho de esto entre ellos. Cuando tuvieron arreglados los documentos de adopción pensaron que quizá sería mejor mandar a Sonja al pensionado de Egeborg para que pudiera tratar a chicos y chicas de su edad y recibir la mejor educación. Pero después de pensarlo mucho decidieron que, por el momento, Sonja se quedara en Sundkoebing.

La pequeña alemana estaba contenta con esta decisión.

Estaba muy unida a sus padres adoptivos y, además, el pensionado de Egeborg estaba cerca. Podría ver con bastante frecuencia a Puck, Navio y Lilian; no sólo cuando ellas fueran a Sundkoebing, sino en el mismo pensionado, donde durante los fines

de semana, tenían camas preparadas para visitantes y huéspedes eventuales.

Así todo quedó resuelto de la mejor manera posible; pero, a pesar de ello, Sonja se sentía muy triste cuando, juntamente con sus nuevos padres, acompañaron a sus dos amigas al tren. Puck y Navio le habían prometido volver al cabo de dos semanas, pero, a pesar de ello, la despedida fue triste.

Cuando el tren salió de la estación, Puck y Navio se asomaron a la ventanilla para despedirse agitando los pañuelos.

Puck gritó:

—¡Adiós, tíos! ¡Hasta la vista, Sonja...! Cuídame bien a «Plet».

—Lo cuidaré —contestó Sonja—. *¡Auf Wiedersehen!* Perdon ..
¡Hasta la vista!

—¡Adiós...! ¡Adiós...!

Y el tren entró en la primera curva y se perdió de vista.

Las dos amigas se sentaron. Durante los primeros minutos no dijeron gran cosa. Cuando llegaban cerca de Oesterby se animaron, y, al llegar a la estación, estaban ya de un humor excelente. Apenas habían bajado del tren y tomado sus maletas, Puck y Navio oyeron un salvaje grito de júbilo

—¡Hola, angelitos...! ¡Qué contento estoy de volver a veros!

Eran Alboroto y Cavador, que se acercaban corriendo. Lo\$ dos traviesos muchachos casi les arrancaron las maletas de las manos mientras hablaban por los codos. :

—Dejen que seamos caballerosos, señoritas. Queremos demostrar que el veraneo no ha acabado con nuestros esmerados y buenos modales, los cuales nos han dado fama internacional...

— Deja ya de decir tonterías —le interrumpió Puck riendo a carcajadas—. ¿Lo habéis pasado bien?

— Al contrario, ha sido horrible —contestó Alboroto—. Tanto que cada día nos ha parecido un año...

— Pero ¿por qué?

— ¡Os hemos echado tanto de menos a ti y a Navio! — rió Alboroto.

— Además, no nos han gustado nunca las vacaciones — añadió Cavador.

Los dos compañeros tenían sus bicicletas delante de la pastelería del señor Bose y, poco después, habían colocado las maletas de las

chicas en el portaequipajes. Riendo y charlando emprendieron el camino en dirección al pensionado. Después de las largas y maravillosas vacaciones tenían mucho de que hablar...

En el «Trébol de Cuatro Hojas», Puck y Navio fueron recibidas con gran alegría. Inger y Karen habían llegado hacía media hora. Estaban deshaciendo las maletas y arreglando un poco la habitación.

— ¡Hola Puck, hola Navio! — dijo Karen contentísima y estuvo a punto de hacerlas caer con su entusiástico abrazo — ¡Qué feliz soy de volver a veros!

— Lo mismo decimos — contestaron al unísono las recién llegadas.

Las palabras de bienvenida de Inger fueron menos exaltadas pero no por ello menos cariñosas. Dijo con una breve sonrisa:

—He comprado unos refrescos para celebrar que estamos juntas de nuevo...Están en el armario... Y mi simpático tío me ha regalado dos kilos de bombones rellenos y chocolate.

—¡No me digas! —chilló Navío entusiasmada— No sabes cuantas veces he deseado tener un tío fabricante de chocolates. ¿Se puede tomar un trozo?

—La mitad del chocolate es para tí sola—declaró Inger riendo— Así que cuando gustes...

Navío no se hizo repetir la invitación.

Puck dejó correr la mirada por la habitación. Estaba contenta. La estancia olía un poco a pintura fresca y a barniz pero las ventanas estaban abiertas de par en par sobre el parque y encima de la mesa había un jarrón con flores obsequio de la señora Frank, la esposa del director. Los alumnos encontraban flores en su habitación siempre que regresaban al pensionado después de unas vacaciones.

Puck respiró feliz la brisa fresca que entraba por la ventana y dijo:

—Las vacaciones veraniegas son un invento fabuloso, pero también me gusta que terminen...

—Pero ¿Que dices? —exclamó Navío a punto de atragantarse con un trozo de chocolate —A mi me gustaría veranear todo el año menos las vacaciones de Navidad o las de Semana Santa.

—Tonterías —rió Karen— ¿Qué harías tú sin el «Trébol de Cuatro Hojas»...Por no mencionar el chocolate de Inger...?

En aquel instante entró Annelise corriendo. Traía consigo una bolsa grande de pastas secas hechas en casa. Comenzó a hablar sin detenerse:

—¡Hola chicas!... Tomad, las pastas son para vosotras...He hecho un viaje fabuloso con mis padres...Hemos llegado hasta Sicilia... pero las pastas son de la «Gran Granja»... También estuvimos en el Tirol y en Austria. ¡Qué trapos más maravillosos compramos en Viena...! Es la capital de Austria .. Pantalones largos y semilargos, pañuelos y montones de ropa interior... también vestidos y zapatos...

Las otras la escuchaban en silencio. Conocían bien a Annelise. Era capaz de hablar durante varios minutos sin que se le entendiera nunca nada; pero, tarde o temprano, solía callarse para respirar un poco. Y eso fue lo que ocurrió poco después. Se calló jadeante, pero aún le quedaba aire suficiente para preguntar:

— ¿Por qué no decís algo? ¿No habéis hecho nada que merezca la pena de ser contado? —Pero antes de recibir respuesta continuó —: Da igual. Estoy muy contenta de volver a veros. Le dije a mi padre que uno de estos días debíamos organizar una fiesta de bienvenida en «La Gran Granja»Pero ¿sabéis lo que ;ne contestó?

— ¡No!

— Pues dijo que debía calmarme un poco... Que él había tenido muchos gastos conmigo... sólo porque me compró un par de pantalones rojos en Viena.

— ¡No me digas! ¿Sólo te regalo *un* par de pantalones? — preguntó Puck sonriendo.

Annelise hizo un gesto de fastidio con la mano:

— Bueno, y un par de cositas más sin importancia... Pero ¿por qué no me contáis algo vosotras?

— Te daremos una explicación por escrito —repuso Karen con ironía—. Así podrás leer nuestras aventuras en cuanto tengas tiempo...

En aquel instante llamaron a la puerta, y la señora Frank entró. Saludó amistosamente a las chicas dándoles la bienvenida. Su sonrisa puso aún más alegría en el «Trébol de Cuatro Hojas» y, cuando hubo escuchado un rato las aventuras de las colegialas durante el último mes, dijo:

— Bueno, mañana empieza el nuevo curso y espero que

transcurra tan feliz como el último. Naturalmente, no podemos evitar las pequeñas peleas, pero no tienen demasiada importancia. Siempre hemos podido resolver los problemas con la ayuda de todos...

Y continuó, algo más seria:

—Algunos de vuestros compañeros han dejado ya el colegio y en su lugar han llegado otros. Seguramente habrá quien encuentre dificultades en adaptarse a su nueva vida... pero sé, por experiencia, que mi marido y yo podemos confiar en vosotras y que, también en el nuevo curso, os portaréis lo mejor que podáis...

—Sí, claro... naturalmente —contestó Puck en nombre todas... Pero, señora Frank, espero que esto no signifique que nosotras, las del «Trébol de Cuatro Hojas», debamos separarnos.

—No, mujer, no!

—Espero que tampoco ocurra nada en «La Flor de Retama» —dijo Annelise un poco impertinente—. Yo no quiero vivir con otras chicas que no sean Lilian, Else y Lone.

La esposa del director frunció las cejas, pero su voz sonaba amable cuando habló:

—Annelise, en este colegio los alumnos no dicen lo que quieren o no quieren... Cada uno debe respetar las reglas del pensionado. Así que no será tu voluntad la que decida si las cuatro de «La Flor de Retama» se han de separar o no...

Echó una mirada a una lista que llevaba y continuó:

—De este corredor, sólo Pía ha dejado el colegio, así que habrá un sitio donde meter una alumna en «El Ramillete de Jacintos». Se llama Gitte Poulsen, y espero que todas la traten con cariño y comprensión... Quizá le sea difícil adaptarse...

Cuando la esposa del director se hubo marchado, Puck dijo algo preocupada:

—Tengo el mal presentimiento de que esa Gitte será un problema. Pero, pensándolo bien, en este corredor todas somos bastante tranquilas y razonables, así que todo puede ir bien.

—¡Ya, ya! —dijo Navio—. A ver si va a convertirse en un corredor alborotado.

El resto de la tarde transcurrió saludando a los viejos y conociendo a los nuevos. La explanada delante del colegio parecía un hormiguero. Las conversaciones eran muy animadas por todas

partes. Las chicas, sobre todo, estaban ansiosas por conocer a quienes durante el próximo curso serían sus nuevas compañeras, y entre las «viejas» se murmuraba en los rincones. Los chicos parecían tomarlo todo con más calma. Por lo menos lo aparentaban. Los nuevos, alumnos parecían algo cohibidos y les era difícil encontrar el tono alegre y amistoso, aunque los «viejos» se esforzaban en animarles. Para el director y su esposa, y para los profesores, esto no era nada nuevo. Ocurría siempre al principio de cada curso.

En el despacho grande y soleado se encontraban trabajando el director y su mujer. Él estaba sentado detrás de su mesa de trabajo, mirando las listas, mientras fumaba en su inseparable pipa. Después de un largo silencio, dijo, levantando la cabeza:

—La colección de nuevos alumnos está muy bien... La única que me preocupa es Gitte.

—Somos dos en preocuparnos —declaró la señora Frank con una suave sonrisa—, No he podido encontrar un sitio mejor que «El Ramillete de Jacintos» donde hubiera una cama libre. Merete y Rigmor son un par de chicas razonables y, aunque Dorthé es bastante traviesa, no es mala. Espero que Gitte se encuentre bien entre ellas.

—Esperemos... ¿Pero no hubiera sitio mejor, de momento, alojar a Lise Sommer en «El Ramillete de Jacintos» y poner a Gitte bajo la buena influencia de Inger y Bente?

La señora Frank movió la cabeza:

—Lo que es bueno para unos es malo para otros. No tuve corazón para separar a las chicas del «Trébol de Cuatro Hojas» Además, Gitte va a vivir en el mismo corredor que ellas, y Bente tiene una rara habilidad para solucionar los problemas...

Y con una sonrisa añadió:

—Puck es incomparable!

El director Frank tampoco pudo dejar de sonreír. Entre los alumnos eran corrientes los motes; pero hasta entonces solamente había escuchado a su esposa llamar por el mote a una alumna, a Bente Winther... «Puck».

* * *

Puck estaba en la gran explanada hablando con Navio cuando Merete y Dorthé se acercaron a ellas.

—¡Hola, chicas! —saludó Merete—. Estoy contenta de veros

¿Estáis bien?

—Muy bien... ¿y tú?

—Pues bastante mal...

—¿Por qué?

—Ha llegado una chica chiflada al «Ramillete de Jacintos». Se llama Gitte.

—Sí —dijo Puck—. Hemos oído algo de eso. ¿Qué le pasa?

Merete hizo una mueca de contrariedad:

—Creo que es más fácil decir lo que no le pasa. A nosotras nos parece que está completamente chiflada, y creo que nuestro corredor se va a volver muy animado.

—¿Quiere pelea? —preguntó Navio, preparada para una imaginaria batalla.

—¿Pelearse? —repitió Merete sin dejar de sonreír—. No me extrañaría lo más mínimo, al menos ha estado a punto de mordernos durante las dos últimas horas... —Y un poco más sería continuó—: Yo era muy mimada y completamente intratable al llegar al pensionado... soy la primera en admitirlo. . pero en comparación con Gitte, era un ángel...

—¡Madre mía! —Suspiró Puck.

Se acordó con todo detalle de la primera época que Merete Dahl había pasado en el pensionado de Egeborg. Fueron unas semanas horribles. Merete era hija única. Su padre, el famoso profesor de Ciencias Naturales, Henrik Dahl, la había mimado demasiado. Antes de marcharse al Canadá, a trabajar para el Gobierno, había mandado a su hija al pensionado de Egeborg, donde la chiquilla se había convertido en una verdadera plaga tanto para el director y el profesorado como para los demás alumnos. Gracias a Puck, todo había terminado bien y, poco a poco, Merete se había convertido en una de las alumnas más apreciadas del pensionado. La alta y esbelta muchacha, de cabello rubio y ojos azules, no sólo era tan inteligente que compartía con Inger el primer puesto de la clase, sino que en el campo deportivo también destacaba tanto que hasta los chicos estaban impresionados... Incluso grandes deportistas como Alboroto, Cavadore, Caoba y Georg expresaban su admiración por Merete.

—Cuéntanos algo sobre esa Gitte —dijo Navío— no será nada que nosotras no podamos arreglar en menos que canta un gallo.

—¡Fabuloso!— Dijo Dorthé, que era sin duda la chica más traviesa y graciosa de todo el colegio, incluidos Alboroto y Cavador — Ya tengo pensadas algunas pequeñas sorpresas para ella ...

Puck la palmeó amistosamente y dijo con una sonrisa:

—¡No empieces ya, monstruo! Como dice Navío, cuéntanos algo sobre Gitte. ¿Quién es?... ¿Qué le pasa?

Merete se encogió de hombros:

—Por el momento, no hay mucho que decir. Su padre la trajo en uno de esos grandes coches americanos. Era tan largo que casi tuvo dificultades para dar la vuelta aquí, en la explanada. Ella se portó como una de esas estrellas de cine. El padre parecía bastante aliviado cuando la dejó en manos del director y se marchó...

Y añadió suspirando:

—Lo que más me gusta es que sea precisamente en el «Ramillete de Jacintos» donde se va a alojar.

—¿Dónde está ahora? —Preguntó Puck.

—Arriba, en la habitación. Está discutiendo con Rigmor... Pero nosotras nos cansamos de escucharlas y nos hemos ido.

—¡Ya! ¿Qué aspecto tiene?

—¡Parece hija de una pantera negra... Explosiva como la bomba atómica... Pero estoy segura de que Annelise la encontrará «simpática». Ha traído tantas maletas que a nosotras apenas nos queda sitio para el cepillo de dientes y el pijama...

En aquel instante, Rigmor llegó corriendo por la escalera. Estaba acalorada y parecía confusa.

—¿Qué pasa? — Le preguntó Merete rápidamente.

Rigmor entornó los ojos:

—Está completamente loca. No me atrevo a quedarme a solas con ella. Está destrozando la habitación.

—De esa chica nos vamos a ocupar nosotras —gritó Navío, que era muy amiga de Rigmor— ¡Vamos chicas!

Se fue corriendo hacia el edificio principal seguida de Dorthé, mientras Puck gritaba en vano:

—¡Escuchadme, Navío y Dorthé, tomadlo con calma!

—Es inútil —dijo Merete—. Más vale seguir las. Temo que va a haber jaleo.

—¡De prisa! —decidió al fin Puck, y salieron corriendo.

Apenas habían llegado al corredor, escucharon un alboroto

tremendo procedente del «Ramillete de Jacintos». El ruido era tan fuerte que podía ser escuchado en todo el edificio.

Merete abrió rápidamente la puerta y se quedó muda de asombro. Las otras miraron curiosas por encima de su hombro y se quedaron atónitas. El cuarto, que normalmente estaba tan arreglado, parecía en aquel momento un campo de batalla. Había maletas y ropas, zapatos y revistas por toda la habitación. En medio de aquel terrible desorden, estaba Gitte. Tenía un maletín en la mano y lo tiró con todas sus fuerzas en dirección a la puerta, mientras gritaba:

—¡Fuera...! ¡Fuera he dicho!

Las cuatro chiquillas se agacharon esquivando el maletín, y Navio chilló belicosa:

—¡A por ella, chicas...!

Dorthe y Rigmor no se lo hicieron repetir. Juntamente con Navio, se lanzaron sobre la pequeña furia que, en un abrir y cerrar de ojos, tuvo que declararse vencida. Mordía, y arañaba como una tigresa, pateando y chillando. Merete y Puck, las más sensatas del grupo, intervinieron rápidamente y, después de mucho trabajo, lograron separar a las luchadoras. Gitte se quedó sentada en medio de la habitación, mirando con odio a sus enemigas.

—¡Qué asquerosas! —masculló entre dientes—. Me las vais a pagar. ¡Sois repugnantes!

—La más repugnante eres tú —jadeó Navio—. ¡Vaya, fiera!

Puck agarró del brazo a su amiga y le dijo en voz baja:

—Esto no nos concierne, Navio. Y tampoco podemos arreglar las cosas luchando como gamberros.

—Pero ella...

—¡Cállate ya!

Gitte se levantó y quedó un momento indecisa. Se veía que tenía ganas de lanzarse sobre todas a la vez, pero fue lo bastante lista como para comprender que eran demasiadas. Por eso se limitó a chillar de rabia.

Merete echó una ojeada al cuarto y se volvió hacia Puck:

—Mira cómo nos ha dejado la habitación; sin embargo, fíjate qué cosa más extraña. Solamente ha estropeado sus propias cosas. ¿No te parece esto raro?

—No, en absoluto —contestó Puck tranquila.

De repente, se había acordado de un pequeño incidente, sucedido hacía unos tres años. Lo recordaba muy bien. Algunos chicos estaban en la calle jugando a policías y ladrones, y uno de ellos, llamado Peter, por algún motivo tuvo un altercado con sus amigos.



Lleno de rabia, tiró su escopeta de madera al suelo y la pisoteó hasta hacerla pedazos. Los otros chicos se reían de él por su incomprensible acto. Cuando Puck se lo contó a su padre por la noche, éste le explicó: «Acuérdate de este pequeño incidente, Bente. Si Peter rompió su propia escopeta, fue de rabia y no por malicia. Si el chico hubiera deseado ser malo, hubiera intentado estropear algo que no fuera suyo. Así calmó su furia, pero no dañó a nadie más que a sí mismo, y esta clase de muchachos vale mucho.»

«Esto también debía ser válido tratándose de chicas»: — pensó Puck, mientras contemplaba a la exaltada Gitte— «¿Qué se podría hacer?»

Puck calló durante un par de minutos; luego dijo:

— ¡Hola, Gitte! ¡Vaya genio tienes...!

— ¡Cállate, idiota... imbécil...! —contestó Gitte entre dientes—. ¿Quién eres tú? ¿Vives en esta habitación.

— No, pero vivo en este mismo corredor... y solemos pasarlo muy bien todas...

— Pues entonces, lárgate... o te tiro otra maleta.

Navio cerró los puños:

— ¡Ya va demasiado lejos! ¿Le damos una zurra, Puck?

— Estoy contigo —dijo Dorthé. Y Rigmor añadió jubilosa: —

Vamos a enseñarle lo que es bueno.

Las tres chicas estaban preparadas para un nuevo ataque, ¡pero Puck intervino para disuadirlas.

— ¡Basta ya! Aquí, en el pensionado de Egeborg, no estamos acostumbrados a pegarnos... Y Gitte se enterará pronto...

— ¿Estás segura? —chilló rabiosa la exaltada niña, dando un paso hacia Puck—. Más te vale tener cuidado; si no, te voy a dar una paliza que tardarás en olvidar. ¿No crees que tengo bastantes fuerzas para entendérmelas contigo?

— No, no lo creo —repuso Puck, muy tranquila—. Y te aconsejo que no lo intentes.

— ¿Ah, no?

Como un ciclón, Gitte se lanzó sobre Puck; pero más le hubiera valido no haberlo hecho, porque rápida como un gato, Puck dio un paso a la izquierda y al mismo tiempo empujó a su agresora haciéndola caer en medio del montón de ropas, maletas y zapatos. En el suelo, la furiosa novata pataleaba de rabia, mientras Navio, Dorthé y Rigmor reían a carcajadas.

—¡Bravo...! ¡Bravo...!

Merete movió la cabeza con desaprobación:

—Esto es horroroso. Voy a buscar al director...

—No, espérate un poco — le interrumpió Puck rápidamente—. Lo mejor es arreglarlo todo sin la intervención del señor Frank. ¿Te has hecho daño, Gitte?

La pregunta era compasiva por parte de Puck, pero Gitte no lo entendió así. Al contrario, pensó que quería burlarse de ella y contestó con voz llena de rencor:

—Es muy fácil reírse cuando sois cinco contra una... Pero puedes estar segura de que me vengaré.

Merete dijo tranquila:

—A ver si recoges todo esto, Gitte. No estamos acostumbradas a tanto desorden en el «Ramillete de Jacintos».

Gitte rió con desdén:

—Si hay algo que recoger, lo podéis hacer vosotras... o podéis llamar al director.

—¿Vamos a darle una azotaina? —insistió Navio.

—¡Tonterías...! —contestó Puck secamente—. Basta de jaleo por hoy... Vámonos.

—Pero...

—Vámonos, Navio. Nosotras no tenemos nada que hacer en este cuarto y no vamos a mezclar al director en esto.

—Pero yo opino...

—Sí, yo también, pero ven conmigo. Espero que podrás arreglarlo tú sola. ¿Verdad, Merete?

—Haré lo que pueda. Aunque, de momento, me parece bastante difícil.

—Vámonos, Navio —dijo Puck.

Ésta protestó, pero al fin se conformó y siguió a Puck. Gitte chillaba a sus espaldas:

— ¡Me vengaré de ti!

— ¿Lo dice por mí? —preguntó Navio, cuando habían salido al corredor.

— No, querida, es por mí. Pero me parece bastante injusta... Bueno... No tardará muchos días en calmarse.

— ¡Ya! —fue el escéptico comentario de Navio.

Puck no pudo evitar una sonrisa.

—No conozco a nadie que sepa pronunciar un «¡Ya!» como tú. Lo malo es que casi siempre tienes razón... Pero tengo el presentimiento de que todo se arreglará. Gitte está muy mimada sin duda y en este momento se encuentra fuera de sí, enfurecida por haber sido internada en el pensionado... Estas cosas ya han pasado antes... y sabemos también que suelen terminar felizmente.



—¡Ya! —repitió Navio—. ¿No crees que el caso de Gitte es bastante más difícil que los anteriores?

—No creo.

— Pues yo sí... y se me ocurre una idea.

—¿Una idea? —dijo Puck en tono escéptico.

—Sí. La vamos a enfrentar con Alboroto y Cavador. Estos incorregibles bandidos pueden arreglarlo todo. Incluso creo que les gustará hacerlo.

—Yo también lo creo —afirmó Puck sonriendo—. Pero debería

arreglarlo por mí misma, sin mezclar a nuestros queridos amigos. Seguramente lo podemos hacer nosotras solas.

Entonces, Navio repitió por tercera vez su inefable «¡Ya!»



Puck no estaba tan segura de que el caso de Gitte fuera fácil de resolver. Sólo podía desear lo mejor a sus amigas del «Ramillete de Jacintos», pues la pequeña fiera había demostrado que era peligroso acercarsele.

Cuando Puck pensó en lo sucedido, se consoló al recordar que en su ataque de rabia, únicamente había estropeado sus propias cosas. Y eso, según su padre le había dicho, era un buen síntoma. Se notaba que Gitte estaba muy mimada; debía estar acostumbrada a mandar y a salirse siempre con la suya en su casa. Esto no era nuevo en el pensionado de Egeborg, y casos como aquél siempre habían tenido un final feliz. ¿Sucedería igual con Gitte?

En la explanada, delante del edificio principal, se les acercó Alboroto que venía corriendo. El incorregible muchacho exclamó con ansiedad:

—¡Hola, Puck! ¡Hola, Navio! ¿Necesitáis mi ayuda y la de Cavador? Han corrido rumores de que tenéis problemas con una chica que se llama... ¿Cómo se llama?

—Gitte —respondió Puck con tranquilidad—. Pero te aseguro que nunca nos veremos mezcladas en problemas tan grandes como para necesitar tu ayuda o la de Cavador.

—Creo que sí la necesitáis —rió Alboroto—. Pero, si la rechazáis, no veo más solución que Cavador y yo nos ocupemos

personalmente. Somos un par de caballeros, con poder y voluntad, y nos será fácil dominar a la fiera. ¿Estamos de acuerdo?

—No — contestó Puck —. Nunca hemos estado menos de acuerdo que en este momento. Tengo gran confianza en vuestras habilidades, pero os ruego que no metáis vuestras preciosas narices en este caso.

—Yo creo... —empezó a decir Navio.

Puck la interrumpió:

— Navio, por favor, no les des falsas esperanzas. No tienen por qué meterse en los asuntos de los demás... No hay más que hablar.

Alboroto reía burlón:

— Querida Puck, creo que Cavador y yo discutiremos el asunto. Ya encontraremos algo que pueda servir de diversión general... excepto para esa... Gitte.

— ¡Ja, ja...! —exclamó Navio con picardía.

Alboroto hizo un gesto aprobador con la cabeza.

—Navio, comprendo que reconozcas el esfuerzo que Cavador y yo hemos venido haciendo por la gloria de nuestro viej y adorado colegio, y te prometo que tampoco esta vez te vamos a defraudar. ¿Seguirá Gitte nuestro curso?

— Casi seguro.

— ¡Estupendo...! ¡Fantástico! —rió alborozado el muchacho—. Así, Cavador y yo tendremos oportunidad de hacer algo al respecto... Nadie quedará decepcionado... ¡Palabra de honor!

— ¡Alboroto! —dijo Puck con aire amenazador.

— ¿Dime, mi angelito?

— Te prevengo que no te metas en esto. Gitte comparte la habitación con Dorthé... Con eso ya tiene bastante.

De repente, Alboroto pareció menos satisfecho. Hasta hacía un par de años, él y Cavador habían sido los chicos más graciosos y traviesos de todo el pensionado de Egeborg; pero había llegado Dorthé Hagen y les había superado... Al menos, eso opinaba gran parte de los alumnos.

— Bueno, ya veremos — dijo en tono algo menos arrogante.

Y se fue corriendo en busca de su inseparable amigo.

Las dos chicas siguieron su camino.

— No comprendo en absoluto a Gitte. Está chiflada — comentó Navio —. Fuimos Dorthé, Rigmor y yo quienes la atacamos... pero

se enfadó contigo. ¿Tú lo comprendes?

Puck sonrió casi imperceptiblemente:

— Quizá se figuraba que yo era la «jefa» de la pandilla... porque era quien hablaba más... En ese caso, no hay nada raro en su conducta.

— ¡Ya! —dijo Navio—. Tendremos jaleo con ella. Ya lo verás. Veo el futuro con preocupación.

Momentos después, dos amigas vinieron a buscar a Navio. Puck continuó sola su camino hacia el Lago Ege y se sentó en un banco de la orilla. Ante ella, el lago se extendía brillante y tranquilo, en el espléndido tiempo veraniego. Hacia el noroeste veía el pantano, las viejas ruinas y el Bosque del Oeste; enfrente tenía la Isla del Caballero Volmer, con los viejos y hermosos árboles que eran un paraíso para los pájaros. Sería difícil encontrar un paisaje en Dinamarca, cuya belleza se pudiera comparar con la de aquel lugar y que la misma manera tranquilizara el espíritu...

«Pero — pensó Puck — no todo el mundo sabe apreciar las cosas. Ni en el pensionado de Egeborg. Aunque la vida en el colegio y sus alrededores era apacible, no pocas veces surgían problemas que necesitaban gran esfuerzo para ser resueltos... Pero no podía ser de otra forma en un lugar donde convivían tantos alumnos y de caracteres tan distintos. Con frecuencia, tanto las chicas como los chicos procedían de hogares con sus propios problemas y parte de esos problemas los traían consigo al llegar al colegio. Ella también había pasado una mala época al principio; pero el hermoso lugar, los buenos compañeros y los profesores comprensivos, poco a poco la habían hecho adaptarse a la vida del pensionado... Seguramente a Gitte le pasaría lo mismo, porque no parecía mala. Lo había demostrado durante la rabieta en el «Ramillete de Jacintos». Podía ser una coincidencia; pero, por el momento, había que pensar y esperar lo mejor».

Puck se mordió los labios. Pensaba si la lista y hábil Merete sería capaz de arreglárselas sola. No podía esperar ayuda de las otras dos compañeras de habitación. Dorthé era incorregiblemente traviesa y Rigmor la admiraba y seguía su ejemplo... No, el futuro del «Ramillete de Jacintos» no estaba demasiado claro. ¿Qué se podía hacer?

Durante unos minutos Puck siguió dándole vueltas al problema

y, de repente, tuvo una idea. Un momento después corría hacia el edificio principal, y no se dejó retener por unas amigas que la llamaban. Tenía que hablar con la señora Frank, a ver qué le parecía su plan.

La joven esposa del director estaba sola en el despacho trabajando con sus listas de distribución. En el último momento había tenido que hacer algunos cambios y tratar de arreglar lo ocurrido en el «Ramillete de Jacintos», Algunas chicas de otras habitaciones le habían hablado del alboroto y, aunque le fue difícil enterarse exactamente de lo ocurrido, la señora Frank sabía que debía actuar. Hasta allí había llegado en sus pensamientos cuando llamaron a la puerta y entró Puck jadeante.

— ¡Hola, Bente! —sonrió la señora Frank—. Parece que has corrido mucho. Siéntate y cuéntame lo que te pasa.

— Gracias —dijo Puck y se dejó caer en una silla—. ¿Puedo preguntarle, señora Frank, si ha terminado ya de hacer la distribución?

— No, aún estoy pensando — contestó la esposa del director algo sorprendida—. ¿Por qué me lo preguntas?

A Puck le costaba encontrar las palabras adecuadas, y mientras pensaba, la señora Frank tuvo una idea y preguntó:

— ¿Tiene algo que ver con... el «Ramillete de Jacintos»?

— Sí, señora...

— Algo me han dicho sobre lo que ha pasado allí... pero no fueron Merete ni Dorthé ni Rigmor quienes me lo han contado... Según tengo entendido, tú también tuviste algo que ver en el asunto.

—No he venido a traer el cuento — dijo Puck rápidamente—. Sólo he tenido una idea que quizá podría ayudar un poco. Alguna vez me ha dicho usted que soy bastante sensata... pero... ¿sigue teniendo la misma opinión?

— En efecto, te creo muy sensata. Ya lo sabes... Puck.

— Merete también es muy prudente; sin embargo, Dorthé y Rigmor son más difíciles de controlar... Así que... pues he pensado que quizá por algún tiempo podía cambiarme con Rigmor. Estoy segura de que entre Merete y yo seremos capaces de enfrentarnos con cualquier problema que pueda surgir en el «Ramillete de Jacintos».

— Yo también lo creo así —sonrió la señora Frank—. En realidad, llegas como enviada del Cielo... Pero... ¿qué dirán tus amigas del «Trébol de Cuatro Hojas». ¿Ya lo saben?

—No, aún no les he dicho nada, aunque creo que estarán de acuerdo conmigo... Y cuando haya pasado lo peor, podré regresar al «Trébol de Cuatro Hojas», ¿verdad?

—Te lo prometo, Puck... y gracias por tu ayuda.

—De nada —murmuró Puck tímidamente.

Cuando poco después subió al «Trébol de Cuatro Hojas», encontró reunidas a sus tres amigas. Navio estaba describiendo con exceso de imaginación lo ocurrido en el «Ramillete de Jacintos» y Karen comentaba que aquella Gitte Poulsen debía muy chiflada; mientras, Inger, prudente y tranquila como siempre, permanecía callada.

—¡Hola, chicas! —saludó Puck alegremente—. Traigo noticias.

—¿Buenas? —preguntó Inger con su agradable sonrisa.

La sencilla pregunta sorprendió a Puck. Durante el último cuarto de hora había obrado impulsivamente, sin pensar demasiado en las consecuencias. Desde el primer día de su estancia en el pensionado de Egeborg había compartido el «Trébol de Cuatro Hojas» con sus tres amigas. Para cada chica del colegio tenía menos importancia el profesor que le correspondía que las compañeras con quienes iba a compartir la habitación. Esto era de vital importancia.

Y ella ni siquiera había consultado el cambio con sus amigas.

Inger la miraba con curiosidad.

— ¿Te pasa algo, Puck? Has llegado tan contenta diciendo que tenías grandes noticias... y ahora más bien pareces un reo ante el patíbulo. ¡Anda, habla!

— Me voy del «Trébol de Cuatro Hojas» —murmuró Puck Incómoda.

— ¿Qué dices? —exclamaron las otras tres al unísono.

Mientras sus amigas la escuchaban con ojos muy abiertos, Puck les contó en tono un poco vacilante, lo que había pasado. Inger lo comprendió, pero Navio gritó furiosa:

—¡Ya está bien! ¿Quieres hacernos creer que te vas de aquí a causa de esa presumida histérica del «Ramillete Jacintos»?

— No será por mucho tiempo... Al menos, eso espero...

— ¡Vete a la porra! —bufó de cólera Navio—. Ahora que hemos

logrado una completa armonía aquí, en el «Trébol de Cuatro Hojas»... Todos dicen que somos el mejor grupo. ¿Ahora tú lo quieres estropear?

Inger la interrumpió con tranquilidad:

— Escucha, Navio, no demuestras ser muy sensata. A mí tampoco me gusta que Puck vaya a separarse de nosotras aunque sea por poco tiempo... Pero estoy convencida de que ella lo hace con la mejor intención y está muy bien por su parte. ¿No te parece, Karen?

— No —dijo Karen en tono brusco—. A mí me parece que Puck nos vuelve la espalda.

— Un momento... —empezó a decir Puck.

Pero Karen la interrumpió con ironía:

— No nos debes ninguna explicación, Puck. Es cosa tuya si prefieres vivir en el «Ramillete de Jacintos»; pero, tanto Navio como yo, tenemos derecho a opinar, ¿no? —Y continuó enfadada—. Esa Gitte no puede tener tanta importancia como para estropear la buena amistad y el compañerismo del «Trébol de Cuatro Hojas».

— ¡Basta de tonterías! —interrumpió Inger, y por una vez su dulce voz parecía áspera—. Puck siempre ha puesto todo de su parte para mantener la paz y el orden... Y tú deberías ser la última en olvidarlo.

— ¿Qué quieres decir? —preguntó provocativa, en tono rabioso.

— ¡Adivínalo! —contestó su amiga.

Pero Karen no necesitaba adivinar. En otros tiempos, ella misma había tenido problemas. Se había portado horriblemente con sus compañeras, pero Puck no perdió nunca la paciencia y al final todo terminó bien. Sin embargo, Karen no quería pensar en aquello ahora. Desde entonces, Puck había sido su mejor amiga y ahora sentía una ira injustificada porque le parecía que Puck iba a abandonarlas en favor de Gitte. Era lo mismo que sintió cuando Puck y Annelise se hicieron amigas; seguramente, era la misma clase de celos, y cuando una chica está celosa no piensa con más sensatez que las personas mayores en igual situación desagradable.

Puck se sentía desgraciada. No sabía qué hacer ni cómo arreglar la situación y empezó a recoger sus cosas como una autómatas.

Karen se tendió despectivamente en su cama. Navio parecía la insegura e Inger dijo con amabilidad:

—Deja que te ayude, Puck.

—Gracias.

Poco después, entró la señora Frank y preguntó sonriendo:

—Bueno, Bente. ¿Estás lista para la mudanza?

—Sí — murmuró Puck—, Estoy lista...

La joven señora notó que había pasado algo. Echó una mirada rápida a las cuatro muchachas, pero no dijo nada, tomó una de las maletas de Puck y comentó:

—Vamos a intercambiar a Bente y Rigmor... No será por mucho tiempo... Y no estará más que a diez metros de aquí. Vamos, Bente.

Puck logró sonreír a sus tres amigas:

—¡Adiós y hasta la vista, chicas!

¡Hasta la vista, Puck! —contestó Inger con una sonrisa.

—¡So long! — dijo Navio en inglés, con voz insegura.

Pero desde la litera de Karen se escuchó un duro y amargo:

—¡Que te diviertas!

Puck cerró suavemente la puerta a su espalda y siguió por el pasillo a la señora Frank, quien dijo:

—Me parece que el ambiente era algo tenso en el «Trebol de Cuatro Hojas», pero estas cosas no tienen importancia y siempre pasan entre amigas. Por regla general, no suele durar mucho...



—Eso espero yo también —comentó en voz baja, la señora Frank le acarició el pelo con la mano libre y dijo:

—Los primeros días seguramente no serán nada agradables para ti, Bente; pero otras veces has demostrado que sabes resolver una situación difícil. Estoy segura de que tendrás éxito.

—Eso espero.

—Debes darlo por seguro —le corrigió la señora Frank con dulzura.

Puck no contestó. Estaba a punto de llorar. Naturalmente, era una tontería, tenía que admitirlo, pero de repente se sintió completamente sola.

* * *

Cuando la señora Frank y Rigmor hubieron abandonado el «Ramillete de Jacintos», Gitte resopló con rabia mal contenida:

— ¿Ahora, encima, me veré obligada a verte cada día?

— Puck había decidido, al menos de momento, tomarse las cosas con calma, así que contestó con paciencia evangélica:

— Sí; me temo que sí, Gitte. La señora Frank opina que pronto seremos buenas amigas...

— Así que eso opina, ¿eh? —chilló la pequeña fiera—. No parece muy inteligente. Lo que me pasa contigo es que no te puedo ni ver.

— ¡Qué raro, porque yo siento lo contrario hacia ti! —sonrió Puck—. En el pensionado de Egeborg, una se acostumbra rápidamente a las cosas y después no hay problemas...

Miró a su alrededor y dijo en tono aprobador:

— Veo que habéis arreglado la habitación desde la última vez que estuve aquí. ¿Has tenido trabajo, Gitte?

Dorthe rió burlona:

— Puedes estar segura de que Gitte ha trabajado. Nos mandó que le ayudáramos; pero, como no teníamos tiempo, se puso tan furiosa que tiró la mitad de sus cosas por la ventana...

— ¿Qué dices? —se asombró Puck.

— Aún están abajo.

Merete interrumpió:

— Gitte se niega a ir a por ellas y no veo motivo alguno por el cual estemos obligadas a hacerlo nosotras.

— ¿Lo he pedido, quizá? —replicó Gitte furiosa—. Puedo decidir yo misma dónde colocar mi ropa.

— No puedes —declaró Puck—. Da la casualidad de que no es posible, porque existen ciertas normas de orden que se deben cumplir... Y otra cosa: sí alguien encuentra tu ropa en el jardín, va a investigar cómo ha llegado hasta allí. Y eso significa bronca.

— A mí me da igual.

— Pues a mí no; así que ahora voy por ella.

— No te atreverás a tocar mi ropa con tus sucias manos — chilló Gitte pataleando.

— Pues no había pensado ponerme guantes — replicó Puck imperturbable —. Pero hay que ir a buscar la ropa, y ahora mismo...

— ¡La tiraré por la ventana de nuevo!

— No tendrás ocasión. Pienso llevarla a la lavandería; así podrás recogerla tú misma cuando tengas ganas.

— ¡Asquerosa!—gritó Gitte, cuando Puck dejó la habitación para bajar las escaleras corriendo.

Todo había sido poco antes de la hora de comer y la mayor parte de los alumnos se encontraban en sus habitaciones. Puck se alegró de ello, porque había pocas probabilidades de que alguien se diera cuenta y así evitaría preguntas desagradables cuando recogiera la ropa de Gitte.

Al doblar la esquina, vio a una niña que desaparecía corriendo tras la otra esquina. Puck apenas tuvo tiempo de ver que se peinaba con cola de caballo y llevaba pantalones verdes. En sus manos sujetaba algo de color amarillo, posiblemente un pañuelo o algo semejante.

Puck pensó que se trataba de alguna alumna con prisas, porque pronto llamarían para la comida y la encargada del comedor solía mostrarse bastante severa si llegaban tarde a la mesa. Sobre todo, sus queridos amigos Alboroto y Cavador sabían mucho de esto.



Cuando Puck llegó bajo la ventana del «Ramillete de Jacintos», tuvo que admitir que a Navio le sobraba razón para llamar «chiflada» a Gitte. Gran parte de su preciosa ropa estaba esparcida en un radio de diez metros. Era un espectáculo multicolor de vestidos, pantalones largos y cortos, ropa interior, zapatos y medias... Hasta un precioso vestido de noche, de color azul celeste,

había en aquella extraña exposición al aire libre.

Mientras Puck, rápida y cuidadosamente, empezaba a recogerlo todo, oyó a Gitte gritar en la habitación y a Dorthé; que parecía divertirse en grande. La voz de Merete sonaba mucho más tranquila y serena.

Cuando Puck hubo terminado su tarea, se fue corriendo a la lavandería y dejó allí el montón de ropa. Sonreía satisfecha. Ya podía Gitte ir a buscarla si le daba la gana.

En el mismo instante, sonó el aviso para la comida y Puck se fue corriendo en dirección al comedor. En la entrada se encontró con sus amigas del «Trébol de Cuatro Hojas»; pero Karen pasó por su lado sin dirigirle la palabra, y Navio la saludó en un tono forzado:

— ¡Hola, Puck! ¿Cómo van las cosas?

— Bastante bien —sonrió Puck—, ¿Y en el «Trébol de Cuatro Hojas»?

— No tan bien.

Inger dio a Puck un golpecito amistoso y dijo con su amable sonrisa:

— Ya verás, Puck. Todo irá bien. En realidad, creo que lo estás pasando peor que todas nosotras... Pero fue por tu gusto, así que debes recibir las bofetadas con la cabeza bien alta.

— De acuerdo, Inger...

En aquel momento llegó Dorthé abriéndose paso a través de un grupo de alumnos. Estaba medio muerta de risa y no lo disimuló cuando agarró el brazo de Puck:

— Ha sido un espectáculo de primera, Puck. Cuando tú estabas debajo de la ventana, Gitte te quería tirar todos sus zapatos a la cabeza. Merete y yo tuvimos que retenerla a la fuerza en su camá; luchaba como una fiera...

La voz de la encargada del comedor sonó en tono severo y autoritario:

—A la mesa y en silencio. ¿Han leído ya los nuevos alumnos el reglamento del comedor?

— No — respondió una sola voz. Era la de Gitte —. No he tenido tiempo.

La encargada se quedó perpleja por un momento; luego dijo con voz áspera:

— ¡En ese caso, te recomiendo leerlo antes de la próxima

comida!

El director Frank entró en el comedor y el bullicio se calmó un poco. Como era su costumbre, dirigió un pequeño discurso de bienvenida a los alumnos, tanto para los «viejos» como para los recién llegados. Terminó con estas palabras:

— Sí, muchachos, mañana empiezan las clases. Si cada uno de vosotros se esfuerza en cumplir con sus deberes, lo pasaremos bien juntos. Quizá los nuevos alumnos lo encuentren difícil al principio; sin embargo, creo que solamente será una corta temporada, porque en el pensionado de Egeborg solemos encontrarnos bien... sólo es cuestión de buena voluntad.

Después del discurso del director, el rumor de las conversaciones creció de nuevo. Alboroto se inclinó hacia su fiel camarada:

— Cavador, amigo mío... Estas emocionantes palabras del director han llegado a mí corazón, y me siento en posesión de esa voluntad de que habló. A ti te pasa igual ¿verdad?

— Naturalmente, los dos tenemos voluntad... pero... Lo malo es que la voluntad debe ir seguida del trabajo, así que será necesario pensar...

— Por el momento, nos limitaremos a pensar en algo divertido —rió Alboroto.

Y los dos revoltosos empezaron a cuchichear entre sí, mientras su interés por la comida que las sirvientas repartían iba decreciendo paulatinamente. Puck les miró de reojo y tuvo malos pensamientos.

«Cuando esos dos hablan así —pensó—, es que están tramando algo».

Y dijo en voz baja a Merete:

— Vigila a Alboroto y Cavador durante los primeros días. Te apuesto lo que quieras a que esos dos bandidos están tramando algo.



—Los enfrentaremos con Dorthé —sonrió Merete—. Creo que es lo único que respetan de verdad.

Merete tenía razón, pero podía haber añadido que el respeto era

recíproco. Dorthé no sólo consideraba a los dos chicos a su altura cuando se trataba de gastar bromas y hacer travesuras ingeniosas, sino que no olvidaba como aquellos dos y Puck se habían jugado la vida por salvarla a ella. Se acordaba muy bien de lo que había pasado aquella noche tormentosa, cuando, sin pensar en lo que podía suceder ella se atrevió a salir, en un bote de remos por el Lago Ege y había terminado en el agua, sin saber nadar. Sus tres compañeros llegaron en el último momento y sobre todo Alboroto había demostrado ser un auténtico héroe.

El terrible accidente no le había impedido a Dorthé continuar sus travesuras; pero, bajo la dirección enérgica del profesor Strandvold, se decidió a tomar clases de natación en la piscina.

La comida resultó bastante más bulliciosa de lo acostumbrado. Después de las vacaciones había mucho de que hablar por parte de los «viejos» alumnos, y los novatos aún no se habían hecho a la idea de que en el comedor únicamente estaba permitido hablar en voz baja. Las normalmente severas y autoritarias encargadas del comedor se mostraban en esta ocasión más comprensivas. Pero al día siguiente empezaba el nuevo curso y todo sería más normal.

* * *

Por la noche ocurrió algo. Media hora antes de acostarse, Merete y Puck subieron al «Ramillete de Jacintos». Gitte estaba sentada en su cama, en medio de un desordenado montón de ropa que iba repartiendo sobre la cama y el suelo.

Puck la saludó alegremente:

— ¡Hola, Gitte! Veo que por fin has traído la ropa de la lavandería. Ha sido muy sensato, por tu parte.

— ¡Cállate! —murmuró Gitte entre dientes, mientras removía el montón como si estuviese buscando algo.

Entonces miró furiosa a Puck y preguntó:

— ¿Dónde está mi bañador?

— ¿Tu bañador? —repitió Puck sin poner mucho interés en el asunto—. Eso lo sabrás tú mejor que yo.

— Lo tiré por la ventana... pero ahora no lo encuentro.

— ¡Vaya tontería! ¿Por qué no buscas mejor?

— Ya lo he buscado, pero el bañador ha desaparecido... de una manera muy extraña.

Puck se encogió de hombros despreocupada:

— Lo siento por ti, Gitte; pero podías haberte portado como una persona normal. Así aprenderás a no tirar las cosas por la ventana...

— ¿Dónde está el bañador? —preguntó Gitte con dureza;

— No tengo ni idea. ¿Crees que soy adivina?

— Ha desaparecido.

— Ya lo has dicho antes y te creemos —replicó Puck con paciencia—. ¿Has mirado en tu armario?

— No necesito mirar ningún armario si sé que lo tiré por la ventana.

— Quizá el viento...

— ¡Bobadas! ¿Crees que un bañador como el mío se lo puede llevar la brisa? No... Ahora sé la solución.

— ¿Por qué hablas tanto entonces?

— ¡Tú me lo has robado!

Puck abrió desmesuradamente los ojos y gritó:

— Pero ¿qué dices? Ahora vas demasiado lejos...

Desde que comenzó la discusión, Merete tuvo el presentimiento de que la cosa iba a terminar mal, por eso interrumpió rápidamente:

— Ten cuidado con lo que dices, Gitte. Todos conocemos a Puck y sabemos...

— Deja que esa ladrona conteste por sí misma.

— Ya está bien —estalló Puck completamente pálida y con los puños cerrados—. Eso no lo vas a repetir más.

— ¡Ladrona!

Entonces ocurrió algo increíble en la tranquila y sensata Bente Winther. Por un momento, perdió los estribos y saltó sobre Gitte. El ataque fue tan rápido y violento que las dos rodaron por el suelo. Gitte pateaba y chillaba, mientras Merete, asustada, intentaba intervenir:

— ¿Os habéis vuelto locas? ¡Basta ya...! ¡Basta, os digo!

Seguramente, Merete no hubiera tenido éxito en su propósito, pero en aquel momento se abrió la puerta. Era la señorita Holm, la «Capitana del Corredor». Miró atónita a las combatientes e hizo sonar su áspera voz con energía:

— ¡Basta... de inmediato!

Su voz produjo efecto en el acto. Puck se levantó rápidamente, mientras Gitte le seguía dando patadas. La señorita Holm entró en la habitación y continuó con severidad:

—¡Quiero una explicación, niñas!

Gitte se quedó sentada en el suelo y señaló acusadora a Puck:

—Ésa me ha robado el bañador... Y me ha atacado.

—Levántate —le ordenó la «Capitana del Corredor».

— Quiero que me devuelva el bañador.

—Levántate en seguida o te levantaré yo misma.

Gitte obedeció de mala gana, y la señorita Holm repitió:

— Quiero una explicación. ¿Cómo puedes acusar a Bente de robo?

— Señorita Holm — dijo Merete con voz tranquila —, ¿puedo explicarlo yo?

La «Capitana del Corredor» asintió con la cabeza.

— Sí; parece la más sensata de las tres. ¿Qué ha pasado?

Y Merete contó toda la historia...

La señorita Holm se volvió hacia Puck:

— ¿Por qué recogiste la ropa?

— Si alguien la hubiera encontrado en el parque, podía haber avisado al director con desagradables consecuencias para Gitte.

— Sin duda — admitió la profesora —. Es un acto de verdadero compañerismo, pero ahora tendré yo que informar al director.

— ¿Es necesario, señorita Holm? —preguntó Puck en voz baja.

— Sí, es necesario... Pero no tienes por qué preocuparte, si tienes la conciencia tranquila.

— No me gusta nada —murmuró Puck.

Gitte rió con desprecio.

— Eso lo comprendo...

— ¡Cállate... víbora! —exclamó Merete, cuya sangre empezaba a hervir—. Yo sé muy bien lo que Puck está pensando. Si el director es informado, los problemas no serán para ella, sino para ti...

Se volvió hacia la profesora:

— Señorita Holm, usted está a cargo de este corredor y sé que puede tomar una decisión sin mezclar para nada al director. ¿No podría darnos veinticuatro horas?

— ¿Por qué?

— Porque en este tiempo quizá encontremos solución a esto. ¿No podía usted darnos tiempo hasta mañana por la noche antes de contárselo al director?

La señorita Holm vaciló un poco antes de asentir:

— Bueno, de acuerdo. A ver si sabéis resolver el asunto vosotras mismas... Pero, os lo advierto: si hay el menor lío en esta habitación, lo sabrá de inmediato el señor Frank. ¿Dónde está Dorthé?

— Aquí estoy — sonó la alegre voz de Dorthé desde la puerta.

— Muy bien. Arreglaos ya para pasar la noche. Dentro de media hora quiero silencio en las habitaciones.

Cuando se hubo marchado la profesora. Dorthé preguntó con curiosidad:

— Explícame qué ha pasado aquí. Lone me ha contado que había un follón gordo en el «Ramillete de Jacintos». ¿Algo divertido?

Merete contestó rápidamente:

— Nada, sólo un pequeño desacuerdo entre Puck y Gitte, pero ya se arreglará. Vamos a la cama ahora.

— Pero podías contarme... —empezó a decir Dorthé.

Merete le guiñó un ojo:

— No, ahora no. Necesitamos descansar. Ya hablaremos mañana. Por cierto, ¿por qué has venido tan tarde?

— Estuve charlando con Alboroto y Cavador y me olvidé del tiempo.

— ¡Ya! —comentó Merete mirando con desconfianza a su amiga.

Medía hora más tarde, todo estaba en silencio cuando la señorita Holm fue a hacer su visita de inspección.

Pero a Puck le era difícil conciliar el sueño. No podía olvidar la fea acusación que le había hecho Gitte. Poco después se oían las respiraciones tranquilas y regulares en las camas de Dorthé y Merete, pero Puck se dio cuenta de que Gitte continuaba inquieta en la suya.

«Le remorderá la conciencia?» —pensó Puck. Y la respuesta a esta pregunta no la supo hasta la mañana siguiente, cuando Dorthé le cuchicheó divertida:

— Creo que Gitte ha dormido mal. Metí polvos de «pica-pica» en su cama.



Después de las largas vacaciones veraniegas, tan llenas de aventuras, Puck había esperado con alegría el primer día de clase, pero resultó ser el más triste de todos los que había pasado en el pensionado de Egeborg. No sólo era víctima de las palabras maliciosas de Gitte, sino que Karen seguía sin dirigirle la palabra. La actitud de su amiga era casi hostil.

Por otro lado, el día fue bastante fácil; los alumnos no tuvieron mucho trabajo. Fueron repartidos los libros de texto y copiaron el plan semanal de clases. Con esto terminaron el trabajo; durante el resto del día podían hacer lo que quisieran. Puck decidió dar un paseo bordeando el Lago Ege para pensar en sus problemas. Y tenía muchos.

Apenas había llegado al camino rural, oyó unos enérgicos timbrazos de bicicleta a su espalda. Eran Alboroto y Cavador. Cuando llegaron hasta ella, se detuvieron y desmontaron de las «bicis».

— ¡Hola, angelito! —saludó Alboroto con una amplia sonrisa—. ¿Has dormido bien?

Puck hizo un breve gesto de asentimiento con la cabeza:

— Sí. ¿Por qué?

Los dos revoltosos se miraron y Alboroto continuó:

— Así que no eran para ti los polvos de «pica-pica». Como puedes imaginar. Cavador y yo tenemos un almacén bien provisto... Esas cosas se necesitan con bastante frecuencia, y ayer por la noche, Dorthé vino a buscar algo de nuestras provisiones. No quiso decir quién los iba a «disfrutar»; pero, por lo visto, estaban destinados a

Gitte, ¿no?

— Seguramente...

— ¿Estás de mal humor?

— ¡Sí!

— ¿Nos acompañas a Oesterby?

— No, gracias. No tengo nada que hacer allí.

La voz de Alboroto sonaba a reproche:

— Querida pequeña Puck, siempre se puede hacer algo en Oesterby, mientras nuestro admirable amigo el señor Bose tenga helados, refrescos o tartas. Si vienes con nosotros, te invito a un helado.

— Y yo a refrescos — ofreció Cavador —. Quizá tendremos bastante incluso para comprar tarta.

A pesar de su mal humor, Puck no pudo dejar de sonreír:

— Aunque sois un par de grandísimos bandidos, os esto muy agradecida, pero hoy no tengo ganas...

Alboroto se puso confidencial:

— Te aseguro que nosotros también tenemos cosas seria en que pensar... cosas muy importantes que discutir.

— ¡Ya! ¿Qué clase de «problemas»? — sonrió Puck.

— Bueno... mira... ahora que ha empezado el nuevo curso, Cavador y yo hemos decidido, como siempre, trabajar de firme en nuestros deberes...

— Seguro — dijo Puck con ironía.

— Sí, sí; pero también hay que ocuparse de los ratos libres y hemos pensado organizar una gran fiesta y un concurso de natación...

— ¿Un concurso de natación? — repitió Puck, cuyo interés empezaba a despertarse—. Eso no está nada mal.

Alboroto se sintió satisfecho consigo mismo.

— A Cavador y a mí nos desbordan las buenas ideas. Durante muchos años hemos organizado partidos de fútbol... y continuaremos con ellos. Sin embargo, es muy triste, casi escandaloso diría yo, que nunca hayamos celebrado nada en nuestra maravillosa piscina. Hemos hablado con el profesor Strandvold y le ha agradado mucho la idea. ¿Te gustaría formar parte del comité?

— Sí.

— Pues, decidido... Vente con nosotros a la pastelería del señor

Bose. Se habla mejor cuando al mismo tiempo se toma un pedazo de tarta y un refresco.

Por un momento, Puck se sintió tentada a aceptar. Era difícil seguir de mal humor en compañía de Alboroto y Cavador. A pesar de ello, decidió:

— No, lo lamento mucho, chicos. Tengo varias cosas en qué pensar, sola... Pero si vuestra oferta sigue en pie, otro día quizá...

— De acuerdo, Puck, ya hablaremos.

Los dos muchachos se fueron en dirección a Oesterby y Puck siguió lentamente su camino por el sendero que se adentraba en la arboleda y pasaba por delante de la casa del señor Bang, el guardabosque, continuando hasta el pantano. Para ella siempre había sido más fácil pensar en plena Naturaleza, llena de paz. El alegre gorjeo de los pájaros y el suave soplo del viento en las copas de los árboles la ayudaban a concentrarse mejor.

Y en aquellos momentos le era necesario concentrarse.

La señorita Holm les había dado tiempo hasta la noche... Pero ¿cómo había pensado Merete resolver el problema? La única manera de terminar con el asunto sería encontrar el dichoso bañador. No cabía duda de que había desaparecido, Gitte seguramente no estaba mintiendo, pero ¿de qué forma había desaparecido? ¿Cabía la posibilidad de que alguna compañera se hubiera sentido tentada a tomarlo de la lavandería?

Puck fruncía las cejas de tanto pensar:

«Ahora lo sabía con seguridad. No había ningún bañador entre la ropa que ella había recogido bajo las ventanas del «Ramillete de Jacintos»... Estaba segurísima.

«Pero, en ese caso, el bañador debía de haber desaparecido cuando estaba con las demás cosas tiradas en el jardín. ¿Robado? Sí, seguramente... Pero ¿por quién?»

Puck había llegado casi hasta el pantano cuando, de repente, se acordó de algo: la chica que había visto doblar la esquina tan rápidamente. Recordó que llevaba cola de caballo y pantalones verdes. Y también algo amarillo en la mano.

«¿Se trataba del bañador? Cuanto más lo pensaba, más segura estaba Puck. ¿Quién podía ser la ladrona? En el colegio había varias niñas con cola de caballo, y algunas de ellas seguramente tenían también un par de pantalones verdes...»

Puck se puso a repasarlas mentalmente. Iba muy pensativa durante el regreso al colegio. Casi todas sus compañeras pasaron por su memoria; pero casi inmediatamente desechaba a la mayoría. Puck las conocía muy bien a todas, y sabía que a casi ninguna se le ocurriría jamás robar a una compañera u ocultar algo que hubiera «encontrado» casualmente, como en aquel caso. Además, no se acordaba de haber visto a ninguna de ellas con pantalones verdes... Claro que podían habérselos comprado durante las vacaciones.

Al final, sólo le quedaban dos chicas. Una de ellas era Selma, que ya llevaba un año en el colegio. Se peinaba con cola de caballo y tenía pantalones de muchos colores, incluso verdes; pero Selma era una chica muy recta y una buena compañera. Era casi imposible que ella hubiera hecho algo así.

Ya sólo quedaba la última sospechosa. Puck no la conocía en absoluto, ya que llevaba pocos días en el colegio. Por su estatura, bien podía ser la misma que Puck había visto doblar la equina... Sólo quedaba una pregunta: ¿tenía ella un par de pantalones verdes?

Puck había llegado hasta la explanada grande, ante el edificio principal. Algunas chicas estaban jugando a la pelota, mientras que otras formaban grupos y las amigas inseparables paseaban solas en charla confidencial.

Pero ¿dónde estaría la nueva alumna?

Puck la buscó por todas partes. De vez en cuando, intercambiaba unas palabras con alguna niña, pero sin detenerse. No tenía tiempo que perder. Debía hablar con la nueva alumna.

En uno de los bancos estaba Gitte, sola. Parecía enfadada. Por lo visto, las otras chicas no sentían ganas de hablar con ella. Debía ser porque los rumores sobre su mal comportamiento habían corrido por todo el pensionado de Egeborg. Por un momento, pensó Puck en ir a hablar seriamente con ella, pero no tuvo ocasión, ya que Gitte se levantó y se fue en dirección al edificio.

«Seguramente, irá a desahogar su mal humor en el «Ramillete de Jacintos» —pensó Puck, y continuó buscando a la sospechosa.

Por fin, sus esfuerzos obtuvieron resultado. La niña llegaba paseando lentamente por el sendero en dirección al colegio. Al parecer, iba hacia su habitación y esto convenía a los planes de Puck. La cosa era tan seria que prefería no tener testigos. Ojalá no

estuviera ninguna compañera de la chica ni el cuarto...

Puck la alcanzó cuando ya habría su puerta. Entonces le dijo con amabilidad:

— ¡Hola! ¿Cómo te llamas?

— Agnes —contestó sorprendida la muchacha—. Agnes Moeller.

— Es un nombre muy bonito — dijo Puck —. Agnes significa, según creo, la inocente o algo parecido. ¿Me dejas ver tu habitación?

— Sí...

— Gracias — dijo Puck y entró rápidamente.

Cuando hubo cerrado la puerta trás de sí, miró a su alrededor y movió la cabeza con gesto de aprobación.

— Es muy confortable esta habitación... Tan acogedora como la nuestra. ¿Estás contenta de estar en este colegio?

— Sí...

Agnes contestaba sin alegría, y Puck la miró con curiosidad. Tenía cara pequeña y facciones regulares. Sólo sus ojos parecían pertenecer a otra cara. Eran muy bonitos, grandes y azules, pero su expresión era muy triste. Si era verdad que los ojos reflejan el alma, Agnes debía ser una niña muy desgraciada.

— ¿Tienes algunos vestidos bonitos? —preguntó Puck curiosa.

— No muchos —contestó Agnes en voz baja—. Mi madre ha tenido muchos gastos sólo con mandarme a este colegio.

Puck se sentía incómoda, aunque logró disimular y, con una amplia sonrisa en su cara, palmeó amistosamente el hombro de la chiquilla.

— No se trata de tener mucha ropa, Agnes, si lo que se tiene es bonito y nos va bien. ¿Me dejas ver tus vestidos?

— Sólo tengo tres... uno para los domingos y dos para los días de labor... pero me van a regalar otro el día de mi cumpleaños...

— ¿Me los enseñas?

— Sí...

Un poco vacilante, la pequeña abrió su armario y Puck se interesó por su contenido. La colección era muy pobre: un abrigo de invierno, de lana, un impermeable, tres vestidos y... ¡un par de pantalones verdes! En el suelo había algunos zapatos y unas gastadas cajas de cartón.

La voz de Puck simuló entusiasmo:

— ¡Vaya pantalones más bonitos! Los llevabas puestos ayer, ¿verdad?

La pequeña dijo que sí con la cabeza. Parecía más animada.

— Mi madre me dijo que los llevara el primer día de clase. Son nuevos... Eran muy caros.

— ¿Qué tienes en las cajas?

— Un par de pañuelos y esas cosas.

— ¿Pañuelos bonitos? —preguntó Puck interesada—. ¿Me los dejas ver?

— Sí... pero tú seguramente los tendrás más bonitos... Ahora te los enseñaré.

Agnes abrió la primera caja. Puck se sobresaltó. Lo primero que vio fue un elegante bañador amarillo.

Con bien fingido entusiasmo, Puck tomó el bañador y exclamó:

— ¡Qué bañador tan precioso...! Debe haber costado por lo menos setenta coronas... ¿no?

Agnes no contestó. Se había sonrojado y evitaba mirar a Puck.

En pocos segundos, Puck se dio cuenta de todo. Por razones que no sabía explicarse, sentía en aquel instante una gran compasión por la pequeña que tenía ante ella, triste y acobardada...

Sin embargo, no cabía duda de que se trataba del bañador desaparecido a Gitte... Había que arreglar el asunto.

—¿Te lo ha regalado tu madre?

— No...

— Entonces, ¿quién?

Apenas Puck concluyó su pregunta, Agnes se echó encima de la cama y empezó a sollozar.



«Qué horrible era aquello» —pensó Puck y miró hacia la puerta —. «¡Ojalá no entrara nadie!»

Se inclinó sobre la niña que lloraba desconsoladamente y tocó cariñosamente sus frágiles hombros.

— Cuéntamelo todo, Agnes —la animó en tono amable.

— No... no —sollozó la muchacha—. Llévatelo. Llévate el bañador... Yo no lo quiero... No me gusta...

Puck se quedó un momento mordiéndose los labios. Era una situación muy fea; pero tenía que decidirse.

— Escúchame, Agnes — dijo en un intento de hacer sonar severa su voz —. Siéntate. Quiero hablar contigo.

Instintivamente, la pequeña obedeció. Se quedó sentada en el borde de la cama, aún bajo los efectos del llanto, mientras se secaba las lágrimas con el dorso de la mano. Todo su cuerpo temblaba cuando miró a Puck.

— No necesitamos hablar mucho de este asunto, Agnes. Este bañador no te pertenece. Lo encontraste en el jardín ayer, ¿verdad?

— Sí —contestó Agnes casi ahogada por el llanto—. Ya lo sé... Soy una ladrona...

— No digas bobadas — la interrumpió Puck rápidamente —. Sólo te has portado de una forma tonta. Cuando pasaste junto a toda aquella ropa esparcida por la hierba, te sentiste tentada... pero estoy segura de que estás muy arrepentida, ¿verdad?

— Sí; me arrepentí casi en seguida... ¡Ojalá no hubiera visto nunca ese dichoso bañador...! Tenía un aspecto tan elegante... y... y...

Las lágrimas brotaban de nuevo de los ojos de la niña, por lo que Puck dijo simplemente:

— No hablemos más del asunto. Lo guardaremos como un secreto entre las dos. Voy a devolver el bañador a su dueña, y después hablaremos... pero no digas nada a nadie. ¡Anímate, Agnes!

Puck salió corriendo de la habitación en dirección al «Ramillete de Jacintos», mientras iba haciendo un rollo con el bañador. Cuando con mucha prisa estaba doblando la esquina, casi chocó contra una persona. Era la «Capitana del Corredor», la señorita Holm.

— ¡Hola! —dijo la profesora medio asustada—. ¡Vaya prisa que llevas! ¿Ah, eres tú, Bente?

— Perdone —jadeó Puck—. Lo siento mucho, señorita... pero, pero...

De repente, Puck se sintió confusa e intentó ocultar el bañador en la espalda.

— Pero ¿qué...? ¿Querías decir algo?

La confusión de Puck creció; estaba completamente atrapada. Se daba cuenta de su horrible situación. Gitte le había acusado de robar el bañador que ella intentaba ocultar... y, si contaba la verdad, la víctima sería Agnes. Era terrible.

—¿Qué estás ocultando? —preguntó la señorita Holm asombrada.

La voz de la «Capitana del Corredor» sonó más severa:

—Quiero la verdad. ¿Qué estás ocultando?

— Nada... Bueno... es algo que debo devolver...

Puck se asustó tanto que casi se le cayó el bañador de las manos y se desenrolló. La profesora abrió desmesuradamente los ojos, exclamando atónita:

— ¡Pero, Bente! ¿Es éste... el bañador de Gitte?

— Sí... Quiero decir...

La señorita Holm hizo un gesto de espanto:

— No lo hubiera creído nunca, Bente. Así que fuiste tú...

— No... ¡Oh, no...! —suspiró Puck.

Y echó a correr llena de pánico, aunque la profesora la llamaba. Un momento después, entraba en el «Ramillete de Jacintos» cerrando la puerta a su espalda con fuerza. Gitte estaba sentada junto a la ventana y se levantó de un salto. Puck le tiró el bañador a

la cabeza.

— Aquí tienes tu dichoso bañador — gritó casi histérica —. A ver si ahora dejas tus malditos comentarios.

Por unos instantes, Gitte pareció paralizada. Entonces tomó el bañador y sonrió con desprecio:

— ¡Vaya, vaya! ¿Te arrepentiste por fin?

* * *

La señorita Holm, la «Capitana del Corredor», era una excelente persona en el fondo. De vez en cuando, tenía que ponerse muy severa y parecer una cascarrabias, pero las alumnas «viejas» no se dejaban engañar. Sabían que la profesora poseía un gran corazón y, en muchos casos, ella decidía lo que debía hacer en vez de informar al director. A ninguna de las chicas le gustaba esto último. Naturalmente, nadie les pegaba en el pensionado de Egeborg; pero el señor Frank tenía su propio sistema para resolver los problemas. Hasta el alumno más arrogante se sentía muy poquita cosa cuando era llamado a su despacho.

La señorita Holm se encontraba, pues, en una situación muy desagradable. Aunque había prometido a las chicas del «Ramillete de Jacintos» no actuar hasta la noche, todo había cambiado después del encuentro con Puck.

La situación era difícil. Ella siempre había apreciado mucho a Puck y la había considerado una niña honrada... Pero, ahora, ¿qué debía pensar?

La noche anterior Bente le había rogado no informar al director. Pero las cosas habían cambiado tras haberla encontrado corriendo, completamente confusa, intentando ocultar el bañador robado a Gitte Poulsen.

Era muy difícil saber qué hacer.

Después de considerar los pros y los contras, la señorita Holm decidió informar. No veía otra solución.

Momentos después, en su despacho, el señor Frank, escuchaba sorprendido la minuciosa explicación de la profesora. En pleno relato entró la señora Frank silenciosamente y se sentó en una silla.

Cuando la señorita Holm terminó, el director hizo un gesto distraído con la cabeza:

— Muy bien, señorita Holm, tendré en cuenta su explicación, y actuaré en consecuencia. ¡Muchas gracias!

Cuando la profesora hubo abandonado la habitación, el director se volvió hacia su esposa y preguntó:

— ¿Qué te parece?

Ella contestó sonriendo:

— ¡ Un disparate!

— La señorita Holm no suele decir tonterías.

— No, y Puck no suele robar.

— Bueno, tendré que hablar con Bente y Gitte...

— No, no debes hacerlo — le interrumpió su mujer decidida—.

Estoy segura de que hay una explicación para todo esto, pero lo arreglaremos entre Puck y yo. Hemos sabido resolver otros problemas antes y estoy segura de que también lo haremos esta vez...

Se levantó y se acercó a la mesa.

— Quiero que me dejes arreglar este asunto, porque, en parte, es culpa mía...

— ¿Tú? ¿Qué tienes que ver con eso?

— Te lo explicaré. Me vino muy bien que Bente se ofreciera a cambiarse con Rigmor, pues esperaba resolver con este cambio una situación difícil... pero si Bente no se hubiera mudado al «Ramillete de Jacintos», no estaría mezclada en todo este embrollo.

El director miró sonriendo a su guapa y simpática esposa, que se mostraba tan enérgica y dispuesta a la lucha. Empezó a llenar su pipa con lentitud y dijo:

— Siempre estás defendiendo a Bente, como si se tratara de tu propia hija.

— No podría desear una hija mejor que ella —dijo con voz de tono cálido—. Bente es una chica de primera... Es la mejor alumna que hemos tenido en el pensionado. Estoy segura de que entre las dos arreglaremos este asunto. No te opondrás, ¿verdad?

Él rió con burla:

— Sé que, si tuviera algo en contra, sería inútil oponerme. Conozco esa cara enérgica... —Y continuó ya más serio—: Pero, cuando uno juzga un caso así, hay que escuchar a las dos partes interesadas. No se puede decidir de antemano. Cualquier niño puede equivocarse el camino... hasta Bente Winther...

— ¿Estás dudando de la honradez de Bente?

— Yo ni creo ni dudo, querida... pero tampoco me toca a mí

intervenir en este desagradable asunto. ¡Te deseo lo mejor a ti... y a Bente!

— No quedarás decepcionado...

Fue a abrir la puerta al vestíbulo y a la primera alumna que pasó le dijo en tono amable:

— Por favor, Winnie. ¿Quieres buscar a Bente Winther, quiero decir a Puck... y decirle que baje al huerto para ayudarme?

La señora Frank se fue a la cocina en busca de un par de cestos.

Cuando Puck llegó al huerto, encontró a la esposa del director trabajando entre las hortalizas.

— ¡Hola, Bente! —saludó con simpatía la señora Frank. —Quizá te haya interrumpido en algo importante, pero necesito hablar contigo.

— ¿Sí? —dijo Puck en voz baja.

La joven señora la observó un instante y dijo:

— Veo que has adivinado de qué se trata.

— Sí — murmuró la muchacha.

— Mejor que mejor; así será más fácil y no necesitaremos perder el tiempo en preámbulos. —

Pero cuéntamelo tú.

— No puedo contarle... todo.

— Bueno, bueno; pues entonces cuéntame lo que puedas.

Y Puck empezó su historia, terminando así su relato:

—Por fin, logré encontrar al bañador, y se lo he devuelto a Gitte.

— ¿Y Gitte qué dijo?

Puck sintió un nudo en la garganta y de repente estalló:

— Ella sigue creyendo que soy una ladrona. Pero no lo soy, señora Frank... Usted al menos me cree, ¿verdad?

La señora Frank la abrazó sonriendo y contestó:

— Claro que te creo, Bente. Sin querer te ves mezclada en una situación muy desagradable de la cual es muy difícil salir.

Le dio una palmada amistosa en el hombro y continuó:

— Yo no soy más lista que cualquier otra persona, pero casi adivino lo que ha sucedido. ¿Te lo cuento?

— Sí, gracias — murmuró Puck con voz apagada.

— Muy bien. De alguna manera averiguaste quién se llevó el bañador de Gitte. Lo buscaste para devolvérselo... y ahora estás encubriendo a la autora del desagradable hecho. ¿No es verdad?



Como Puck no contestaba, la esposa del director la sacó demasiado amistosamente:

— ¿Qué? Contesta. ¿No tengo razón?

— Sí; tiene usted razón... pero no puedo ni quiero decir el nombre de la niña.

— Tampoco te lo voy a exigir, Bente. Lo único que me interesa saber es si la chica vale tanto como para que creas necesario encubirla.

— Sí, eso creo.

— ¿Pero vale tanto como para que Gitte continúe considerándote una ladrona?

El nudo en su garganta se apretó tan violentamente que Puck estuvo a punto de ahogarse, y rompió a llorar:

— Las lágrimas son una buena medicina, sana y barata — dijo la señora Frank acariciando el cabello de Puck —. Se pueden aliviar muchos problemas y disgustos llorando... No voy a molestarte más hoy.

Puck sollozaba e hipaba al mismo tiempo:

— Usted no me molesta nunca...

— ¿Tienes un pañuelo? —preguntó la señora Frank, sonriendo.

— No... Creo que lo dejé en mi habitación.

— Te dejaré el mío. ¡Toma, Puck!

Puck se limpió las lágrimas y se sonó la nariz en el pequeño y perfumado pañuelo. Hipó un poco:

— Se lo lavaré y lo plancharé...

— Ni hablar de eso —rió la señora Frank—. Quédatelo como un pequeño recuerdo de hoy. Me ha gustado mucho nuestra conversación; pero quiero que me prometas una cosa.

—Sí, señora...

— Si en estos primeros días te encuentras con dificultades demasiado grandes, vendrás a contármelo a mí.

— Sí... Muchas gracias... Lo haré..

—Gracias, Bente. Sécate los ojos y vete a dar un paseo por el parque o hasta el lago. El aire libre te sentará bien, y nadie se dará cuenta de que has estado llorando.

— Lo haré, señora Frank... y muchísimas gracias.

— No hay de qué — repuso la esposa del director —. ¡Ahora vete ya... Puck!

* * *

La señora Frank tenía razón al sospechar que a Puck le esperaban dificultades. Gitte hizo una descripción detallada de cómo la «ladrona» le había devuelto su bañador robado, a causa de los remordimientos de conciencia que había sentido.

Puck estaba ya bastante harta de toda aquella historia. Por eso se limitó a decir:

— Yo no robé el bañador. Lo encontré en circunstancias que no puedo explicar y se lo devolví a Gitte. No hay más que hablar sobre eso. Sí yo lo hubiera robado, no sería tan imbécil como para devolvérselo sin más y así darle oportunidad de hablar a Gitte.

— Claro que no —admitió Merete una tarde, cuando las dos se encontraban solas en la habitación—. Pero... ¡Caramba! ¿Por qué no explicas lo que pasó en realidad?

— No, Merete, no puedo — suspiró Puck —. Así daría ocasión a Gitte para molestar a otra...

— ¿A otra chica? —continuó Merete—. ¿Crees que no me he dado cuenta, Puck? Estoy completamente segura de que estás encubriendo a otra: la que lo robó de verdad. Demuestras un compañerismo excesivo... pero... según mi opinión, no hay que exagerar hasta el punto de que tú misma hayas de sufrir las consecuencias. No me quiero meter contigo, Puck, pero deseo que contestes una pregunta: ¿sabe el ladrón cómo lo estás pasando tú?

Sin pensar, Puck exclamó:

— Pero si es tan pequeña... Y completamente novata en el colegio.

—¡Ya! —interrumpió Merete con aire triunfante—. Por fin sabemos algo... ¿Así que se trata de una de las nuevas?

La voz de Puck se tornó dura y provocativa:

— Sí, se trata de una de las alumnas nuevas. Y te voy a contar algo más sobre ella, porque hemos hablado estos días bastante sobre sus problemas. Sus padres se divorciaron y ahora la madre está

trabajando duramente en una oficina y por la noche da clases de inglés y alemán. Es una buena madre, Merete... Una madre que quiere dar la mejor educación a su hija... Pero todo es muy caro hoy en día. Tú y yo tenemos padres que ganan mucho dinero, y para ellos no significa ningún sacrificio mandarnos a un pensionado caro y comprarnos mucha ropa elegante...

Y continuó en voz baja:

— Pero el caso de esta nueva compañera es diferente. Su equipo es tan pobre de ropa que Annelise en seguida la tomaría bajo su protección y le regalaría parte de su abundante ropero... Su madre no le ha podido comprar más cosas, porque resulta muy cara la estancia en el pensionado de Egeborg... Por eso, mi amiga se sintió tentada cuando, de repente, se vio delante de un bañador tan elegante... pero se arrepintió casi en seguida.

Puck miró a Merete y terminó:

— ¿Tú te atreverías a reprocharle algo?

— No —contestó Merete en voz baja—. Lo comprendo perfectamente; pero, a pesar de ello, no me gusta nada el asunto. Tú estás sufriendo demasiado por ser... por ser una buena camarada.

— Ya se arreglará todo —dijo Puck sin convicción en su voz—. El tiempo lo arregla todo.

Merete estuvo un momento pensando y al cabo manifestó:

— Bueno, quizá la situación no sea tan difícil. Delante de Dorthé y de mí, Gitte sigue asegurando que eres una vulgar ladrona; pero no le hacemos caso, al contrario... y estoy segura de que no se atreverá a decírselo a nadie más. Ella está bastante mal vista en el colegio y lo sabe perfectamente, porque no es tonta.

— Pero, ¿por qué se porta así? —suspiró Puck—. Yo no la molesté y, a pesar de eso, me ha odiado desde el primer día.

— Gitte necesitaba una víctima y tú has resultado ser la más propiciatoria —contestó Merete—. Es una niña sumamente mimada... como lo era yo, y estaba furiosa cuando fue internada en el pensionado de Egeborg. Su padre no sólo es viudo, sino también riquísimo y en su casa Gitte ha sido muy mimada... sin responsabilidades y acostumbrada a tener todo lo que se le antojaba... ¿Conoces la historia, no?

Puck movió pensativa la cabeza:

— En un pensionado, estas cosas pasan con frecuencia... pero

suelen durar poco. Todo se arreglará. — Y terminó de manera sorprendente—. ¿No crees que debíamos convocar una reunión de «La Pléyade»?

— Sí... quizá...

Merete no dijo más. Era lista y sabía muy bien lo que intentaba Puck. Hacía un año que su club secreto «La Pléyade» había sido fundado por iniciativa de Puck. Los miembros del mismo, además de ella, eran Inger, Karen, Navio, Annelise, Lilian y Merete. Desde entonces se habían reunido muchas veces para tomar té y pasteles, refrescos o helados... La razón por la cual Puck debía querer tal reunión podía ser sus tirantes relaciones con Karen, y ésta era miembro del club. Merete había abierto bien los ojos y los oídos durante la última semana, dándose perfecta cuenta de que las cordiales relaciones entre Karen y Puck se habían enfriado. Sin duda, Puck pensaba arreglar las cosas en una reunión de «La Pléyade»... Pero Merete no estaba segura de que los deseos de Puck se vieran satisfechos. Cuando Karen quería, era dura como una roca. Ni siquiera se podía estar segura de que acudiera a la reunión.

Merete comentó en tono vacilante:

— No hemos tenido ninguna reunión desde antes de las vacaciones, quizá fuera una buena idea... ¿Tienes algo importante para incluir en el orden del día?

Puck hizo un gesto algo triste:

— Sí, tenemos que celebrar una fiesta juntamente con el concurso de natación... Y si «La Pléyade» presta su ayuda, sería posible obtener un buen resultado. Ya ha ocurrido antes. ¿Qué te parece la idea?

— De primera —comentó Merete, intentando dar a su voz un tono de entusiasmo—. ¿Cuándo se va a celebrar la fiesta y el concurso?

— Dentro de unos diez días. Alboroto y Cavador lo están, organizando con Strandvold. A mí me han designado miembro del «comité», pero hasta el momento parece que no me han necesitado... —Y añadió, un poco más alegre—: Bueno, tampoco es raro que esos deportistas únicamente piensen en la natación. Van a organizar un concurso por equipos, formados por los alumnos de cada habitación...

— Comprendido — dijo Merete mirando por la ventana —. ¿Y

tú, a qué equipo vas a pertenecer? ¿Al del «Trébol da Cuatro Hojas» o al del «Ramillete de Jacintos»?

— No lo había pensado —contestó Puck contusa—. Supongo que esta cuestión se arreglará.

— Sí, claro —admitió Merete—. ¿Te entrenas estos días?

— No mucho —replicó Puck—. Fui a la piscina el otro día... pero era como si me faltara... entusiasmo.

De repente, Merete se puso muy contenta:

— Te voy a decir una cosa, dormilona. Las del «Ramillete de Jacintos» formaríamos un equipo fabuloso. Sin vanagloriarnos, podemos decir que tú y yo somos las mejores nadadoras entre las chicas.

— No sé...

— Claro que sí, únicamente quedan Lilian y Karen... y quizá Inger... para competir con nosotras. Gítte también lo hace muy bien. La vi ayer: nada como un pez... Sólo nos queda un pequeño problema, que se llama Dorthé. Pasa todo su tiempo libre entrenándose como una desesperada, así que la cosa no está del todo mal. Si hay justicia en este mundo, el «Ramillete de Jacintos» será el equipo favorito éntre las chicas. ¿Vamos a la piscina ahora?

Puck se sintió de mejor humor y contestó:

— Me parece una idea fabulosa. ¡Vamos! —Y añadió—: ¡Más vale que tenga cuidado, no vaya a equivocarme de *traje* de baño!



Cuando Puck y Merete llegaron a la piscina con sus bañadores puestos. Alboroto estaba realizando un elegante salto desde el

trampolín más alto. Un momento después subía a la superficie, resoplando como una foca alegre, y les gritó:

— ¡Hola, chicas! ¿Habéis venido para admirar los elegantes saltos del tío Alboroto?

Merete contestó rápidamente:

— No empieces ya, querido Alboroto. ¿No sería mejor que te entrenaras en natación?

— Un momento —rió el muchacho, y nadó con gran rapidez hasta la pequeña escalerilla.

Cuando llegó ante sus dos amigas, hizo un movimiento enérgico con la cabeza para quitarse el pelo mojado de la frente y dijo orgulloso:

— ¿Hablabas de entrenamiento, Merete? Creo que te falta un tornillo, querida. ¿No crearás que Cavador y yo necesitamos entrenarnos para ganar a los demás chicos del colegio?

Merete se rió:

— Tu humildad te honra, Alboroto. ¿Tu amigote Cavador es tan modesto como tú?

— Míralo — le recomendó Alboroto con un gesto orgulloso de la mano —. Dentro de unos instantes, mi amigo del alma efectuará el salto más elegante del mundo... y no nos interesa el entrenamiento. Si Caoba y Georg se esfuerzan mucho, quizá les demos permiso para lamernos los pies en los últimos metros, cerca de la meta.

A pesar de su mal humor, Puck no pudo dejar de reír. Conocía muy bien a Alboroto y sabía que estaba bromeando. Pero era un deportista de primera clase y tan bueno que no necesitaba vanagloriarse. Al mismo tiempo, era un gran compañero y nunca, por lo menos a sabiendas, medraba a costa de otros.

En consideración a los alumnos que querían entrenarse en saltos de trampolín, la piscina estaba dividida en dos partes por una cuerda. No estaba permitido a los nadadores sobrepasar ésta y así estaban seguros de no recibir una sorpresa desagradable en la cabeza. Sólo los chicos mayores se interesaban en los saltos del trampolín; la mayor parte de los alumnos se dedicaban a nadar.

El señor Strandvold, profesor de gimnasia, les dirigía. Le gustaba mucho su trabajo, y no le importaba dedicar sus horas libres a enseñar natación a los alumnos. Cuando vio a Merete y a Puck, se acercó a ellas y les dijo en tono alegre:

—Bueno, chicas, ya era hora de que empezárais a entrenaros. La competición sera dura dentro de una semana.

—Estas adorables criaturas no necesitan entrenamiento —rió Alboroto—. Les pasa lo mismo que a Cavador y a mi. Somos los mejores...

—Algún día se te acabará la vanidad, Hugo. Te ahogarás en tu propio orgullo... y eso sí que será una pérdida lamentable para el deporte.

Esto último lo dijo con acento de gran convicción. Alboroto era sin duda su alumno preferido, a pesar de sus bromas y travesuras.

«Si este chico trabajara en serio... en los entrenamientos, claro está... no cabe duda de que llegaría lejos en los deportes. Algún día podría ser famoso en el mundo deportivo danés» — pensó el profesor Strandvold.

Lo lamentable era que Hugo Svendsen no tomaba nada en serio. ni siquiera a si mismo... Y a la fuerza no se lograría nada con él.

El profesor hizo un gesto a las chicas:

—Bueno, al agua. Sólo Hugo defiende la errónea teoría de que no es necesario entrenarse.

Los dejó para atender a los demás alumnos, y Alboroto subió de nuevo al trampolín.

—Escucha, Merete —dijo Puck—. Se me ocurre una idea. Cuando celebramos algún concurso, solemos colocar unos bancos muy aburridos. Podemos hacer otra cosa para el concurso de natación...

—A los espectadores no les gustará estar de pie.

No había pensado eso, sino que podíamos colocar mesas y sillas alrededor de la piscina. Así, los espectadores, al menos los adultos, se podrían sentar y al mismo tiempo tomar refrescos.

—Es una idea estupenda — exclamó Merete—. Será una solución muy agradable y cómoda. En un lugar tan precioso.

Merete tenía razón. La piscina del pensionado de Egeborg era quizá la que tenía el paisaje más hermoso de toda Dinamarca. Por todos lados estaba rodeada de árboles con el brillante Lago Ege como fondo. Los bordes de la piscina estaban enlosados y, más allá, el manto verde de la hierba se extendía hasta los árboles.

Las dos chicas estaban a punto de lanzarse al agua cuando vieron llegar a Karen. Vestía bañador y albornoz. Puck casi se

sobresaltó cuando su amiga la saludó inesperadamente.

—¡Hola, chicas!

—¡Hola, Karen! —contestaron Puck y Merete sorprendidas.

Karen vino hacia ellas y dijo sin rodeos:

—¿He oído que ese monstruo de Gitte te está acusando de robo?
¿Es verdad eso?

—¿Quién lo dice? —preguntó Puck incómoda.

Karen hizo un gesto vago con la mano.

—No es necesario que contestes una pregunta con otra. He oído ese rumor y quiero saber si es verdad.

Karen hizo un gesto orgulloso con la cabeza. Su cabello rojo parecía arder bajo los rayos del sol, los ojos le echaban chispas y su voz sonaba furiosa:

—¡Habría que romperle la crisma!

—¡Karen! —exclamó Puck asustada—. No hables así de Gitte.

—Pero ella sí tiene derecho a hablar mal de ti, ¿no? —preguntó su amiga en tono belicoso—. Cuando lo oí, me puse tan furiosa que esa mona puede estar contenta de no haberse encontrado cerca.

Por regla general, Karen era muy sensata y tranquila; pero en ocasiones había demostrado tener un genio endiablado. En aquel momento echaba chispas. Su ira era tan violenta que Puck se asustó; pero sólo por un momento. Luego el susto dio paso a una inmensa alegría. Desde el primer día de clase, Karen se había mostrado glacial y huraña. Puck había llegado a pensar incluso que su amistad se había roto para siempre... Pero entonces Karen le estaba demostrando con toda claridad que seguía siendo su amiga.

Puck puso su brazo alrededor de los hombros de Karen y le dio un suave empujón:

— Estabas tan enfadada que por un momento me asustaste... Pero ahora me siento muy feliz.

— Yo también —dijo Karen y su ira se convirtió en alegría—. Es completamente estúpido que tú y yo nos pongamos mala cara...

Se corrigió a sí misma:

— Bueno, perdona, Puck, sólo yo he sido la culpable. Pero dime una cosa: ¿qué has pensado hacer respecto a Gitte?

Puck se encogió de hombros:

— Sólo puedo hacer una cosa, Karen... ¡Esperar lo mejor!

— Sin embargo, ella sigue llamándote ladrona.

— Sí, pero nadie la cree.

— Claro que no... pero no por eso tiene derecho a hacerlo.

— Yo opino lo mismo que Puck —intervino Merete—. Todo se arreglará. Ya sabemos que la primera época es la más difícil para las nuevas alumnas en este colegio. Gitte ha estado demasiado mimada en su casa; pero, con el tiempo, se olvidará de ello...

— Sí, si alguien se ocupa de su buena conducta — dijo Karen—. Yo, por ejemplo, estoy dispuesta a enseñarle...

— No, no, Karen — interrumpió Puck rápidamente —. Prométeme no intervenir. No arreglarás nada con la violencia.

— Las ganas no me faltan, Puck.

— Ya lo sé... Pero... ¿qué te parece si tú y yo nos contentamos por el momento con haber arreglado lo nuestro?

— ¡Tú ganas, Puck!

— ¡Estupendo! Ha sido una semana horrible. Lo de Gitte me tenía preocupada, pero tu enfado me inquietaba aún más...

Merete les interrumpió con ironía:

— Si habéis terminado vuestras ternezas, quizá podíamos preocuparnos un poco del entrenamiento. ¿Vamos, chicas?

Y Merete saltó de cabeza al agua con elegancia. Karen se quitó el albornoz y tendió la mano a Puck.

— Perdóname, Puck.

— ¡Olvidalo... y gracias, Karen!

Las dos se echaron también al agua...

Casi la cuarta parte de los alumnos del pensionado estaban en la piscina. Los mayores nadaban como si aquello fuera lo más importante de su vida, mientras los pequeños parecían estorbar. El profesor Strandvold iba dando consejos a los nadadores.

Mientras Puck estaba haciendo un «crawl» que levantaba grandes cantidades de espuma a su alrededor solamente tenía un pensamiento: Karen y ella habían hecho las paces. Esto le reconfortaba enormemente.



Desde el borde de la piscina sonó aprobadora la voz del señor Strandvold:

— ¡Muy bien, Bente, muy bien! El trabajo de tus piernas puede llegar a ser más efectivo... ¡Inténtalo!

Y Puck lo intentó, poniendo toda su voluntad en el esfuerzo.

También Gitte se encontraba en el agua y Puck comprendió rápidamente que aquella chica hacía el «crawl» como nadie. Al parecer, había practicado mucho deporte, y era evidente que el concurso significaba mucho para ella. Cruzaba la piscina de un lado a otro sin que nadie la siguiera, por la simple razón de que nadie tenía ganas de competir con ella. No era popular y, como dijo Alboroto, por el momento estaba «descalificada» por los compañeros. A ella no parecía importarle mucho aquel aislamiento, pero Puck pensaba que la muchacha debía sentirse muy sola.

En un par de brazadas, Puck llegó a su lado y le preguntó:

— ¿Qué te parece si hacemos un par de largos de piscina, Gitte?

— ¿Contigo? —resopló Gitte—. ¡Ni hablar!

— Pero, Gitte...

— ¡Cállate! No necesito tu compañía... —y añadió en un tono que no dejaba lugar a dudas—. Con este bañador no quiero problemas.

Puck sintió como si le hubieran dado un golpe en la cabeza. La alusión de Gitte al bañador era excesiva.

Por fortuna, en aquel instante llegó Merete y preguntó:

— ¿Cuántos largos hacemos, Puck?

— Dos. ¿En «sprint»?

— De acuerdo. Quien pierda pagará dos helados.

— ¡Bien!

Minutos más tarde, Puck se había salvado de pagar; pero por un par de metros únicamente. Cuando salían del agua, Merete dijo,

jadeante:

—Ha sido una carrera muy dura, pero lo hemos hecho muy bien y, aunque tenemos a Dorthie que no nada muy bien, el equipo del «Ramillete de Jacintos» seguirá siendo fuerte. Ya has visto cómo nada Gitte.

— Sí — contestó Puck, porque aún no sabía si nadaría con el equipo del «Ramillete» o con el del «Trébol».

Los miembros del club secreto «La Pléyade», estaban convocados para aquella noche. Como siempre, se reunían en el «Trébol de Cuatro Hojas». Inger desempeñaba el papel de anfitriona y lo hizo muy bien. De forma inexplicable, había conseguido como por encanto gran cantidad de helados, refrescos y chocolatinas rellenas.

Cuando las chicas estaban terminando ya con los dulces, Inger se levantó y dijo:

— Cuando fundamos «La Pléyade», redactamos seis artículos solemnes... que no hemos cumplido. Bueno, supongo que ése es el destino de muchos clubs como el nuestro, y únicamente nosotras tenemos la culpa. Tampoco creo que, en lo futuro, seamos capaces de cumplirlos, así pues propongo que esta noche sea la última en que nos rijamos por tales artículos. Para terminar, propongo que haya un solo artículo.

Karen se levantó. Tenía un papel en la mano y se puso a leer en voz alta:

— «Un miembro puede ser expulsado del club si demuestra mal comportamiento con los demás, maltrata a los animales, causa detrozos en la Naturaleza o, a sabiendas, actúa contra los intereses del club». Eso es lo que pone el artículo cinco. Ahora que estamos reunidas, chicas, quiero decir que yo, según mi opinión, he violado este artículo. He mostrado ser una mala compañera para Puck cuando...

— ¡Basta! — dijo Inger —. Sabemos todas lo que vas a decir, Karen. Pero hoy has demostrado ser una compañera de primera, así que no merece la pena discutir más el asunto...

— Estamos contigo — gritó Navio con júbilo —. Ahora vamos a comer un poco más de chocolate... También me será posible beber otro refresco.

— ¡Golosa! — sonrió Lilian —. ¿No puedes pensar en otra cosa que no sea comer?

— Nó sé...

Las otras se reían. Inger continuó:

— Todas estamos muy contentas de que por fin las malas caras hayan desaparecido. Así solamente quedan dos puntos en el orden del día: La organización del concurso de natación y el cambio de los artículos. ¿Por cuál empezarnos? El concurso de natación será el gran acontecimiento de este final de verano, y a nosotras siete nos toca darle un ambiente festivo...

— Nos pondremos nuestro vestido más elegante —dijo Annelise.

Los negros ojos de Inger brillaron un tanto maliciosos:

— Si te lo vas a poner para nadar, Annelise, es cosa tuya. Claro que de esta forma no creo que tenga muchas posibilidades de ganar el equipo de la «Flor de Retama».

— No... pero quiero decir que después habrá baile, ¿verdad?

— Vamos a hablar de eso ahora — dijo Inger —. El profesor Strandvold, Alboroto y Cavador se han ocupado únicamente del lado deportivo de la fiesta. Es todo lo que se les puede pedir a esos tres caballeros. Han sido muy amables al dejar que «La Pléyade» se ocupe del aspecto festivo. Por eso nos toca pensar, chicas... Tenéis la palabra...

Apenas Inger había concluido su frase, montones de buenas ideas zumbaban como mosquitos por la habitación. De hacer caso a todas las propuestas, se hubiera podido celebrar una fiesta de dos semanas de duración; pero, poco a poco, lograron ordenar las iniciativas. La idea de Puck de colocar mesas y sillas alrededor de la piscina fue aprobada con gran júbilo. La entrada para los adultos costaría dos coronas, un precio bastante alto, pero así sería posible comprar helados y refrescos. Las muchachas que no tomaran parte en el concurso deberían actuar como camareras... y para concluir la fiesta habría un gran baile en el aula de gimnasia.

—¿Cómo conseguiremos música? —preguntó Merete.

Inger vaciló un poco:

— Ésta es una pregunta bastante difícil de responder, Merete. Naturalmente, podríamos traer al «Trío» de Oesterby, pero no trabajan gratis...

— De eso me encargo yo — dijo Annelise.

— ¿Cómo?

— Es fácil. Llevo mucho tiempo pidiéndole a mi padre que me

deje dar una fiesta en «La Gran Granja» y ayer por fin me dijo que sí. Ahora le diré que dejaré de celebrarla si él paga el conjunto musical de Oesterby para nuestro baile... Encima le saldrá más barato.

— Te estás portando como los buenos —rió Puck—. A mí me parece una solución perfecta.

Y fue decidido por unanimidad que Annelise se encargara de la música. Llamaron a la puerta: fue una pequeña y agradable sorpresa para «La Pléyade». Se trataba de la cocinera Thora que les traía té y, detrás de ella, la señora Frank apareció con una tarta deliciosa. La joven esposa del director sonrió amablemente.

— Ha llegado a mis oídos el rumor de que «La Pléyade» tenía junta, y quisimos... como en otras ocasiones... sorprenderos. Espero que os gusten el té y la tarta...

— No faltaría más — estalló Thora resoplando, como si se desinflara su enorme cuerpo—. Yo misma he hecho la tarta con el sudor de mi frente.

— Que os aproveche, chicas — sonrió la señora Frank —. No vamos a interrumpiros más... pero, de parte de mi marido, debo deciros que, a causa de las circunstancias, tenéis permiso para permanecer una hora más después de que todos se hayan acostado.

— ¡Bravo! — gritó Navio —. Si hemos de comernos toda la tarta, tampoco la terminaríamos sin esta prórroga.

—Bueno, ¡hasta mañana! —se despidió alegremente la señora Frank.

— ¡Hasta mañana, señora Frank... y ¡un millón de gracias!

— ¡Divertios, chicas!

Cuando la puerta se cerró, Karen dijo:

— ¡No hay nadie como ella!

— No —dijo Puck seria—. La señora Frank es la mujer que una desearía tener como... madre.

Durante la siguiente media hora, las muchachas estuvieron ocupadas tomando té y comiendo tarta. Cuando terminaron, Lilian dijo:

— Me parece que nos hemos olvidado del último punto del orden del día, Inger. ¿Hablaste de cambiar el reglamento que rige el club?

Inger se levantó y dijo:

— Como mencioné al principio, tenemos seis artículos que nunca son cumplidos. Por eso propongo reunirlos todos en uno solo...

— Más fácil de recordar... y de cumplirlo —asintió Merete.

Inger hizo un gesto afirmativo con la cabeza:

— Sí, tienes razón, Merete. El artículo debería decir así: «La Pléyade» está basada en el buen compañerismo. Se puede convocar la junta cuando cualquiera de sus miembros lo desee»... Según mi opinión, no se necesita un reglamento más complicado.

— Estamos de acuerdo — contestaron las demás.

Y Navio añadió:

— Puedes llamar a junta en cuanto recibas más chocolate de tu tío.

— Estamos de acuerdo — dijeron las otras al unísono.

Y levantaron la sesión.

Cuando se despidieron, Karen dijo en voz baja a Puck:

— Espero que vuelvas pronto al «Trébol de Cuatro Hojas».

— Yo también lo espero —contestó Puck en el mismo tono.

— ¡Estupendo! ¡Buenas noches y hasta mañana!

— ¡Hasta mañana, y gracias por todo!

Cuando, poco después, Merete y Puck entraban sigilosamente en el «Ramillete de Jacintos» sonó la voz enfadada de Gitte:

— Dejad de hacer tanto ruido. Nosotras estamos durmiendo...

— ¡Cállate! —contestó airada Merete y encendió la luz—. No hemos hecho el menor ruido. ¿Por qué no te metes debajo de la sábana?

— ¿Que no habéis hecho ruido? — chilló Gitte con una mueca.

Y señaló con desdén a Puck:

— ¿También te divierte robarme el sueño?

Puck no contestó en absoluto. Se sentía demasiado contenta.

* * *

El director Frank estaba inclinado sobre los libros de la contabilidad, cuando llamaron suavemente a la puerta. No se dio cuenta hasta que volvieron a llamar. Entonces dijo:

— ¡Pase!

Una pequeña y abatida niña entró en la oficina. Tenía un rostro pequeño y sus facciones eran regulares. Se peinaba con una cola de caballo y tenía unos ojos preciosos, pero muy tristes.

El director dejó su pluma y dijo con voz amable:

— ¡Hola, Agnes! ¿Qué te trae por aquí?

La voz de Agnes no era más que un susurro:

— ¿Puedo hablar con usted un momento, señor director?

— Claro, hijita, claro — contestó el director —. Cuéntame; te escucho. ¿Hay algo que te molesta?

— Sí —murmuró la niña.

—Bueno, no te preocupes, ya verás cómo no será nada importante, Agnes. Siéntate en este sillón, y vamos a conversar tú y yo...

— Somos tres en esta conversación — sonó una dulce voz desde la puerta.

Era la señora Frank, que había entrado sin hacer ruido. Se sentó en una silla y dijo con gran amabilidad:

— Ven a mi lado, Agnes. Será mejor para nuestra charla... Ven, hijita.

Tímidamente y no sin miedo, Agnes cruzó la habitación. Cuando la joven señora puso su brazo cariñosamente alrededor de los hombros de la niña, de repente, ésta se sintió segura. Instintivamente se inclinó hacia la señora Frank, quien le acarició el cabello diciendo:

— Bueno, ahora cuéntanoslo todo, Agnes. Sabes que al director le gusta poderos ayudar... si es posible. ¿Qué te pasa?

Agnes tartamudeó un poco:

— Se trata... se trata... del bañador...

— ¿El bañador? —repitió la señora Frank—, Ya comprendo...

Hizo un gesto en dirección a su marido, como para que se fuera.

— Me parece que esto debemos arreglarlo nosotras solas...

El director se levantó, mientras asentía con la cabeza:

— Tengo que hablar con Frederiksen. Espero que podáis entenderos sin mí.

Agnes lo miró confusa cuando salía del despacho; pero la señora Frank la tranquilizó con amabilidad:

— Todo está bien, Agnes. Ahora tú y yo vamos a hablar. No tengas miedo. ¿De qué bañador se trata?

Por un momento, la niña quedó silenciosa, pero, poco a poco, fue hilvanando la explicación, mientras la joven señora escuchaba en silencio.

Cuando Agnes terminó, la señora Frank preguntó en tono serio:

—Díme, Agnes, ¿por qué vienes a contármelo ahora? ¿Ha pasado algo?

— Sí — contestó la pequeña a punto de llorar —. Algunas chicas del colegio dicen que Bente... Puck me parece que se llama... dicen que ella es una ladrona... pero no lo es... soy yo la ladrona... y no quiero que acusen a Bente... a Puck...

— Tú no eres una ladrona, Agnes —dijo la señora Frank acariciando el cabello de la pequeña—. Eres tan poco ladrona como lo es Puck. Lo que hiciste no estaba bien, de acuerdo, pero eso no es ser una ladrona.

— Lo que hice estaba muy mal...

— Bueno, hijita, estamos de acuerdo. Hiciste algo malo por un momento, pero después se lo confesaste a Puck, y ahora vienes aquí para terminar para siempre con el asunto. Con eso no quiero decir que yo te absuelva plenamente; pero, como dice un antiguo proverbio, «Quien se arrepiente, tiene media absolución ganada». Y tú estás arrepentida, ¿verdad, Agnes?

— Sí, señora —musitó la niña—. Ya no haré jamás una cosa así. No, nunca.

— ¿Lo habías hecho antes?

Agnes abrió desmesuradamente sus grandes ojos azules y su voz sonó sorprendida:

— No, señora, nunca.

La señora Frank recibió la contestación como un latigazo, y se arrepintió de haber formulado la pregunta. Estaba claro que Agnes no era una ladrona habitual. En un intento de arreglar su plancha, dijo a la niña rápidamente:

— ¡Olvídalo! No hablemos más del asunto. Has confesado tu culpa y me has prometido no volver a hacerlo; así que te puedo dar el perdón en nombre del director.

— ¿Seguro?

— Sí, hijita, sí.

— ¿Y... no... me van a... echar del colegio?

La señora Frank le acarició la cabeza sonriendo:

— No, claro que no, Agnes. Estamos muy contentos de tenerte con nosotros, y tu profesor dice que trabajas mucho y que eres muy aplicada. Ahora vete a jugar.

* * *

Diez minutos más tarde, la señora Frank sostuvo una conversación que no le gustó tanto. Fue con Gitte. Sin mencionar el nombre de la pequeña Agnes, la señora Frank explicó el asunto y terminó con estas palabras:

—Bueno, Gitte, aquí tienes toda la explicación, y espero que termines de acusar a Puck. Estas cosas no nos gustan en el colegio. Creo que lo más correcto por tu parte sería darle a Bente una disculpa.

— No.

— ¿Qué dices?

— Digo que no pienso darle ninguna disculpa... no a esa intrigante.

— Pero ¿qué te ha hecho?

— No la puedo tragar.

— Ésta es una contestación tonta, Gitte — dijo la señora Frank, y por una vez. su semblante dulce se tornó sombrío —. En este caso no se trata si te gusta Bente o no. La has ofendido y es tu deber disculparte.

— No me da la gana —contestó Gitte entre dientes con arrogancia.

Durante los seis años que la señora Frank y su marido habían estado dirigiendo el pensionado de Egeborg, se habían visto en muchas situaciones difíciles. Habían tenido que vérselas con alumnos tercos y maleducados, pero, en el fondo, eran buenos y, tarde o temprano, todo había terminado felizmente.

«¿Habría algo que mereciera la pena en Gitte Poulsen? pensó la señora Frank, mientras intentaba dominar su rabia».

— ¿Así que no te da la gana? —preguntó.

— ¡No!

— ¿Y si yo te lo ordeno?

— ¡No cambiará nada!

La normalmente tranquila y serena esposa del director se sintió tentada de dar una buena bofetada a la impertinente muchacha. Pero se aguantó y se limitó a decir:

— Debes tener la conciencia muy sucia, Gitte, y hoy no quiero verte más ni hablar más contigo. ¡Largo de aquí!

* * *

La señora Frank estaba en lo cierto respecto a la conciencia de Gitte. La muchacha estaba intranquila. En su casa había sido ella quien mandaba. Su padre le había mimado exageradamente, dándole regalos, mucha ropa y una abundante asignación semanal que le permitía «comprar amigas» que se aprovechaban de su «generosidad».

Pero en Egeborg todo había sido distinto. No la recibieron como a una reina, sino como a una niña normal y corriente. De súbito, había visto cambiar su existencia total y absolutamente. Nadie se inclinaba ante ella ni intentaba halagarla, sino todo lo contrario. Las compañeras parecían evitar su compañía... bueno, a excepción de una, y ésa era Puck. Gitte debía admitir que únicamente Puck se había mostrado amable e intentado buscar su amistad, pero sólo pensar en ello la ponía furiosa. En su orgullo herido había juzgado la conducta de Puck como arrogante, y no quería ni siquiera pensar en que fuera otro motivo del comportamiento de ésta. Además, le molestaba sobremanera que Puck fuese la alumna más popular de todo el pensionado.

«¿Cómo era posible eso — pensó — si no se pasaba el día regalando cosas ni invitando a algo?»

Éstas eran las ideas de Gitte mientras paseaba lentamente hacia el pequeño promontorio del lago. No le importaba la hermosura de la Naturaleza a su alrededor. Su corazón estaba lleno de amargura contra todo y contra todos, en especial contra Puck. En su corazón no había lugar para otros pensamientos.

Con cara sombría estaba contemplando el lago Ege, cuando oyó una voz tímida a su espalda:

— Gitte... ¿Puedo hablar contigo?

Dio media vuelta y vio a la pequeña que pisoteaba nerviosamente la hierba.

— ¿Qué quieres?... ¿Cómo te llamas? —preguntó irritada.

— Me llamo Agnes — murmuró la niña aún más nerviosa. Sólo quería decirte una cosa...

— ¿Qué?

Agnes, con gran esfuerzo, cobró ánimos y declaró muy decidida:

— Yo fui quien te robó el bañador.

La confesión sorprendió tanto a Gitte que, por unos segundos, se quedó sin habla. Luego dijo perpleja:

— ¿Así que fuiste tú? No estuvo bien... pero... ya me han devuelto el bañador...

— Sí; lo vi cuando te entrenabas en la piscina. Creo que es el único bañador amarillo de todo el colegio... así que en seguida me di cuenta de que era el que yo robé. ¿Estás... muy enfadada conmigo?

La pregunta preocupada y la expresión triste de aquellos ojos hicieron que algo empezara a despertarse en el alma glacial de Gitte. Lo que fuera aquel algo, no lo comprendía. No entendía que empezaba a responder a un llamamiento hecho a su generosidad por parte de una pequeña compañera que parecía muy infeliz e indefensa.

— Pero ¿por qué tomaste el bañador? — preguntó.

Agnes, tartamudeando, le dio la misma explicación que había dado a Puck una semana antes. Contra su voluntad, Gitte se sintió incómoda. Su conciencia comprendía con toda claridad por vez primera que, en este mundo, hay niños ricos y niños pobres.

— ¿Estás enfadada conmigo? —preguntó Agnes por segunda vez.

— ¿Enfadada contigo? No, claro que no —replicó Gitte entre dientes—. Está bien... Pero... ¿a cuántas personas se lo has contado?

— Sólo a Puck... y a la señora Frank... Pero ahora quiero que lo sepan todos...

— ¡No digas bobadas! —interrumpió Gitte—. ¿Por qué quieres que lo sepan? Eso no mejoraría las cosas.

Agnes se frotaba nerviosamente las manos. Parecía muy abatida.

— ¿No te ha dicho Puck que... fui yo?

— No...

— ¡Mira qué buena es! Puck es una chica de primera... es muy buena compañera...

— ¿Quieres callar? — casi gritó Gitte.

Agnes se sobresaltó y preguntó a punto de llorar:

— ¿No puedo decir esto de Puck? Todos lo dicen, Gitte.

— A mí me importa un comino lo que dicen los demás. ¿Damos un paseo por el bosque?

— Sí... gracias...

— Pues vamos...

Caminaban por el sendero del bosque y pasaron lentamente ante la casa del señor Bang, el guarda forestal. Gitte tenía una sensación extraña. Casi contra su voluntad, hubo de admitir que le gustaba la pequeña y bonita muchacha que iba a su lado. Aunque sólo se llevaban un año de diferencia, en aquellos momentos se sentía su protectora. Miró a Agnes por el rabillo del ojo y preguntó:

— ¿Es verdad que tu madre trabaja en una oficina durante el día y da clases de idiomas por la noche?

Agnes asintió con la cabeza:

— Es necesario. Todo está tan caro hoy día. Es un gran sacrificio para ella mandarme al pensionado de Egeborg, pero cree que es la mejor solución, porque ella está ocupada todo el día. Puedes estar segura de que mi madre es extraordinaria... La tuya también, ¿verdad?



— ¡No!

— Lo siento... ¿Ha muerto?

— No. Mis padres se divorciaron — contestó Gitte con voz dura

—. ¿Conoces la expresión «patria potestad»?

— No...

— En el divorcio, mi padre obtuvo todos los derechos sobre mí... y esto significa que tu madre vale más que la mía.

— No comprendo...

— Es igual, tampoco viene a cuento. ¿Es verdad que sólo tienes tres vestidos?

— Sí... pero son muy bonitos.

— ¡Ya! Es curioso pero... ¿Te has fijado que somos más o menos de la misma estatura? Estoy segura de que usamos la misma talla. ¿Tienes algo en contra de la ropa usada?

— ¿Ropa usada? — repitió Agnes confusa—. No, no creo...

— Bueno, no muy usada. Es casi nueva... pero yo tengo algo que quiero cambiar. ¿Lo quieres tú?

Sólo pensar en ropa nueva y elegante hizo brillar los ojos de la chiquilla; su voz sonó preocupada:

— Pero, Gitte, no puedes regalar tu ropa así...

— ¡Tonterías! Se trata de mi ropa. ¡Vamos, regresemos!

* * *

Las otras tres compañeras de habitación estaban inclinadas sobre sus deberes cuando Gitte entró corriendo. Se fue directamente a su armario y empezó a llenar una maleta con un gran surtido de su abundante guardarropa: vestidos, zapatos, pantalones, blusas y algunas prendas de ropa interior. Todo ocurrió rápidamente, sin que ella abriera la boca. Cuando cerró la maleta y estaba a punto de marcharse, Puck preguntó sorprendida:

— Oye, Gitte. ¿Te vas de viaje?

Gitte dio media vuelta y contestó entre dientes:

— Quizá... ¿A ti que te importa... entrometida?

Cerró la puerta de golpe. Las tres amigas se miraron consternadas y, al final, dijo Merete, haciendo un gesto significativo:

— ¡Está completamente chillada!



El gran día se acercaba. Los alumnos se entrenaban en la piscina tan pronto como tenían un momento libre. La fiesta acordada en la reunión de «La Pléyade» fue aceptada con júbilo. Unicamente Alboroto parecía un poco preocupado al comentar:

— Mis queridas amigas, parece una idea tentadora la de poner todas esas mesas y sillas alrededor de la piscina... Pero no veis tan claro como yo las siniestras consecuencias de estos planes.

— ¿Qué consecuencias?

— Que seremos Cavador y yo quienes tendremos todo el trabajo de sacarlas y luego el de volverlas a retirar después de la fiesta.

— ¿Y qué? — sonrió Puck—. No os irá nada mal un poco de ejercicio, de esa manera os haréis fuertes.

— Me parece que ya hacemos bastante —gruñó Alboroto—. Pero somos dos caballeros, y no vamos a estropear vuestra fiesta. ¿Qué hay de la música?

— Annelise ya lo tiene todo arreglado con su padre.

— Esa pequeña bruja resuelve toda clase de problemas —rió Alboroto—. Nos vamos a divertir en grande. El colegio ha ofrecido dos bonitos trofeos de plata como primer premio... uno para el equipo de chicos y otro para el de chicas. Grabarán en ellas una inscripción y serán colgados en la habitación del equipo ganador. A ver si uno de los trofeos es para el «Ramillete de Jacintos».

— Esperemos que sí.

— ¡Ya! Esa Gitte es una nadadora de primera en todos los estilos... La he visto entrenarse —y riendo preguntó—: ¿Habéis

logrado domarla?

— No hemos tenido mucho éxito.

— Bueno, tampoco es asunto mío. Por cierto, Puck, tu caso es algo extraño.

— ¿Qué quieres decir?

— Quiero decir que, según me ha dicho el señor Strandvold, nadarás con el equipo del «Ramillete de Jacintos». En mi opinión, hubiera sido más natural que hubieras formado equipo con el «Trébol de Cuatro Hojas». En ese caso no habría duda respecto al cuarto donde iba a ser colocado el trofeo.

— No empieces a darme coba, Alboroto — replicó Puck.

Pero Alboroto estaba en lo cierto. «El Trébol de Cuatro Hojas» contaba con dos buenas nadadoras: Inger y Karen, y el «Ramillete de Jacintos» con dos igual de buenas: Merete y Gitte. En esta situación, todo dependía de Puck.

Alboroto terminó con una amplia sonrisa:

— Tendrás que esforzarte, Puck, sí no Gitte se enfadará de verdad. Apuesto helados para todos a que esa chica ha tomado con mucho interés este concurso. Si el «Ramillete de Jacintos» queda en segundo lugar, no me gustaría llamarme Puck.

— Bueno, no exageres...

— ¡Os hará pedazos a Merete y a ti! Acuérdate de las sabias palabras del tío Alboroto. Tienes una responsabilidad enorme sobre tus frágiles hombros, mi querida Puck.

— Supongo que sobreviviré.

— Te deseo lo mejor, angelito.

— ¡Y yo a ti!

— ¡Gracias! —contestó Alboroto con un gesto caballeresco—. Pero Cavador y yo somos tan buenos nadadores que no necesitamos de la suerte para ganar.

— Tu humildad te honra —rió Puck.

— Adiós, chicas — rió el revoltoso muchacho, y en seguida subió la escalerilla hasta el trampolín.

Poco después estaba compitiendo en saltos con Cavador.

* * *

El domingo, Puck y Navio marcharon a Sundkoebing y fueron recibidas con gran cordialidad en casa del veterinario. Era difícil saber a quién alegraba más su visita si al veterinario, a su mujer, a

Sonja o a «Plet». El danés de la pequeña acróbata había mejorado notablemente.

Durante las últimas dos semanas, le había dado clases particulares un profesor del colegio superior de Sundkoebing. El veterinario explicó bromeando:

— Tengo la impresión de que aquí, en Dinamarca, el idioma que mejor se entiende es el danés, y nuestra hija lo va a aprender de la mejor manera posible. Además, puedo deciros ya que los documentos para la adopción están a punto de ser firmados... sólo faltan un par de detalles sin importancia... y Sonja será nuestra y sólo nuestra.

— ¡Qué maravilla, tío Anders! —gritó Puck jubilosa—. ¡Creo que no podíais haber encontrado una hija mejor que Sonja!

— Bueno, pudimos haberte adoptado a ti —gruñó el veterinario—. ¿Has tenido noticias de tu padre últimamente?

— Sí, tuve una larga carta la semana pasada —contestó Puck radiante—. Dice que vendrá en octubre junto con... con...

— ¿Por qué no dices «con mamá», Bente? Eso suena muy bien.

Puck sonrió al pensar en aquella Nochebuena que había pasado con su padre en casa del veterinario, en la que también estaban Karen, Navio y la simpática señorita Brinck, quien, poco después de Navidad, se había convertido en la señora de Winther. A Puck le gustaba mucho su madrastra, y aquella Nochebuena habían acordado llamarse entre sí Puck y Ellen. Les era más fácil y natural así.

«Será maravilloso —se dijo Puck— cuando papá y Ellen vengan dentro de poco de Valparaíso para quedarse un mes entero en Dinamarca».

Las tres amigas pasaron juntas una tarde maravillosa, y Sonja saltó de alegría cuando el veterinario le prometió llevarla al concurso de natación y a la fiesta del pensionado de Egeborg. No sólo tendría oportunidad de estar de nuevo con Puck y Navio, sino también con Lilian, de quien, después de sus dramáticas aventuras, se había hecho amiga. Sonja ya empezaba a mirar con ansia la llegada de aquel día.

Cuando Puck y Navio regresaban por la noche en tren al colegio, estaban muy animadas. Era evidente que a su amiga alemana le había gustado mucho el hogar del veterinario y tanto éste como su

mujer parecían más animados teniendo una hija en casa. Puck estaba tan contenta que ni siquiera pensaba en Gitte. Quizá creía, como el viejo dicho, que «para un día, es suficiente con una plaga».

Puck y Navio tenían sus bicicletas en la estación de Oesterby; así que no tardaron mucho en llegar al colegio. Lo primero que vio Puck la hizo enmudecer de asombro: Gitte y Agnes estaban paseando cogidas del brazo por el jardín.

— ¿Has visto eso, Navio? —hipó Puck— ¡Gitte y Agnes son amigas!

Navio la miró sin comprender nada:

— ¿Por qué te extraña tanto? Es cierto que Gitte está un poco chiflada, y que nadie quiere tratar con ella, pero seguramente Agnes es la excepción de la regla.

— Sí, quizá —murmuró Puck que, de repente, recordó que Navio no conocía la verdad sobre Agnes.

— ¡Hola! —saludaron Puck y Navio al pasar por su lado.

— ¡Hola, Puck! —contestó Agnes radiante.

Gitte no dijo nada durante unos segundos, pero después no paró de hablar:

— No necesitas saludar tan amistosamente a esa chica. Ya sé que quieres mostrarnos que ella ha sido amable contigo y todo eso... pero yo te puedo decir que ella es una «tipeja» muy astuta...

— ¿Una «tipeja» astuta? —dijo asombrada Agnes—. No, eso no me lo creo.

— Tendrás que cambiar de parecer —masculló Gitte entre dientes—. Ya verás cómo se las arreglará para que el «Ramillete de Jacintos» no gane el primer premio del concurso de natación.

— Pero... ¿por qué iba a hacer eso? Ella también forma parte del equipo.

— Pero yo también estoy en el mismo equipo, y ella no me permitirá jamás el gusto de ganar. Ya lo arreglará para que ganen sus adoradas amigas del «Trébol de Cuatro Hojas».

— ¿Cómo podría hacer eso? —preguntó Agnes sin comprender.

—Es muy fácil. A mí no me gusta nada esa chica, pero admito que es una nadadora de primera... la mejor de todas... Así que ella puede decidir si la victoria será para el «Ramillete de Jacintos» o para el «Trébol de Cuatro Hojas». En las dos habitaciones estamos dos que nadamos más o menos igual... Inger y Karen; Merete y yo...

Así que, como ves, todo depende de Puck. Ni Rigmor, ni Dorthé valen nada en la piscina...

Y terminó con rabia en su voz:

— Apuesto lo que quieras a que Puck nadará mal, a propósito, para que no gane el «Ramillete de Jacintos».

* * *

Unos días más tarde, todo anunciaba una gran fiesta en el pensionado de Egeborg. Por fortuna, hacía un día espléndido y desde muy temprano Cavador y Alboroto empezaron a bajar mesas y sillas hasta la piscina. Por media corona, tres de los chicos pequeños habían aceptado ayudarles; así evitaron cansarse. Alboroto le dijo a Cavador:

— No podemos permitirnos el lujo de trabajar demasiado, tenemos pruebas duras esta tarde.

A Cavador le parecieron palabras muy sabias.

Las chicas de «La Pléyade» también estaban muy ocupadas con sus preparativos. Habían comprado helados, dulces y refrescos, en Oesterby, y Thora, la cocinera, había hecho unos pasteles enormes. Además, prometió encargarse del café y del té, que sería servido a los asistentes por cuatro chicas pequeñas que habían sido nombradas «camareras de primera» para tan grata ocasión. Por suerte, se vendieron muchas entradas y a la comisión de festejos no le faltaba el dinero. Casi toda la comarca quería asistir al concurso, como siempre que el pensionado de Egeborg organizaba algo divertido...

A las dos de la tarde había gran cantidad de gente alrededor de la piscina. Todas las mesas y sillas estaban ocupadas, incluso había sido necesario colocar unos bancos supletorios. Las sombrillas multicolores destacaban sobre el fondo verde de los árboles. Los alumnos más pequeños, que no iban a tomar parte en el concurso, se habían sentado en las losas, en torno a la piscina. Las conversaciones eran muy alegres. Poco a poco se hizo bastante difícil oír lo que a uno le decían; pero esto aún daba más colorido a la fiesta.

El profesor de gimnasia, Strandvold, había establecido unas reglas muy simples para el concurso. Sólo un alumno de cada habitación participaría en cada eliminatoria y únicamente el ganador de estas tomaría parte en la final. De esta manera no se

trataba de hacer el mejor tiempo, sino de ganar la eliminatoria. Había concurso tanto de «crawl» como de braza. La cuerda de separación había sido retirada para aprovechar al máximo la longitud de la piscina en las pruebas.

El concurso empezó por los chicos. Los hinchas animaban a sus favoritos con fuertes gritos. Por el volumen de éstos, era fácil saber quiénes eran los más populares.

El señor Moeller, su mujer y Sonja ocupaban un buen sitio cerca de la meta. El veterinario había invitado a Puck, Karen, Inger y Navio a su mesa. Eran las chicas que más conocía. Cuando Lilian se acercó, también fue invitada a tomar asiento. La conversación entre las muchachas era muy animada. Para Sonja, todo aquello era un gran acontecimiento y captaba sus nuevas impresiones con ojos muy abiertos y brillantes. Sus amigas habían dejado el albornoz para broncearse bajo los rayos del sol.

Merete estaba observando a los nadadores cuando Gitte se le acercó y dijo:

— ¿Has visto a ésa? Está con todas las del «Trébol de Cuatro Hojas» ¿No te das cuenta cómo va a terminar el concurso?

— No entiendo lo que quieres decir — contestó Merete sin comprender—. El veterinario Moeller es su tío y él ha invitado a las chicas a su mesa. No hay nada malo en ello.

—Eso crees tú — rió Gitte con desdén —. Si le toca a Puck decidir, dejará ganar al «Trébol de Cuatro Hojas».

— ¡Tonterías! —replicó Merete con rabia—. No quiero discutir contigo unos pensamientos tan sucios... ¡Lárgate!

— Ya me darás después la razón —dijo Gitte entre dientes y continuó su marcha.

Estaba violenta y rabiosa porque nadie quería escucharla cuando insistía en que Puck traicionaría al «Ramillete de Jacintos». Para ella, estaba clarísimo que Puck dejaría ganar a sus amigas del «Trébol de Cuatro Hojas». A Puck le tocaba nadar en la última eliminatoria, y juntamente con Inger, Lilian y algunas más que no representaban ningún peligro. Si todo iba según sus cálculos, tanto el «Ramillete de Jacintos» como el «Trébol de Cuatro Hojas» contarían con dos victorias por habitación... y estaba segura de que Puck se dejaría ganar por Inger. Poco a poco, esta idea llegó a constituir una obsesión para Gitte. En ciertos aspectos era muy

orgullosa y en aquel momento le parecía una catástrofe que el trofeo no fuera para el «Ramillete de Jacintos»...

El concurso de los chicos terminó como la mayor parte de los alumnos habían previsto: Alboroto y compañía ganaron tres primeros puestos en cuatro pruebas; la habitación que ocupó el segundo lugar sólo contaba con dos victorias. Los ganadores fueron muy aplaudidos.

Sobre todo, Alboroto se ganó los aplausos más nutridos. El veterinario se volvió hacia las muchachas y comentó alegremente:

— Ese chico vale mucho. Espero que vosotras sabréis hacerlo tan bien como él. A no ser que hayáis comido demasiados helados.

El profesor Strandvold llamó la atención con unas palmadas y gritó:

— ¡El primer grupo de chicas, a sus puestos!

— ¡Uf! — dijo Navio levantándose —. Formo parte del primer grupo. Seguro que voy a llegar la última a la meta.

El pesimismo de Navio no se confirmó: sólo llegó la penúltima. Else Riemer, de la «Flor de Retama», llegó primera nadando al «crawl» todo el tiempo. A contrario de los chicos, que habían hecho un concurso de «crawl» y otro de braza, las chicas podían elegir el estilo libremente en las pruebas en que participaban. Cuando Navio salió del agua estaba orgullosa... Al menos había ganado a Dorthé, del «Ramillete de Jacintos».

* * *

Hubo gran disgusto entre las chicas del «Trébol de Cuatro Hojas» porque Navio les había defraudado de aquella manera. Como las competidoras no eran muy buenas, habían contado con un primer puesto en aquella prueba. En cambio, el júbilo fue enorme cuando Rigmor logro el primer puesto en la siguiente. Nadie había contado con esta victoria, y ahora empezaban las apuestas de helados y monedas de veinticinco «oere». Gran parte de los alumnos consideraban al «Trébol de Cuatro Hojas» como favorito al primer puesto. Aún Faltaban Karen e Inger... Pero Alboroto declaró en voz alta y tono provocativo:

— Apuesto lo que queráis a que gana el «Ramillete de Jacintos» ¿Quién quiere apostar conmigo?

Poco después, había hecho tantas apuestas que el mismo casi no se acordaba.

En las siguientes eliminatorias la excitación fue en aumento. Las tres fueron ganadas por Karen, Merete y Gitte. Ya quedaban sólo dos posibles equipos como ganadores: el «Trébol de Cuatro Hojas» o el «Ramillete de Jacintos». Cada uno tenía ya dos victorias a su favor. En el último grupo, las mejores eran Inger y Puck, y una de ellas llegaría la primera. De eso no había duda.

Cuando Puck iba a ocupar su puesto, Alboroto la tomó del brazo y le dijo en tono persuasivo:

— ¡No me vayas a defraudar, angelito! He apostado una fortuna en favor del «Ramillete de Jacintos». Si pierdes, me arruinaré y tendré que tirarme de cabeza al Lago Ege.

En aquel instante, la mirada de Puck se cruzó con la de Gitte; entonces replicó con una sonrisa burlona:

— ¡Mucho me temo, Alboroto, que pronto serás un hombre pobre!

* * *

Cuando Puck estaba en su puesto, lista para zambullirse, los pensamientos cruzaron con rapidez por su mente. Qué expresión más extraordinaria había visto en los ojos de Gitte. Además, ¿qué significaba lo que le había musitado Merete cuando se habían cruzado hacía un momento? «Gitte cree que vas a dejarte ganar por Inger». ¡Qué idea más estúpida! Una cosa era que Inger fuera una de sus mejores amigas y otra bien distinta el concurso deportivo. En un concurso sólo se trataba de una cosa: luchar para ganar.

Puck volvió la cara buscando con la mirada a Gitte. Cuando la vio, saludó con la mano en su dirección como para animarla. En aquel instante sonó la voz de Strandvold:

— ¿Preparadas?

Las muchachas doblaron ligeramente las rodillas, mientras los dedos de sus pies se afianzaban en el borde de sus puestos de salida.

Y contó en voz alta y clara:

— A la una... a las dos... y a las tres...

Como flechas flexibles, las chicas se zambulleron en el agua. Inger y Puck ya con el salto de salida, habían ganado un metro de ventaja a las otras. Las dos nadaban en «crawl», levantando espuma a su alrededor mientras luchaban una al lado de la otra. Pronto aventajaron en varios metros a sus competidoras y, desde el borde de la piscina, les llegaban los gritos enérgicos y entusiasmados de

sus compañeros:

— ¡Puck... Puck... Puck...!

— ¡Inger... Inger... Inger...!

Casi sin darse cuenta, Gitte gritó a todo pulmón:

— ¡Puck... Puck... Puck...!



Puck e Inger dieron la vuelta al mismo tiempo, y empezaron ya el «sprint» en el último largo de piscina que quedaba hasta la meta. Aún nadaron codo a codo unos cuantos metros, pero entonces Puck pareció sacar todas sus fuerzas y centímetro a centímetro, empezó a tomar ventaja a su amiga. Los gritos de los espectadores subían de volumen.

— ¡Puck... Puck... Puck...!

Faltaban quince metros... diez metros... ¡Ya!

Puck alcanzó con su mano la meta y, unos segundos más tarde, Inger hacía lo propio. Las restantes nadadoras se habían quedado muy atrás. «El Ramillete de Jacintos» había ganado el primer premio entre las chicas.

Cuando Puck, un poco agotada, subía por la escalerilla, Alboroto le tendió la mano para ayudarla mientras decía lleno de entusiasmo:

— ¡Bravo, Puck! Eres un sol. Me has salvado de la ruina y ahora, como recompensa, te invito a cinco helados de los que he ganado.

De todas partes llegaban compañeros jubilosos que estuvieron a punto de estrujar a Puck. Ella reía:

— ¡Cuidado, cuidado! Me vais a dejar sin bañador.

Inger le dio un apretón de manos y sonrió:

— ¡Felicidades, Puck!

— Gracias, Inger... y gracias por la lucha.

Cuando Puck, en medio de un grupo de admiradores, pasaba al lado de Gitte se quedó boquiabierto al oír a ésta exclamar con una amplia sonrisa:

— Has estado formidable, Puck.

— Tú también, Gitte —contestó Puck—. Ya hemos ganado el trofeo para el «Ramillete de Jacintos».

— Sí — asintió Gitte con la cabeza, dio media vuelta y desapareció entre la multitud.

Pareció como si estuviera arrepentida de sus palabras amistosas; pero no era éste el caso. Aquellas palabras habían sido como la expresión de los pensamientos confusos y contradictorios que se habían apoderado de ella.

Gitte se había obsesionado tanto con la idea de que Puck iba a dejar que Inger ganara, que la victoria la había sorprendido y estaba perpleja. Seguramente en aquel instante era la alumna más confusa de todo el pensionado de Egeborg. Por eso quería buscar la soledad; para intentar arreglar sus pensamientos.

En el fondo, Gitte no era mala. Al contrario, poseía buenas cualidades, y eso lo había demostrado en su amistad con Agnes, por ejemplo. Le había regalado mucha ropa cara a la pequeña; pero no para que se dieran cuenta los demás, ni para ser considerada una noble protectora y benefactora, como hubiera sido el caso de la arrogante Annelise, pues había prohibido a Agnes decir quién le había hecho aquellos caros regalos. Las buenas obras lo son menos si se espera el aplauso del agradecimiento, pero Gitte no deseaba parecer generosa ante los demás.

Quizá antes, sin pensarlo siquiera, había «comprado» muchas amigas, regalando cosas a diestro y siniestro. Pero el caso de Agnes era diferente. Gitte sentía compasión hacia ella y esto honraba su carácter. Era evidente que había llegado muy mimada al pensionado de Egeborg, pero las últimas semanas le habían enseñado mucho. Allí no era ella quien mandaba y esto, al principio, le había molestado sobremanera. Aunque no comprendía el porqué, casi contra su voluntad había empezado a pensar en muchas cosas y después de la victoria de Puck tenía muchas más en qué pensar.

Mientras paseaba solitaria por el promontorio del Lago Ege, tuvo que confesarse a sí misma que, por lo menos en esto, había sido injusta con Puck... e incluso que quizá había sido injusta con Puck en todo.

Aún estaba Gitte paseando a solas con sus confusas ideas cuando llegó la entrega de los premios. El presidente del Consejo de Alumnos, el gordo Svend, pronunció un pequeño y adecuado discurso, en el cual rindió homenaje al esfuerzo de los participantes y terminó con estas palabras:

— Así que el primer premio de los chicos va para «El Cuarto Alborotado» y el de las chicas para el «Ramillete de Jacintos». Como el público querrá rendir homenaje a los ganadores de una forma digna, me permito rogar a ambos equipos que se coloquen en los puestos de salida.

Tenemos un par de trofeos de plata que nos complace entregar y en los cuales será grabada una inscripción como recuerdo de este día. Adelante, señoras y caballeros... a sus puestos.

Cuando los dos equipos se habían colocado, notaron que faltaba Gitte. Hubo un momento de confusión, pero, como no aparecía, Svend tomó los dos primeros premios diciendo:

— Tengo el honor y la alegría de entregar a los dos capitanes de equipo... Bente Winther, llamada Puck... y Hugo Svendsen, llamado Alboroto, los bien merecidos premios. Y pido para ellos un gran aplauso.

Cuando la ovación se hubo extinguido, el profesor Strandvold salió para anunciar:

— Los equipos ganadores van a nadar dos largos de honor. ¿Estáis listos?

Las tres chicas y los cuatro chicos se colocaron en sus puestos mientras, a escondidas, se guiñaban el ojo. Era evidente que estaban tramando alguna travesura. En aquel instante sonó la voz de Strandvold:

— A la una... a las dos... y a las tres...

El chapoteo de los siete cuerpos al caer en la piscina con un salto nada elegante salpicó a los espectadores más cercanos. Una vez en el agua, se produjo una extraña confusión. Alboroto y Cavadador parecían pelearse y Caoba saltó sobre la espalda de Uva Seca haciendo que se sumergiera. Mientras tanto, las chicas

continuaban nadando entre el entusiasmo del público porque de repente era Dorthé quien aventajaba a los demás. Luego los chicos parecieron tener prisa y empezaron a nadar tras las chicas; Uva Seca iba el primero. No uno solo de entre el público tuvo la menor duda de que se trataba de una broma; pero, justamente por eso, las ovaciones se hacían más enérgicas al gritar:

— ¡Dorthé... Dorthé... Dorthé...!

La traviesa niña estaba confusa. Al principio, ni siquiera se había dado cuenta de que llevaba ventaja a los demás; pero al notarlo se esforzó. Fue la primera en hacer el primer largo y dar la vuelta; pero cuando había nadado la mitad del segundo, Uva Seca la alcanzó y los gritos cambiaron:

— ¡Svend Aage... Svend Aage.. Svend Aage!

— ¡Ay, mi madre! —gritó de repente Uva Seca—. Tengo un calambre en mi dedo gordo, y vas a ganar tú, Dorthé... ¡Ay, ay!

Y Dorthé «ganó» por medio largo a sus compañeros. Una ovación entusiasta recibió a los siete participantes cuando, momentos después, salieron del agua. Como premio le fue entregado a Dorthé un enorme oso de peluche. Naturalmente, había comprendido que todo había sido una broma, pero ella representó su papel hasta el fin. Recibió los aplausos del público con una amplia sonrisa, saludando con la mano.

Navio se acercó a Puck y dijo con voz irritada:

— ¿Has visto cómo se ha portado Gitte? ¡Qué tonta es! Seguramente está rabiosa porque tú has ganado.

— Te equivocas, Navio —sonrió Puck—. Yo creo todo lo contrario.

— ¡Ya! —dijo Navio.

Y como siempre, su «¡Ya!» podía ser interpretado de muchas maneras.

* * *

Todos los invitados se habían marchado del colegio. En la entrada, Puck se había despedido cordialmente del veterinario y su mujer, y de Sonja, quienes regresaban a Sundkoebing. La muchacha declaró que había pasado un día maravilloso y rogó a Puck que fuera lo más pronto posible a visitarlos. Puck estuvo saludando con la mano hasta ver desaparecer el coche en la primera curva; luego se fue corriendo al «Ramillete de Jacintos» para vestirse. Después de

la cena empezarla el baile en el aula de gimnasia.

Cuando entró en la habitación, le esperaba una grata sorpresa: Merete, Dorthé y Gitte estaban charlando amistosamente.

— ¡Hola, chicas! —saludó Puck alegremente—. ¿Qué os pasa? ¿No os vais a vestir? ¿No pensáis asistir al baile?

— No hemos tenido tiempo de pensar en ello —sonrió Merete—. Gitte está entusiasmada porque el «Ramillete de Jacintos» ha ganado... y nosotras también, por supuesto. Dorthé no piensa en soltar su oso.

Gitte estaba agarrada nerviosamente al borde de la mesa. Entonces dijo:

— Siento mucho no haber estado presente en el reparto de premios... pero... me había ido a dar un paseo... Pensé que el concurso había terminado ya...

— No te preocupes, Gitte —sonrió Puck—. Conseguimos ganar los largos de honor también. Así que, además del trofeo de plata, Dorthé consiguió un oso de peluche para la habitación. Dorthé se superó a sí misma.

— Sí, y Uva Seca tuvo un calambre en el dedo gordo —rió Dorthé—. Entre todos me habéis tomado el pelo.

Puck dejó el albornoz y empezó a quitarse el mojado traje de baño, mientras decía:

— Vosotras deberíais hacer lo mismo. Sería una tontería empezar con un resfriado el baile de la noche.

Poco después, todas se habían quitado los bañadores mojados y empezaban a arreglarse. Aún estaban en ropa interior, cuando, de repente, Gitte estalló:

— ¡Cómo nos vamos a divertir esta noche! Me encanta bailar...

— Y a nosotras... —sonrió Puck—. Ya verás lo bien que lo vamos a pasar.

— ¿Tú... tú te sentarás en la mesa del «Trébol de Cuatro Hojas»? —preguntó Gitte con voz insegura.

—No. Ya comprenderás que no quiero sentarme en otra mesa que no sea la de nuestro equipo ganador — declaró Puck con gran convicción en su tono.

Gitte se puso un precioso vestido de noche veraniego, y luego continuó diciendo con voz tranquila:

— Puck, sé muy bien que me he portado como una bestia; pero

¿necesitaremos hablar más de ello si te pido disculpas? Siento muchísimo todo lo que ha pasado.



—No necesitas disculparte —contestó Puck llena de alegría—. Tampoco debe preocuparte nada, porque, si te pones tan seria, no tendrás éxito en el baile, lo más importante es que nuestro pequeño desacuerdo haya terminado.

Gitte, que normalmente era ruda y orgullosa, sintió un nudo en la garganta cuando murmuró:

— Gracias, Puck...,eres maravillosa.

— Con ese vestido batirás todas las marcas —contestó Puck, cambiando de conversación.

Merete estaba cepillando tranquilamente su cabello, pero Dorthé saltó:

—Has estado bastante chillada, Gitte, pero mi padre siempre dice que «quien se vence a sí mismo es más valiente que quien conquista un castillo». Eso parece muy complicado, pero no lo es. ¿Te gustan los osos de peluche?

—¿Osos de peluche? ¿No comprendo?

—¡Tómalo! —dijo Dorthé, y lanzó el hermoso oso que había ganado a los brazos de la sorprendida Gitte.

Minutos más tarde, llamaron para la cena y cuatro contentas y alegres chicas salieron de la habitación vestidas con sus mejores galas. Puck y Gitte bajaron del brazo la gran escalera. No hablaban, pero tampoco era necesario.



vi

Eran exactamente las tres y veintiún minutos de la noche cuando fue descubierto el fuego.

El doctor Jacobsen estaba seguro de la hora porque, por alguna extraña razón, miró su reloj al escuchar el grito:

¡Fuego... Fuego!

El doctor estaba algo aturdido, pero instintivamente pensó que más le valía intentar salvar su ropa. Dio media vuelta y entró corriendo en la habitación, donde comenzó a meter sus cosas rápidamente en la maleta. Cuando salió de nuevo al pasillo, tomó sus botas y se las puso debajo del brazo. Se oían voces en el piso de abajo y detrás de él el fuego se iba extendiendo. El crepitar de las llamas crecía y no cabía duda respecto al peligro: la vieja posada, casi en su totalidad construida de madera, era presa del fuego.

El doctor Erling Jacobsen no era joven, pero sí un gran deportista, ágil casi como un adolescente. Bajó la escalera a saltos y salió corriendo al patio, iluminado por el resplandor de las llamas. Los vecinos acudían de las casas próximas y desde el otro extremo de la calle llegaban gritos y voces. Fueron requeridos todos los hombres de Oesterby y sacaron el viejo coche de bomberos, que naturalmente estaba en un lugar bastante alejado de la posada.

Alguien, con voz autoritaria, intentaba organizar la lucha contra el fuego.

El doctor dejó su maleta en la acera del otro lado de la calle y buscó con la mirada a sus compañeros. Vio a Halfdan Juhl, cuya arrogancia se había transformado en algo que más bien parecía confusión.

— ¿Donde están los demás? —gritó el doctor—. Tenemos que ayudar a apagar el fuego.

Ya había gente luchando contra las llamas, pero el edificio era viejo y la madera estaba muy seca. El fuego se extendía con velocidad vertiginosa. Las chispas saltaban sobre los bajos tejados vecinos. En aquel momento llegaba el coche de bomberos empujado por gente a medio vestir, porque habían tenido que salir corriendo de sus casas para ayudar. Desde algún lugar llegaba corriendo la posadera con una colcha enorme de rayas azules. Su marido parecía haberse dado por vencido. Estaba en medio de la carretera mirando fijamente cómo ardía su casa.

— Este coche de bomberos no vale nada — murmuró el doctor—. Debemos formar una cadena con cubos de agua. — Y de repente se acordó— ¡Los caballos...!

A su espalda oyó la voz de Halfdan Juhl:

— ¡Cuidado! No vaya al patio. Cae una lluvia de chispas.

Pero el doctor no pensaba en su propia seguridad. Los caballos se encontraban en el establo de la posada.

«Ojalá el fuego no haya llegado hasta allí» —pensó.

El doctor cruzó corriendo por el patio adoquinado, se cayó un par de veces a causa de ir calzado con zapatillas, pero se volvió a levantar y continuó hacia las cuadras donde se oían relinchar los caballos, aterrorizados por el dramático crepitar del fuego.

Alguien había abierto ya la puerta del establo y un par de hombres estaban sacando los caballos. Era difícil dominarlos debido al terror que sentían los animales, que cabeceaban y se encabritaban. El doctor suspiró aliviado al ver que uno de los salvados era «Jack», su caballo tordo. Puso la mano en el cuello del animal para tranquilizarlo; estaba completamente empapado de sudor. Su boca echaba espuma y resoplaba nervioso.

— Hay un corral junto a la granja del pastor —gritó el hombre que los había sacado—. Podemos llevar los animales allí y estarán fuera de peligro.

— ¿Lo puede hacer usted solo?

— De dos en dos, sí. Lo más importante ahora es sacarlos del establo rápidamente. ¿Me puede ayudar?

El doctor dijo que sí y entró corriendo en la cuadra. Poco después todos los caballos estaban fuera. Fue la última oportunidad,

porque en aquel instante las llamas llegaban al techo devorando las secas vigas como si se tratara de fósforos.

La cantidad de agua que el anticuado coche de bomberos echaba al fuego era insignificante y no servía para nada. Pero a lo lejos se oían las sirenas anunciando la llegada de los bomberos de Sundkoebing.

—No me explico dónde se ha podido iniciar el incendio —murmuró el doctor Jacobsen— ni cómo...

El joven Gregers Hansen, uno de sus compañeros de caza, se acercó a él. Había sido uno de los más activos en combatir las llamas. Tendió su mano hacia el médico y dijo con una ligera sonrisa:

— ¿Tiene usted algún remedio contra quemaduras, doctor? Creo que me he chamuscado los dedos.

Al resplandor del fuego, el médico examinó la mano de su compañero.

— Tenemos que ponerle algo —declaró—. No es nada grave, pero vaya a ver si alguien le da un huevo y aplíquese la clara. Es uno de los mejores remedios contra las quemaduras. Después quiero examinarlo mejor.

Gregers Hansen desapareció. El médico se volvió hacia la señora Inger Juhl, que estaba temblando, envuelta en una ligera bata, viendo cómo ardía la casa.

— No me explico —repitió— cómo se ha iniciado el incendio. ¿Quizá haya sido un cortocircuito? ¿Usted qué cree?

Ella movió la cabeza.

— Es difícil de saber —contestó la mujer—. El mesonero está fuera de sí, lo mismo que su mujer. Fue una de las chicas, que regresaba tarde a casa, quién descubrió el incendio.

Los bomberos trabajaban con precisión y rapidez extraordinarias. Pero no era fácil apagar el fuego que se había extendido demasiado antes de que llegaran los bomberos.

El doctor y la señora Juhl estaban contemplando a la gente cuyas negras siluetas destacaban contra la gran hoguera. Halfdan Juhl se acercó a ellos. Había recuperado su habitual arrogancia.

— ¡Qué lástima, doctor! —comentó—. Tanto como habíamos soñado con esta temporada de caza... Pero es lo que siempre he dicho: estos edificios tan viejos no tienen por qué conservarse.

Debían haberlo derribado hace ya muchos años y construido un hotel en su lugar. Ya sé que la gente es sentimental respecto a estas posadas antiguas; pero yo, por mi parte, prefiero tener ciertas garantías de que no voy a arder vivo mientras estoy durmiendo tranquilamente. ¿Para qué sirve tanta madera si está tan seca que arde con una sola chispa como una hoguera de San Juan?

— No estoy de acuerdo con usted, Juhl —replicó el doctor Jacobsen—. Si yo mandara, todas las casas de Dinamarca serían como ésta y de dos pisos a lo sumo. Es posible que los modernos bloques de cemento sean más prácticos y menos inflamables, pero no tienen el mismo ambiente que las casas de antaño. Y el corazón me duele al ver cómo las llamas devoran tan preciosa pieza de arquitectura popular. Yo había ansiado vivir en esta posada. He estado aquí antes y también fui yo quien propuso empezar la temporada de caza alrededor del Lago Ege. Ha sido muy corta la diversión. Espero que la casa esté asegurada.

* * *

Los jinetes habían llegado a Oesterby, cerca del idílico Lago Ege, el día anterior. Algunos lo habían hecho en coche, otros por tren desde Sundkoebing.

La temporada de caza iba a comenzar.

Era un gran acontecimiento, que cada año reunía a gran número de jinetes entusiastas.

Estos «cazadores» a caballo son una clase especial de gente, sana y llena de vida y energía.

En Inglaterra y otros países del mundo, se caza de verdad. Una jauría de perros persigue a un zorro o a un corzo, mientras los cazadores la siguen a galope sobre toda clase de terreno. En Dinamarca, sin embargo, se hace lo mismo... pero sin presas. Además, la auténtica caza sería imposible en un país donde sólo una mínima parte del terreno es salvaje. Los campesinos no dejarían entrar a cincuenta o sesenta jinetes con sus caballos por en medio de sus campos de trigo. Por esa razón, la ruta se elige de acuerdo con los dueños de las tierras, para evitar el paso por campos sembrados o arboledas recién plantadas.



Tampoco se puede cabalgar por senderos destinados a personas o bicicletas. Hay muchos factores a tener en cuenta cuando se organiza una «cacería» de éstas. Pero este tipo de jinetes son muy expertos.

Aquel año habían elegido la comarca alrededor del Lago Ege. La mayor parte de los participantes acudían desde Copenhague, pero también de las ciudades próximas y de las granjas de la comarca llegaron participantes.

Todo había empezado con una comida de hermandad en la posada de Oesterby, donde se reunieron los jinetes y los que habían puesto sus tierras a disposición de los cazadores o quienes, de alguna manera, habían contribuido a la organización. La cena había sido una fiesta brillante, con discursos alegres y desenfadados, y era ya muy tarde cuando por fin se retiraron a descansar. Antes de la cena, algunos habían salido a preparar la primera ruta, ya que debían empezar la «cacería» al día siguiente.

Y ahora todos estaban allí en pijama, con la cara caliente por las llamas del incendio y la espalda fría por la brisa de la noche que anunciaba el fin del verano.

— Me gustaría saber cómo se encuentran los caballos — dijo el doctor —. Estaban muy asustados cuando los sacamos del establo. Había bastante gente ayudando, y hay que decir, cuando se trata de animales, estos campesinos son rápidos. Hablaban de una cerca al lado de la iglesia, donde los caballos estarían a salvo.

Y se fue hacia la iglesia. Halfdan Juhl y su mujer le siguieron.

Ninguno de los tres se dio cuenta de una figura oscura que, a la sombra de una caseta de herramientas, estaba contemplándolos. Pasaron por su lado, pero el extraño personaje estaba tan quieto que era imposible notar su presencia. La oscuridad le ocultaba, así como su mirada llena de odio hacia quienes pasaron a su lado. Luego murmuró algo que nadie oyó y, dando media vuelta, desapareció tras una esquina, mientras el doctor y el matrimonio estaban acariciando a sus respectivos caballos y les hablaban con voz tranquilizadora.

* * *

En el «Trébol de Cuatro Hojas» habían celebrado una gran fiesta de bienvenida.

Puck, extrañada, fue recibida con abrazos, refrescos, pasteles y chocolate. Después de que la nueva alumna Gitte Poulsen y Puck se hubieron hecho amigas, esta última regresaba otra vez al «Trébol de Cuatro Hojas».

El sol rojizo que anunciaba el fin del verano entraba por la ventana cuando Karen, Navio e Inger celebraban la vuelta de Puck. Navio comía chocolate sin parar y, mientras masticaba, expresaba su alegría:

— Deberíamos celebrar una fiesta de bienvenida por lo menos una vez a la semana —dijo con la boca llena de chocolate—. ¡Es formidable!



—¡Quieres callar, golosa! —rió Karen—. A ti le gustaría que se fuera Puck de nuevo, solamente para poder atiborrarte de chocolate a su regreso.

— No era eso lo que quería decir. Ni hablar. Pero... quizá podíamos buscar otro motivo para celebrar fiestas, ya que tenemos la suerte de que el tío de Inger es fabricante de chocolatinas. ¡Cómo me gustaría tener un tío así!

Las otras soltaron una carcajada.

— No te preocupes, Navio — la animó Inger sonriendo —. Come lo que quieras, tengo otra caja en el armario.

— ¡Maravilloso! — exclamó levantándose para ir a buscarla.

Navio y Puck salieron a dar un paseo. Karen se quedó para escribir una carta a su madre, quien, como tenía por costumbre, estaba en algún lugar en el sur de Europa.

Cuando Puck y Navio bajaron al jardín, rumbo al pequeño promontorio del lago, se encontraron con Annelise.

— ¡Hola! —dijo Puck—. ¿Nos acompañas a dar un paseo?

— Ya lo creo, aunque estoy muy ocupada con la temporada de caza. Hoy llegan los jinetes. He dicho a mi padre que invite a algunos a quedarse en «La Gran Granja», pero parece que ya tienen habitaciones en la posada de Oesterby. Tenemos que averiguar por dónde piensan correr. Unos cuantos se han pasado el día colocando obstáculos en el Bosque del Oeste y, según tengo entendido, la primera «cacería» será alrededor del Lago Ege para terminar en algún lugar de los campos de Oestergaard. Más tarde irán hacia el sur y al este del camino rural hacia el Lago Soender, y ¿sabes una cosa? Es una verdadera lástima que no podamos participar sólo porque tenemos clase. Cabalgan por la mañana mientras nosotras estamos estudiando.

— Quizá os darían permiso para participar en una cabalgada — opinó Navio —. En vuestro caso, yo hablaría con el director Frank.

— ¿Crees que nos daría permiso?

—Depende de cómo se lo pidáis. Si los profesores dan su permiso, el director no tendrá ningún inconveniente. No suele negarnos nada por capricho.

— Pues yo no estoy tan segura de ello — murmuró Puck.

* * *

Esta conversación había tenido lugar el día anterior al incendio. Por la noche, cuando Puck estaba acostada en su cama, pensó mucho en la «cacería» y en las posibilidades que Annelise y ella tenían de obtener un día de permiso para acompañar a los caballistas. El propietario Dreyer, padre de Annelise, era el dueño de «La Gran Granja» y disponía de un par de estupendos caballos de silla. Las dos amigas aprovechaban cada oportunidad para pasear a caballo por el bosque.

— Sí, hay que hablar con el director — murmuró Puck medio

dormida.

Y poco después, cuando había quedado dormida del todo, soñó con jinetes vestidos de rojo que galopaban campo a través.

Al día siguiente por la mañana, las chicas se enteraron del incendio. La primera pregunta de Puck fue:

— ¿Están bien los caballos?

Fue el director quien les informó sobre el fuego mientras desayudaban. Sonrió a Puck y le dijo:

— Fueron salvados todos. Tampoco ha habido desgracias personales. Pero la posada se ha quemado totalmente. Esta mañana temprano han llamado por teléfono desde Oesterby. Los jinetes han dormido en casas particulares y preguntaban si nosotros teníamos sitio para algunos de ellos. Hemos pensado que algunos pueden dormir aquí, otros en «La Gran Granja» o en la iglesia y otros en Oestergaard. Los caballos los llevarían a las granjas. Yo he ofrecido camas para cuatro personas. Hay un par de habitaciones libres en el edificio de los profesores. Creo que debíais saber que vamos a tener huéspedes y espero que vuestra conducta sea cortés y que no molestaréis a los invitados con preguntas innecesarias. También he pensado concederos un día libre para que podáis salir a verlos galopar por el campo. Estoy seguro de que nuestros aficionados a la equitación no tienen inconveniente, ¿verdad, Puck?



No, en absoluto. Un millón de gracias, señor director — agradeció la muchacha radiante de felicidad. Ya no tenía que pedir permiso para salir.

Los cuatro jinetes que iban a hospedarse en el colegio eran el director Haldan Juhl y su esposa, el doctor Erling Jacobsen y el joven apoderado Gregers Hansen. El médico y el apoderado compartirían una habitación, mientras el matrimonio ocuparía la otra. Los caballos fueron llevados a los establos de «La Gran Granja». Todo fue muy emocionante.

Puck y Annelise estaban excitadas y, tan pronto como terminaron las clases, tomaron sus bicicletas y se fueron a «La Gran Granja» para ver los bellos animales.

La primera «cacería», que debía haber tenido lugar por la mañana, fue dejada para la tarde. Esto significaba que Puck y Annelise podrían participar en ella. Además, estaban contentas porque el día libre les permitiría asistir desde ya por la mañana a otra de las próximas cabalgadas. Su desbordante alegría estaba justificada cuando, después de haber contemplado los maravillosos caballos, regresaron en sus bicicletas al colegio y a sus deberes.



Por la tarde, muy arregladas, Puck y Annelise montaron y salieron del patio de «La Gran Granja» en dirección al Bosque del Oeste detrás del pintoresco grupo de jinetes.

Primero había tenido lugar una inspección en el patio, donde los jinetes estaban preparando sus monturas. Todos los participantes vestían chaqueta roja, pantalones blancos y botas negras bien lustradas. Las riendas, cabezales y sillas de montar, aparecían brillantes. Uno de los jinetes llevaba sombrero de copa: era el «master», que presidía el grupo de cazadores, y a quien ninguno podía adelantar durante la cabalgada. Delante del grupo iban dos jinetes, que llevaban una cola de zorro en uno de sus hombros. Eran los «zorros» a quienes debían perseguir los «cazadores». Conocían la ruta a seguir por el bosque y los campos, y una de sus misiones consistía en que cada vez que llegaban a un obstáculo, por la distancia entre ellos, indicaban la anchura del salto. El resto del grupo debían seguir sus instrucciones.

Uno de los «zorros» había fijado la ruta. La conocía hasta el último detalle porque la había recorrido a pie varias veces y participado también en la construcción de los obstáculos que el grupo debía saltar. A la señal de uno de los jinetes, un joven del grupo se llevó una trompa de caza a la boca y lanzó un toque de atención. Seguidamente, el «master» dio la bienvenida a los participantes en la «cacería» que, a pesar de haber tenido un principio tan desafortunado por el incendio de la posada de Oesterby, iba a poderse realizar gracias a la hospitalidad y ayuda que los vecinos de la comarca habían prestado a los deportistas. Después explicó la ruta a seguir. Tomarían el camino bordeando el lago por el sur pasando por el Bosque del Oeste, donde encontrarían obstáculos naturales, setos y zanjas. Más tarde cruzarían las colinas al norte del lago Ege y, tras entrar de nuevo en el bosque, los últimos obstáculos les esperarían en un campo situado hacia el norte de Oestergaard.

La única nota discordante fue que a Annelise se le desbocó el caballo, y adelantó a todos los demás. Por fortuna, luego logró dominarlo, tras leve confusión general.

* * *



Después de la cacería, pasaron una noche muy agradable en «La Gran Granja». Casi olvidado ya el susto del incendio en la posada, que había amenazado con estropear la apertura oficial de la temporada de caza, los jinetes estaban de mejor humor. La cabalgada del día había obrado milagros y Herbert Dreyer y su

esposa se mostraban unos anfitriones extraordinarios. La conversación era muy animada en los salones de «La Gran Granja» y, naturalmente, no se hablaba más que de caballos y de equitación.

Hacia las diez, la señora Dreyer decidió que las chicas debían regresar al colegio en sus bicicletas. Annelise abrazó a su madre y dijo:

— Ha sido un día fabuloso. ¡Espero con ansia la próxima «cacería»!

— Sí, pero ten cuidado de que el caballo no se desboque de nuevo — contestó temerosa la señora Dreyer —. Supongo que los obstáculos no serán demasiado grandes.

— ¡Ni lo sueñes! ¡Ya nos arreglaremos!

Salieron al patio en busca de sus bicicletas y, al doblar la esquina para salir a la carretera, vieron una silueta negra desaparecer entre unos arbustos. Puck se sobresaltó.

— ¿Lo has visto?

Annelise asintió con la cabeza:

— Será mejor regresar a decírselo a papá.

Pero el propietario no pareció inquietarse cuando se lo contaron.

— Seguramente se trata de algún vagabundo. O quizá de uno de los mozos de la granja. Ya es hora de que os vayáis a dormir.

Las muchachas salieron de nuevo.

«Si el propietario Dreyer opina que no había nada misterioso, debería estar en lo cierto» —pensó Puck. Pero creyó notar algo extraño en el comportamiento de aquel sujeto.

Puck y Karen estaban sentadas en un banco frente al lago. De repente Puck se quedó rígida y, poniendo su mano en el brazo de Karen, señaló a la orilla del lago. A poca distancia de ellas había un hombre contemplando el agua. Algo en su postura resultaba extraño. Sus movimientos parecían cautelosos, como si tuviera miedo de ser descubierto. No había visto a las chicas, quienes estaban sentadas en un banco medio escondido entre unos matorrales, y tampoco parecía sentirse vigilado; pero, aun así, su conducta era inexplicable. Tan pronto desaparecía entre los árboles del promontorio como reaparecía dándoles la espalda. Parecía vigilar a alguien, porque elegía sus escondites con toda cautela.

De repente, el desconocido desapareció. Puck se levantó y dio un par de pasos por el sendero que bordeaba el lago, pero no logró ver

más al hombre. Volvió al banco.

— ¡Qué tipo más extraño! —murmuró—. Anoche también vimos a un hombre misterioso, cuando regresábamos de «La Gran Granja» ¿Será el mismo?

— ¿Cómo lo voy a saber? —dijo Karen—. Pero de todas formas, es muy raro. No tiene nada que hacer aquí. El parque tiene una verja alrededor, así que no puede haber entrado por equivocación. Ahora parece que ha desaparecido.

En aquel instante vieron a Halfdan Juhl y su esposa pasear por entre los árboles. Se dirigían hacia el lago.

— Estoy muy triste por todo lo de Ejler —oyeron decir a la señora Juhl—. Me gustaría saber qué hacer al respecto.

Iban absortos en su conversación.

— No vas a hacer nada en absoluto —le interrumpió su marido—. No servía para mi negocio, y te puedo asegurar que me he sentido muy aliviado con su marcha. También debo tener consideración con el resto del personal. ¿Qué dirían los demás al ver que yo le protegía constantemente sólo porque se da la casualidad de que...?

— No, no; si ya lo sé —replicó la señora Juhl, y en sus palabras había una nota triste que llamó la atención de Puck.

Parecía abatida y el tono de su voz no parecía pertenecer a la simpática y elegante señora Inger Juhl que cabalgaba con tanta alegría el día anterior, y que se había reído tanto de las aventuras contadas en la fiesta de «La Gran Granja». Cuando la pareja apareció entre los árboles, Puck se fijó en que la señora Juhl estaba muy pálida y preocupada. En aquel instante vio a las chicas y sonrió ampliamente.

— ¡Hola! —saludó a Puck, que se había levantado.

El señor Juhl preguntó con voz ligeramente irritada:

— ¿Fuiste tú quién se adelantó al grupo ayer? Cuando se cabalga en una cacería, los novatos deben mantenerse en la cola del grupo. Lo estropeáis todo si cabalgáis de esa forma tan absurda.

— No, no fue ella, sino su amiga —explicó la mujer animando a Puck con una sonrisa—. Me fijé precisamente en tu extraordinaria manera de montar y dominar el caballo. Conseguiste un galope muy elegante.



La señora Juhl saludó de nuevo con mucha amabilidad, y luego el matrimonio continuó su paseo. Puck se quedó un momento mirando cómo se iban. Instintivamente se dio la vuelta para mirar en dirección contraria, y allí, donde el sendero hacía una curva, vio de nuevo al extraño tipo que antes había desaparecido entre los árboles. Cuando se dio cuenta de que alguien le había visto, el hombre se ocultó rápidamente.

— ¡Qué extraño! — exclamó Puck.

Karen, que no había visto nada, preguntó:

— ¿Qué pasa? ¿Qué es extraño?

— El hombre de antes. Ese tipo misterioso que vimos antes. Le he visto de nuevo. ¿Qué debe andar buscando?

Karen movió la cabeza:

— No lo sé. Si te parece, podemos ir a contárselo al director.

— No creo que tenga importancia. Supongo que se marchará. Si se lo contamos al director, seguramente creerá que queremos hacernos las interesantes. Ven, vámonos a estudiar.

Y las muchachas emprendieron lentamente el regreso al edificio principal del colegio.



Fue idea de Karen el ir con Puck en bicicleta hasta Oesterby para comprar dulces en la pastelería del señor Bose. Querían sorprender a las demás con sus compras a su regreso al «Trébol de Cuatro Hojas». Cuando, después de una breve visita a «La Gran Granja», las chicas regresaban al colegio, vieron un coche delante de la escalinata. Al subir al «Trébol de Cuatro Hojas», la puerta del despacho del director se abrió y el señor Frank apareció junto a un hombre alto de pelo oscuro, al que las chicas reconocieron como uno de los policías de la Brigada Criminal de Sundkoebing.

En aquel instante, el director vio a Puck y dijo:

— ¿Quieres entrar un momento? El agente viene a interrogarte sobre el incendio en la posada de Oesterby. Sabemos que ayer noche viste un hombre misterioso cerca de «La Gran Granja».

Cerró la puerta e hizo un gesto con la mano a Puck para que se sentara.

— Sí —dijo el policía que paseaba sobre la alfombra—. Intentamos averiguar cómo se inició el fuego. En realidad, no hay nada que señale otra cosa que no sea un cortocircuito o una colilla tirada a la paja. Pero, ya sabes, nuestro deber es examinar el caso a fondo. Acabo de hablar con algunos jinetes en «La Gran Granja» y el propietario Dreyer me ha dicho que anoche su hija y tú habíais visto a un hombre misterioso rondando la granja. ¿Qué puedes decirme sobre ello?

— No mucho — admitió Puck —. Acabábamos de tomar nuestras bicicletas y aún no habíamos montado. Al doblar la

esquina del patio para salir a la carretera, vimos a aquel sujeto.

— ¿Estás segura de que se trataba de un hombre?

Puck pareció pensarlo y movió la cabeza con gesto dubitativo:

— En realidad, no estoy segura; pero esta tarde vi a un hombre en la orilla del lago, poco después de terminar las clases —añadió un poco vacilante—. Pero ni siquiera sé si hay algo misterioso en ello, aunque su comportamiento era algo extraño. Estaba sentada con mi amiga Karen en un banco, contemplando el lago, cuando lo vi. No se dio cuenta de que le observaba. Andaba escondiéndose, como si tuviera miedo de ser visto. De repente, desapareció entre los árboles y, poco después, reaparecía andando hacia atrás hasta el camino que bordea el lago, como si estuviera observando o vigilando algo mientras trataba de ocultarse.

El policía miró al director Frank como diciendo: «Espero que esta chica no sea de las que quieren hacerse las interesantes».

Pero la cara del director estaba seria.

— No sueles mentirnos, Puck —dijo—. Tampoco sueles exagerar tus aventuras. Al contrario. Pero, ¿a quién crees que podía estar observando aquel tipo?

Puck vaciló de nuevo y al fin dijo:

— No sé... Puede que... Si no fuera...

— ¿Si no fuera, qué...? —repitió el policía.

— Que poco después llegaron de aquella dirección el señor Juhl y su esposa, quienes estaban paseando por el parque. Pero no sé si fue por ellos por quienes aquel hombre se escondió. Además, no es seguro que haya relación entre los dos encuentros. Yo sólo le cuento a usted lo que pasó.

— Muy bien — dijo el policía —. Tampoco es necesario que saques conclusiones. Es suficiente que nos cuentes lo que viste. ¿Puedes describir a este extraño hombre?

— Creo que sí. Llevaba un traje gris muy usado, con el cuello de la chaqueta subido. Tenía muy poco pelo y su cara era delgada. Pero estaba algo lejos de nosotras y no puedo darle más detalles. Sentiría que usted lo relacionara con el director Juhl. Puede que al verlos, por miedo a ser descubierto, se portara de aquella manera. Tenga en cuenta que se encontraba en una propiedad privada.

El policía asintió de nuevo con un gesto:

— Suena muy interesante lo que me estás diciendo, aunque es

difícil relacionarlo con el fuego de Oesterby. No obstante, gracias por lo que me has contado.

Cuando, por la noche, Puck estaba en su cama, daba vueltas en su imaginación a la conversación sostenida con el agente de policía. Recordaba también el relato algo confuso de la señora Bose, la pastelera, sobre un hombre misterioso que había estado en Oesterby la noche del incendio. Pero esto no era necesariamente una prueba de que existiera relación entre estos dos incidentes, que de por sí carecían de importancia. No obstante era difícil no relacionar a aquel hombre i un el misterio en torno al incendio.

Como ocurre cuando algo ocupa los pensamientos de uno, Puck no logró dormirse. Permanecía en la oscuridad con los ojos abiertos. Trató de dar la vuelta y buscar una postura más cómoda, pero sus intentos fueron inútiles; el sueño no quería llegar. Al final se sentó en la cama, escuchando la respiración tranquila de sus amigas. Todas estaban profundamente dormidas.



Puck tenía ganas de dar un paseo. Estaba prohibido, pero no pasaría nada si procuraba no hacer ruido. Deseaba ir hasta el promontorio del lago para respirar un poco de aire fresco. Así que se puso los pantalones, unos zapatos ligeros y un jersey, y terminó su vestuario con una gruesa bufanda. Bajó las escaleras con sumo cuidado.

Era una aventura peligrosa. Mientras iba hacia la puerta oía la conversación tranquila de los cuatro huéspedes, el director, su mujer y algunos de los profesores. Puck estaba admirada de su propia valentía al cruzar el vestíbulo y abrir la puerta principal; aún era temprano y no estaba cerrada. Más tarde no hubiera podido emprender su expedición nocturna porque la puerta estaría cerrada a su regreso; pero para un paseo de un cuarto de hora tenía tiempo de sobra. Se quedó un momento en la escalinata exterior acostumbrando sus ojos a la penumbra, luego se dirigió hacia los árboles del parque, disfrutando del aire puro y de la hermosa noche.

El débil resplandor del crepúsculo sobre el Lago Ege era maravilloso y Puck decidió ir hasta el pequeño embarcadero pasando por el camino de la orilla, antes de regresar a su cama. Pero de repente se detuvo. Escuchó voces al lado de la casa.

Puck se dio cuenta de su peligrosa aventura. Tenían prohibido salir después de la hora de acostarse. Había sido una locura hacerlo sin reflexionar. Si ahora la descubrían, la iban a castigar. Quizá no la dejaran participar en la próxima cabalgada. ¡Qué insensata había sido...!

Pero, por el momento, lo importante era no ser descubierta. Puck se deslizó entre los árboles y se quedó quieta. Vio una silueta solitaria moverse en el sendero. Cuando se fue acercando, reconoció a la señora Juhl. Aparentemente iba hacia el edificio de los profesores donde estaba su habitación. Pero se paró y, de entre las sombras al otro lado del sendero, salió otra persona.

— Inger —oyó llamar en voz muy baja.

La señora Juhl se sobresaltó:

— Ejler —dijo—. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

El hombre rió suavemente y dijo:

— Inger, necesito tu ayuda... Todo es tan confuso. Todo es tan...

Entonces las dos sombras se reunieron cerca de donde Puck estaba escondida. La muchacha oía su conversación, pero no podía salir de su escondite sin que le vieran.

—No te comprendo, Ejler. Quedamos de acuerdo en que te quedarías en la clínica. Me lo prometiste...

—Claro que te lo prometí — rió el hombre —, pero también quiero vengarme. Si supieras cómo me ha tratado tu marido. Suya es la culpa de que mis nervios estén destrozados. Y necesito dinero, Inger...

Ella intentó no dar importancia al asunto:

— ¡Qué tonterías! Halfdan te dio un puesto en su negocio. ¿Por qué no trataste de portarte bien? Además, sé que hubo algo feo respecto a una cantidad de dinero. Sabes que Halfdan no me cuenta mucho, pero algo he averiguado por mi cuenta. También sé bien que mi marido parece duro, pero piensa que ha cuidado de sí mismo desde chico. Debes intentar comprenderlo. Y también me debes un poco de consideración a mí. ¿Por qué no regresas a la clínica?

— No le dirás a nadie que me has visto, ¿verdad? — dijo el hombre en tono persuasivo—. Necesito tu ayuda. Me encuentro tan solo con mis problemas, todo es tan confuso para mí. Si Halfdan estuviera aquí en este instante, le rompería la cara. Él tiene la culpa de que yo esté sin trabajo y sin dinero.

— No eres justo —contestó Inger Juhl—. Halfdan podía haberte denunciado a la Policía cuando ocurrió lo del dinero. Pero él pagó la deuda y te despidió. ¿Qué hubieras hecho tú en su lugar?

— Nada — contestó Ejler rabioso —. Pero te advierto, Inger, que necesito dinero, mucho dinero, y si no lo obtengo antes de pasado mañana, no me gustaría ser Halfdan.

— ¿Qué quieres que haga yo? —dijo la señora Juhl disgustada—. Sabes muy bien que no dispongo de dinero. Y es inútil hablar con Halfdan. Ya lo he hecho antes, pero no quiere escucharme. Casi estoy a punto de darle la razón. Eres imposible. No agradeces lo que hacen por ti. Y no te servirá de nada amenazarme. De esta forma me obligarás a denunciarte a la Policía.



—¿Tú, a la Policía? —dijo y su voz era tranquila y arrogante—. Temes demasiado al escándalo. Acuérdate de lo que le he dicho.

El hombre dio media vuelta y desapareció entre los árboles. Ella se le quedó mirando un rato y empezó a andar lentamente hacia el edificio de los profesores. Cuando pasó por el escondite de Puck rompió a llorar.

* * *

Puck se quedó muy quieta escuchando cómo se alejaban los

pasos mientras pensaba: «¡Qué conversación más extraña! ¡Qué situación tan desagradable he tenido que presenciar!».

Aquellas pocas palabras entre los dos hermanos habían mostrado un drama familiar cuyos detalles no conocía, naturalmente, pero sí las causas principales. Y aunque sólo había visto al misterioso Ejler como una sombra en el crepúsculo, le parecía conocerle y saber qué clase de hombre era. Pero ¿por qué había hablado la señora Juhl de una clínica? ¿Podía esto significar que su hermano había sido internado en un hospital para enfermos mentales, donde ellos le creían a salvo y bien cuidado, y cuando menos se lo pensaban él había aparecido de aquella manera tan insólita?

El tal Ejler no había causado buena impresión en Puck. «Pero quizá... —pensó—, quizá sólo era un pobre hombre que de alguna manera era víctima de su propia debilidad».

Por lo que la señora Juhl había dicho, Puck entendió que lo habían echado por asuntos de dinero. Y aunque Halfdan Juhl había obrado con toda justicia, el hecho provocaba deseos de venganza en Ejler, que se sentía amargado y pensaba que todo el mundo le había dado la espalda. Y, como suele ocurrir, en aquellos instantes era incapaz de darse cuenta de que sólo él tenía la culpa de su destino. Había dicho que pensaba vengarse. Pero ¿qué clase de venganza pensaría tomarse?

Y ahora, además, aquel sujeto misterioso necesitaba dinero y había intentado sacárselo a su hermana bajo amenazas. Pero la señora Juhl le había confesado que no tenía. Puck sintió compasión por la simpática y joven señora que se mostraba tan agradable y tan diferente de su brusco esposo. La pobre se encontraba en una situación muy desagradable y sin poder pedir ayuda.

Puck estuvo un rato pensando en el horrible drama del cual había sido testigo y se dio cuenta de que tenía frío. Cuando se disponía a salir al sendero para regresar al colegio, oyó pasos y volvió a esconderse en la sombra de los árboles. Entonces vio al misterioso personaje cruzando el parque en dirección al pensionado. Puck no tenía miedo, pero su situación tampoco era divertida. No podía salir corriendo para pedir socorro sin descubrirse a sí misma. Estaba obrando contra él reglamento, que conocía perfectamente, al salir de noche. Además, la señora Juhl se disgustaría si supiera que la había espiado. Así que empezó a seguir despacio a la sombra que

se dirigía hacia el edificio de los profesores. Cuando casi habían llegado allí, Puck pisó una rama seca que crujió ruidosamente bajo su pie. El hombre dio media vuelta y preguntó con rabia:

— ¿Quién va?

Sólo quedaba una solución: huir. Puck dio media vuelta y empezó a correr por el jardín. Oyó que el hombre la seguía. Al parecer, se movía con gran rapidez y agilidad. No sería fácil despistarle. Ella sólo contaba con una ventaja: conocía muy bien el terreno. Corría como si en ello le fuese la vida, pero notó que el hombre ganaba terreno. Sentía ganas de gritar pidiendo socorro, pero el grito no salió de su garganta. Rodeó el edificio en dirección a la pequeña cala, al oeste del promontorio. Allí, los alumnos del pensionado habían construido una especie de aldea africana. Estaba entre matorrales donde los alumnos jugaban a las batallas. Si lograba llegar hasta las cabañas, tendría una oportunidad de esconderse, y su perseguidor no sería capaz de encontrarla. Redobló su esfuerzo y dio gracias al Cielo de ser una buena



deportista. Su agilidad le servía de mucho. Cuando llegaron a la aldea africana, Puck eligió a propósito un estrecho sendero, con arbustos a ambos lados, donde sabía que quedaban restos de una barricada usada hacía poco por los chicos durante una «guerra de tribus rivales». Entre los arbustos todo estaba oscuro, pero Puck conocía el sitio exacto dónde estaba la barricada y la saltó con ligereza. Su perseguidor, que no sabía nada de la trampa que le esperaba, tropezó contra el obstáculo y cayó de bruces, mientras pronunciaba palabrotas y gritaba de dolor. Puck se aprovechó de

aquella caída para correr hacia los huertos, donde la vegetación le serviría de escondite.

Estaba agrachada tras un arbusto, intentando calmar los latidos de su corazón y su respiración fatigosa. Oía aún cómo el hombre se movía en la oscuridad soltando tacos y quejándose, mientras sus pasos se alejaban hacia el camino rural. Había logrado despiSTARlo. Estaba salvada.

Puck tardó aún bastante rato en atreverse a salir de su escondite, y cuando regresaba al edificio principal andaba con la cautela de un gato, con los ojos muy abiertos y el oído atento para no caer en una trampa.

Pero el hombre había desaparecido. Puck suspiró aliviada. La experiencia no había sido nada agradable. Menos mal que todo había terminado bien.

Cuando llegó hasta el edificio principal y puso la mano en la manija de la puerta, se dio cuenta de que estaba cerrada.

Si Puck había llegado asustada, aquello aún la asustó más. Habían cerrado el pensionado. ¡Cerrado para toda la noche!

Y allí estaba ella, sin llave y sin posibilidad de entrar. Dio una vuelta alrededor del edificio.- Todo estaba cerrado y las luces apagadas. Al parecer, todos se habían acostado. Su expedición nocturna había durado más de lo que ella había previsto. ¿Cómo iba a entrar?

No había otra solución que tratar de despertar a sus amigas del «Trébol de Cuatro Hojas», así que Puck dio otra vuelta a la casa y, cuando estaba bajo la ventana de su habitación, tomó con mucho cuidado gravilla del sendero y empezó a lanzar piedrecitas a los cristales. Era muy buena tiradora y logró que sus proyectiles no tocaran otra ventana, con lo que se pudiera haber despertado alguno de los profesores. En cambio, resultó bastante difícil despertar a sus compañeras. Piedra tras piedra iban golpeando la ventana hasta que, por fin, oyó a alguien moverse en el cuarto. La ventana, que estaba medio abierta, fue abierta del todo y una figura blanca apareció.

— ¿Qué pasa? —preguntó la voz soñolienta de Karen.

— Soy yo... Puck... —musitó la muchacha sin atreverse a alzar la voz.

Entonces Karen pareció despertar.

— ¡Ay, caray! ¿De dónde vienes?

— Te lo explicaré todo. Baja y ábreme la puerta.

La cabeza de Karen desapareció y Puck se fue a la entrada de la casa. Oyó pasos ligeros que bajaban la escalera, la puerta fue abierta y entró corriendo. Poco después, las dos muchachas estaban de nuevo en el «Trébol de Cuatro Hojas» sin que aparentemente las hubieran descubierto.

Puck se sentó en la cama, suspirando aliviada. Sentía frío.

— ¡Si supieras lo que me ha pasado! No podrías adivinarlo.

— ¿Dónde has estado? ¿Cómo se te ha ocurrido salir de noche? Sabes que está prohibido. Imagínate si llegan a descubrirte.

Puck movió la cabeza:

— Sí, ya lo sé, ya lo sé... Pero, de vez en cuando, una hace cosas que no debiera y se da cuenta demasiado tarde del lío en que está metida. Te lo voy a explicar todo, si no tienes demasiado sueño.

— ¿Cómo puedes pensar eso? —dijo Karen con una amplia sonrisa—. Estoy muy despierta. ¿En qué lío te has metido? ¿Es algo excitante?

— Sí, lo es. Casi demasiado —contestó Puck, y empezó a contar a Karen su aventura nocturna.

Y había mucho que contar. Cuando terminó su relato, su amiga movió la cabeza:

— Si no fuera porque te conozco, creería que estás mintiendo —exclamó—. Todo suena demasiado fantástico. Pero está claro que es verdad. ¿Qué piensas hacer ahora?

Puck se encogió de hombros:

— Lo cierto es que no lo sé. ¿Tú qué crees que debo hacer?

Se hizo una pequeña pausa de silencio entre ellas. Karen se mordía los labios, como tenía por costumbre cuando pensaba. Navio dio media vuelta en su cama dando un ronquido que pareció el sonido de las trompetas de Jericó. Karen y Puck no pudieron contener la risa. Inger estaba completamente arrebujaada bajo las mantas y sólo se le veía un mechón de pelo sobre la almohada. Al final, Karen dijo:

— Según mi opinión, debes hablar con la señora Frank. Ella suele ayudarnos en estos casos.

— Sí —decidió Puck—. Creo que seguiré tu consejo. Hablaré con la señora Frank mañana por la mañana.

Más tranquila, se metió en la cama, pero aún así tardó mucho en dormirse. Cuando la llamaron al día siguiente, estaba tan cansada que casi no podía abrir los ojos. Navio e Inger estaban de muy buen humor, y al fin lograron sacar a Puck y a Karen de la cama.

— Vaya manera de dormir — dijo Navio alegremente —. Parece como si hubierais trasnochado.

Puck y Karen se miraron entre sí, pero no contestaron.

— Debéis daros prisa si queréis desayunar —les apremió Inger.

Puck no tuvo ocasión de hablar con la señora Frank hasta después del desayuno, pues la llamaron al teléfono y no regresó hasta que fueron los alumnos a clase. Pero en el primer recreo, la buscó y encontró a la joven esposa del director en el vestíbulo, poniéndose el abrigo.

—¿Querías hablar conmigo? —preguntó la señora Frank. - En este momento me voy a la ciudad, pero estaré de vuelta para la hora del almuerzo. ¿Puedes esperar hasta entonces?

—Sí... —dijo Puck vacilando—. Creo que sí; pero, por otro lado...

—¿Puedes decírmelo en dos minutos? Tengo que tomar el autobús.

—No, entonces prefiero esperar al almuerzo.

En realidad, Puck no estaba muy segura de lo que le iba a contar a la señora Frank, pero podía empezar por el principio y esperar que las cosas salieran bien.

Después del almuerzo, la señora Frank hizo un gesto a la muchacha como diciéndole que entonces disponía de tiempo para hablar con ella. Poco después paseaban por el jardín, mientras Puck le explicaba su aventura y lo que había oído. La señora Frank la escuchó en silencio. Estaba seria. Cuando Puck concluyó su relato, comentó:

—Tienes toda la razón. Es muy difícil saber cómo actuar en esta situación, porque no deseamos hacer daño a la señora Juhl. No obstante, estoy muy contenta de que hayas confiado en mí. Pero no voy a decir lo que pienso respecto a tu salida nocturna. Quebrantaste el reglamento.

—Necesitaba respirar aire fresco. Tenía muchas cosas en que pensar y no podía dormir.

—Lo comprendo perfectamente — dijo la señora Frank. Pero

sabes que está prohibido.

—Sí, ya lo sé — murmuró Puck mirando de reojo a la esposa del director, cuya sonrisa delataba a la amiga fiel que no la iba a abandonar. —Tenía miedo de que, por haber quebrantado el reglamento, no me dieran permiso para cabalgar con los jinetes— dijo Puck al final —. Pero es fácil saber las cosas después que han ocurrido. ¿Cree usted que el director se enfadará mucho?

La señora Frank sonrió:

—¿Te parece que el director suele enfadarse? —pregutó sonriendo.

Y Puck tuvo que darle la razón. En verdad, el director no se enfadaba con frecuencia. Entonces dijo la joven señora:

— Tampoco creo que se enfade esta vez. Nuestra tarea en este colegio no es precisamente privaros de expansiones. Pero debe reinar un cierto orden.

Cuando volvían al pensionado vieron regresar al grupo de jinetes de su «cacería» matinal, y después de la siguiente clase se encontraron con los cuatro caballistas huéspedes del colegio. La señora Juhl estaba elegantísima con su chaqueta roja y el casquete negro sobre su cabello rizado. Saludó amistosamente a Puck y dijo:

— ¡Qué lástima que no hayas podido participar hoy! Lo hemos pasado tan bien...

— Espero impaciente que llegue pasado mañana. Nos han dado permiso para acompañarles. Annelise y yo intentaremos seguir al grupo otra vez.

— En ese caso espero que tengáis más cuidado en no adelantaros de nuevo — dijo Juhl un poco brusco, y continuó su marcha con el médico y Gregers Hansen.

La señora Juhl se quedó vacilante. Parecía querer decir algo; pero entonces sonó la llamada a la clase siguiente y dijo apresuradamente:

— Hay algo que quiero preguntarte. ¿Tendrás un momento libre al terminar la clase?

— Sí. Claro que sí — asintió Puck.

— Bueno, entonces podíamos encontrarnos en el embarcadero. ¿Te parece? No te entretendré mucho rato, es solamente algo que quiero saber.

A Puck le fue difícil concentrarse durante la clase, y su amiga

Inger estaba poniéndose nerviosa porque el señor Josiassen parecía cada vez más descontento de las respuestas de Puck, a pesar de que ella se había esforzado mucho y parecía haber descubierto por fin el misterio de las Matemáticas. Pero la muchacha estaba distraída y contestaba de manera poco inteligente las preguntas del profesor. Tenía la sensación de que el reloj se había parado y que la clase duraba eternidad.

Cuando salieron al recreo, Puck fue corriendo hacia la orilla del lago, donde la señora Juhl la estaba esperando. La mujer sonrió nerviosa y empezó a hablar sin rodeos.

—Quizá te parezca extraño lo que voy a preguntarte, pero ayer oí decir al propietario Dreyer, en «La Gran Granja», que tú habías visto un hombre misterioso rondando por allí. Todos estamos preocupados por el incendio en Oesterby. ¿Me podías decir algo más sobre este hombre misterioso?

—No mucho — dijo Puck —. No vi más que una sombra y apenas pude apreciar algún detalle.

—Ninguno en absoluto?

La voz de la señora Juhl sonaba preocupada y ansiosa al mismo tiempo. Puck movió la cabeza:

No —contestó—. Lo mismo le dije al policía que me interrogó.

El alivio de la señora Juhl fue grande:

—Bueno —dijo—. Eso era todo. Lástima que tú no... quiero decir, que no hubieras sido capaz de describirlo... Bueno, quizá no existe ninguna relación entre ese hombre y el incendio.

Se hizo una pausa un poco violenta. Al fin la señora Juhl la saludó con amabilidad, pero distraída, y empezó a caminar en dirección al edificio de los profesores. Puck la miró con compasión. Conocía perfectamente el problema de aquella pobre mujer, aunque ella lo creía un secreto.



IX

Cuando Puck regresó de su entrevista con la señora Juhl, se encontró con el director Frank en el vestíbulo.

— Te estaba buscando — dijo el señor Frank con su amable sonrisa —. Entra un momento.

Puck se puso nerviosa. Ahora la iba a castigar. Había quebranta el reglamento del colegio y debía saber que, tarde o temprano, sería castigada. Pero el director no parecía tener intención de regañarla. Cerró la puerta tras sí y empezó a fumar su pipa, mientras miraba de reojo a Puck. La muchacha se dio cuenta entonces de que no estaban solos en la habitación. Dio media vuelta y vio a la señora Frank sentada junto a la ventana ante una mesita con tazas. Era evidente el matrimonio acababa de tomar el té.

—Mi esposa me ha dicho que... que tú le has contado sobre hombres misteriosos y cosas así —empezó el director. Sé que has hecho, ¿cómo diría yo? una pequeña escapada nocturna. Eso está prohibido y tú lo sabes perfectamente. He hablado de ello con mi mujer y en circunstancias normales te pondría una mala nota en conducta; pero por esta vez voy a olvidarlo. Me ha gustado mucho tu honradez y que lo hayas contado todo; incluso comprendo perfectamente que hayas preferido confiarte a mi mujer en lugar de contármelo a mí.

Echó un par de bocanadas de humo y Puck vio sus ojos sonreír. La señora Frank añadió:

—Vi que tú y la señora Juhl hablabais en el parque.

—Sí —dijo Puck—. Quería preguntarme algo... Nada importante. Sólo si yo podría reconocer al hombre que vi rondando

por «La Gran Granja» y si sería capaz de describírselo a la Policía. Me pareció que la señora Juhl se quedaba muy aliviada, cuando le dije que no podía dar ningún detalle sobre aquel hombre. Naturalmente, no le dije nada sobre el otro personaje misterioso...

—Que quizá sea el mismo — propuso el director.

—Sí, quizá sea el mismo que estaba ayer en la orilla del lago. antes de que los Juhl aparecieran. Ahora sé que es el hermano de la señora Juhl. No se lo dije porque no quise disgustarla más, pero me gustaría saber lo que debo hacer, Karen y yo hablamos de esto anoche, cuando logré entrar. Y fue idea suya el que hablara con usted, señora Frank. Yo sabía muy bien que debía contárselo, pero me encontraba en una situación tan desagradable y...

Puck notó que se ruborizaba. El director la miraba con una sonrisa mientras asentía con la cabeza:

— Bueno — dijo —. No hablemos más de ello. Ahora se trata de algo más serio. Si el hermano de la señora Juhl, quien, por el momento, desconocemos el apellido, ha decidido alguna venganza violenta, sería mejor denunciarlo a la Policía. En todo caso, podíamos denunciarlo por invadir una propiedad privada en circunstancias sospechosas. También te persiguió por el parque. Y todo ocurrió en este colegio donde él no tiene nada que hacer.

El señor Frank hizo una pausa y continuó:

— Esto es suficiente para que lo detengan, y estoy seguro de que en este caso tendríamos ayuda inmediata de la Brigada Criminal. Pero creo que debemos tratar a la señora Juhl con más consideración. Me gustaría encontrar alguna forma de hablar con ella al respecto, para averiguar si no sería más conveniente avisar a la Policía.

— ¿No tendrías ocasión de hablar con ella, Puck? —preguntó la señora Frank—. Quiero decir... Ella fue quien se dirigió a ti preguntando por el hombre misterioso.

— Creo que será difícil para Puck iniciar semejante conversación —opinó el director, y dirigiéndose a la chiquilla le aconsejó—. Me gustaría que confiaras en nosotros si tienes algún problema que no logras resolver tú sola. Eso era en realidad lo que quería decirte.

Puck se levantó y avanzó hacia la puerta.

— Otra cosa —añadió el director—. Algunos de los jinetes vienen aquí esta noche para discutir la próxima cabalgada y, como

tú y Annelise vais a participar, quizá os gustaría asistir también. Pero, te advierto que os iréis a acostar pronto. No podéis estar rondando por el jardín toda la noche.

— Un millón de gracias — dijo Puck con una amplia sonrisa—. Ya lo creo que nos gustará. Se lo voy a decir a Annelise.

—A las ocho, en el despacho — dijo la señora Frank —. Hasta la vista!

Puck salió corriendo. Montó de un salto en su bicicleta y pedaleó con todas sus fuerzas hasta «La Gran Granja». Encontró a Annelise en el patio, con dos caballos ensillados.

—Me estaba preguntando qué había sido de ti. ¿Dónde has estado?

—No he podido llegar antes. Me llamó el director. Ahora te lo contaré todo...

Poco después salían las dos amigas a caballo, radiantes de alegría. Annelise estaba tan entusiasmada como Puck. ¡Estaban invitadas por el director y tratadas como los jinetes adultos! No se lo hubieran imaginado nunca.

—Sabes algo sobre la ruta de la «cacería»? —preguntó Annelise—. ¿Te han dicho algo?

—Si -dijo Puck—. He visto un mapa que llevaba el doctor Jacobsen. Vive en el colegio y es muy agradable. El plan es salir de «La Gran Granja» y cabalgar por los campos que portan al sur de la casa del señor Iversen, el labrador, y meterse luego por la arboleda. Hay allí un par de saltos muy divertidos, según tengo entendido. Después cruzaremos el cortafuegis, subiendo por el Bosque del Oeste, y describiremos una amplia curva para volver hacia el sur por el Bosque Soender. Ya no me acuerdo de nada más.

—Supongo que será fácil encontrar a los hombres que están preparando los obstáculos. Seguramente harán mucho ruido. Vi cómo salían vestidos con monos de trabajo en una camioneta llena de troncos, y llevaban hachas, sierras y mazas. Tengo que admitir que trabajan a conciencia. No se limitan a vestir prendas elegantes y montar sus caballos ya ensillados para después volver a almorzar. Trabajan como peones, para poder cabalgar un par de horas. Me gusta eso.

Las pequeñas Amazonas pasaron por el colegio y continuaron hasta el cortafuegos que separaba el Bosque del Oeste y el Bosque

Soender. Siguieron el camino, bordeando el cortafuegos, hasta oír el ruido de las sierras y las hachas en la arboleda, y se acercaron a donde estaban trabajando a ver cómo se construía un obstáculo.

El doctor Jacobsen dirigía el trabajo y fue el primero ver a las recién llegadas.

— ¡Hola, chicas! —saludó—. Venid a ver cómo se construye un auténtico «buey» o valla doble.

El médico estaba de un humor radiante.

— Porque vosotras, naturalmente, sabéis lo que es «buey». Aparenta ser dos cercas de bosque, una paralela la otra, y hay que saltar las dos a la vez. Si el caballo cae entre las dos vallas... Bueno, no es necesario que se lo explique a dos amazonas; podéis imaginároslo. ¿Qué os parece nuestro trabajo?

— ¿No le parece algo bajo el terreno en la salida? —preguntó Annelise.

El médico asintió con la cabeza:

— Ésta es justamente una de las dificultades de este obstáculo. ¿Tendrías miedo a saltarlo?

La valla doble estaba colocada de manera que el terreno a donde el caballo llegaba tras el salto se hallaba a nivel más bajo que la entrada donde lo iniciaba.

— Déjese de bromas, doctor — dijo Halfdan Juhl que se había acercado a ellos—. Esta chica es la misma que adelantó al «master» en la primera «cacería». No le haga usted intentar algo que no puede hacer.

Puck miró de reojo a su amiga y vio cómo se ruborizaba

— Claro que puedo saltar este obstáculo — declaró Annelise furiosa—. ¿Me deja usted intentarlo, doctor Jacobsen

— Claro que sí, si eso te divierte — dijo el médico —. Pero acuérdate de la salida a nivel más bajo.

Puck estaba algo preocupada, porque Annelise se iba a lanzar de cabeza a esta prueba. No era sólo por las dificultades que presentaba el obstáculo, aunque su caballo podía saltarlo fácilmente, sino porque no se debe intentar un salto estando furioso. Hay que estar tranquilo y sereno, de buen humor. Las cosas casi siempre terminan mal, si en el acaloramiento se quiere demostrar valentía e intrepidez.

El doctor Jacobsen parecía pensar lo mismo, porque dijo con

una ligera sonrisa:

—Aun no hemos terminado las vallas, así que ¿por qué no dais un pequeño paseo con los caballos? Os esperaremos aquí y entonces podrás intentar el salto. Estoy seguro de que o harás con con gran facilidad.

—Es una imprudencia — replicó Halfdan Juhl con brusquedad ... Además, no veo por qué estas chicas se mezclan con nosotros y nuestra «cacería». Hemos llegado aquí en grupo y no queremos...

—No se enfade, Juhl —dijo Jacobsen, al mismo tiempo que le ponía la mano en el brazo. Estas muchachas viven aquí, estudian en el colegio que nos ha recibido con tanta hospitalidad. Sería injusto no dejarlas participar.

Pero el ambiente se había enrarecido, y ni siquiera la amabilidad del doctor Jacobsen fue capaz de remediarlo. Uno de los jinetes intervino:

—Vamos a terminar el obstáculo. Me parece una buena idea si las chiquillas quieren saltarlo después, ya que traen mis caballos.

Puck hizo dar la vuelta a su montura y, junto con Annelise, cruzó el cortafuegos. Luego penetraron en el Bosque del Oeste. Annelise echaba chispas.

—No sé quién se ha creído que es —estalló—. Sólo porque tuve un pequeño accidente con un estribo. Me gustaría saber si su caballo no se le ha desbocado nunca.

—Cálmate —dijo Puck en tono tranquilizador—. Naturalmente que su caballo se habrá desbocado. Eso le pasa a cualquiera. Además, depende casi totalmente del caballo. Me he fijado en estos jinetes de cacería cuando saltan un obstáculo y, francamente, no estoy impresionada por su esrilo. Algunos parecen un par de tenazas cabalgando sobre un cerdo y si me permites la vulgar expresión, aunque sus caballos son excelentes. —Y añadió—: Yo, en tu caso, no me enfadaría porque un hombre sin importancia intenta ser impertinente. Ese Juhl se ha portado así todo el tiempo. Parece una de esas personas que disfrutan haciendo rabiar a sus semejantes con sus impertinencias. ¿A nosotras qué nos importa?

— Pero pienso demostrarle, a nuestro regreso... —empez Annelise entre dientes,

— No le vas a demostrar nada —interrumpió Puck decidida —. Si sólo piensas saltar para convencerle a él, creo que es mejor que lo

dejes. ¿No sé si te acuerdas lo que le pasó a la madre de Karen, cuando participó en el concurso de salto de obstáculos? Estaba tan rabiosa que los tiró todos

— Sí que me acuerdo —contestó Annelise testaruda— pero...

—Entonces no seas idiota —concluyó Puck—. Demos un paseo tranquilo y pacífico y procura recuperar tu buen humor; después regresaremos para contemplar la valla doble ¿De acuerdo?

Annelise asintió sonriendo.

— De vez en cuando resultas la más sensata de las dos

— dijo —. Pero solo de vez en cuando. A propósito, ¿no te gustaría saltar el obstáculo a ti también?

— No. Creo que es demasiado grande para mí — dijo acariciando el cuello de su caballo—. ¿No lo crees tú también? — preguntó riendo al animal —. Pero tú sí que lograrías el salto, si te mantienes serena y tranquila.

Poco después regresaron y se acercaron al obstáculo. El doctor Jacobsen les estaba esperando y, cuando las vio, hizo un gesto con la mano para indicarle que la valla doble estaba lista para hacer la prueba.

— Inténtalo —dijo Puck.

Annelise puso su caballo al trote. Puck oyó al director Juhl protestar por la invitación del médico, pero éste lo hizo callar con un gesto de la mano. Annelise se acercó al obstáculo poniendo su montura al galope. Su estilo era elegante y ella iba tranquila y segura. Sabía a la perfección lo que debí hacer.



Halfdan Juhl seguía protestando. Puck le vio gesticula

violentamente y, en el momento en que Annelise se acercaba al obstáculo, él se adelantó cruzándose en su camino delante de la valla para retirarse en seguida al lugar de donde había salido. Este movimiento repentino confundió a Annelise. Su caballo iba a gran velocidad, y no le fue posible detenerlo en el acto; al mismo tiempo, tuvo miedo de atropellar a Halfdan Juhl. El resultado fue que el caballo clavó las cuatro patas justamente delante del obstáculo y Annelise salió despedida por encima del cuello yendo a caer entre las dos vallas.

— ¡Vaya tipo imbécil! —se oyó decir a Puck.

Puso su caballo al trote y se acercó. Halfdan Juhl se excusaba:

— ¿Cómo lo iba a saber...? Acababa de advertirla.

Puck desmontó, tendió las riendas a uno de los hombres y corrió hacia el obstáculo donde el doctor Jacobsen estaba levantando a su amiga. Se quejaba un poco, pero tomó la cosa con calma.

— ¿Te ha ocurrido algo? ¿Te duele?

— Me hice daño en un pie —murmuró Annelise—, Déjenme intentar andar.

— No, más vale que no lo hagas —dijo el médico—. Déjame que te lleve...

La llevó en brazos hasta la camioneta, que estaba esta estacionada cerca de allí, y la puso con cuidado en el asiento.

— Vamos a quitarte primero la bota de montar. Voy ver si tienes algún hueso roto.

Annelise se quejaba mucho mientras el doctor le examinaba el pie. El doctor Jacobsen se encogió de hombros e hizo una pequeña mueca:

— Deberíamos llevarte al hospital para hacer una radiografía, aunque no creo que tengas nada roto.

— Pero no podré participar en la «cacería» —dijo Annelise, y sus labios temblaban. Miró con rabia a Halfdan Juhl—. Muchas gracias por su amable ayuda —dijo con amargura.

— Un momento —estalló el aludido—. ¿Qué te has creído? Pero el doctor Jacobsen hizo un gesto con la mano para hacerle callar.

—Mire usted, director Juhl —dijo tranquilo—. Si yo le pisara el dedo gordo del pie, usted gritaría, y nadie lo encontraría extraño. Pues esta chica ni siquiera ha gritado, aunque se haya quejado un

poco, cuando le toqué el pie. Yo sé que le debe haber dolido muchísimo. Lo que ella acaba de hacerle a usted, puede interpretarlo como un grito de dolor. Y aún así me parece poco.

Juhl no contestó. Dio media vuelta y se alejó caminando, nadie intentó retenerlo.

—Estas cosas pasan —opinó el médico—. Hay gente que se cree tan sabia sabia que no usa la cabeza, Pero en este mundo es preciso afrontar los accidentes con buen humor. Mañana, Juhl y yo seremos los «zorros» en la «cacería». Y aunque no estamos de acuerdo sobre lo que acaba de ocurrir, esto no va a influir en nuestra manera de cabalgar.

—Cree usted... que tampoco podré ir esta noche a la reunión en el despacho del director? —preguntó Annelise mirando al médico con ojos suplicantes.

—Claro que sí —dijo acariciándole el cabello—. No faltaba más.

* * *

El doctor Jacobsen llamó la atención de los presentes golpeando su vaso con el cuchillo mientras se levantaba. La alegre conversación en el confortable salón del director Frank, cesó. El doctor carraspeó y dijo:

—A estas alturas, no es difícil afirmar que ésta ha sido una de las más accidentadas salidas que hemos tenido hasta ahora. Empezó con el desafortunado incendio en la posada de Oesterby. Cuando estaba allí en bata, contemplando cómo el viejo y hermoso edificio se convertía en ruinas humeantes no tenía ninguna esperanza de que nuestra temporada de caza se pudiera realizar. Pensé que al día siguiente tendríamos que hacer las maletas y regresar a nuestras casas, contentos no obstante, de que nuestros caballos no hubieran sufrido ningún daño. Pero gracias a la gran hospitalidad que, entre otros, nos han concedido el director Frank y su esposa, nos hemos podido reunir a pesar de todo para practicar nuestro deporte favorito en un terreno ideal. Porque ¿dónde hay terreno tan maravilloso como éste del Lago Ege? ¿Dónde encuentra un paisaje más variado con colinas, valles, bosques y campos? Y, sobre todo, ¿dónde se pueden encontrar unos anfitriones más simpáticos y agradables que los que nos han invitado esta noche? Todos saben que no me considero un jinete perfecto. Nunca lo he sido y ya soy demasiado viejo para mejorar. Pero me gusta montar, porque amo

la aventura y disfruto con las buenas amistades que nos proporciona la equitación. Somos muy distintos unos de los otros, y no siempre estamos de acuerdo; pero hay una cosa que nos une: Todos amamos nuestro deporte y lo practimos en cuerpo y alma. Por eso nos alegramos tanto cuando gente ajena al grupo nos muestra amabilidad, porque lo tomamos como un gesto de amistad, no únicamente hacia nosotros, sino hacia nuestro deporte. Ahora, para terminar, ruego a todos levanten sus copas y briden conmigo por nuestros anfitriones, dándoles las gracias por su hospitalidad.

Todos los jinetes se levantaron y, poco después, sonaron tres «hurra» en los salones del director.

Para Puck y Annelise, aquella velada fue un acontecimiento difícil de olvidar. Fueron tratadas como cualquier otro invitado del director y, además, fueron aceptadas por el grupo de jinetes en una conversación que únicamente trataba de caballos y equitación.

De repente, el señor Juhl preguntó a sus compañeros:

— ¿Estáis seguros de haber recogido todas las herramientas que llevamos llevamos al bosque? Me pareció notar que faltaba algo en la camioneta.

—Sí, creo que lo recogimos todo —contestó uno de ellos.

El joven Hansen, el apoderado, añadió:

—Hay algo que falta. Yo puse un rollo de alambre apoyado contra un árbol, cerca del cuarto obstáculo, y lo dejé olvidado. Cuando terminé de construir el quinto, fui a buscarlo, no estaba. ¿Alguno de ustedes lo ha recogido?

—No, no estaba en la camioneta.

—En ese caso alguien lo debe haber tomado —dijo el apoderado —¡Qué fastidio! Necesitamos mucho alambre para la construcción de los obstáculos. Mañana mismo lo buscaré, a ver si consigo encontrarlo. Estoy seguro de que no lo hemos puesto en la camioneta.

—No, no lo hicimos.

En aquel instante, la señora Frank se acercó a la mesa donde las niñas estaban sentadas con varios jinetes y dijo:

—La llaman por teléfono, señora Juhl.

La joven dama la miró sorprendida:

—¿A mí?

—Si, y además ha llegado el coche para buscarte, Annelise.

Al mismo tiempo que la señora Juhl iba al teléfono, Puck se levantó para ayudar a Annelise.

Es una lástima que no puedas participar en la cacería humana — dijo el doctor Jacobsen—. Te echaremos de menos. Pero tú sí que vendrás, ¿verdad, Puck?

—Seguro. Mañana tenemos el día libre — dijo la muchacha, con una amplia sonrisa.

Cuando las chicas cruzaban la biblioteca, no pudieron evitar el oír parte de la conversación que la señora Juhl mantenía por teléfono.

—Pero no puedo conseguir el dinero — decía—. Tienes que creerme. Es completamente imposible. No puedes pedirme...



Las muchachas cerraron la puerta a sus espaldas. Puck ayudó a Annelise a subir al coche y regreso para dar las buenas noches. La señora Juhl acababa de colgar, pero estaba al lado de la mesa de trabajo del director Frank mirando abstraída ante sí. Estaba muy pálida.

— Ha sido una velada inolvidable, señora Juhl. Le doy las gracias — dijo Puck —. Nos veremos mañana.

— ¿Ah, eres tú? —la señora Juhl se sobresaltó—. Sí, sí, buenas noches y hasta mañana. ¡Que descanses!

Cuando Puck estaba ya acostada, no lograba dormirse. Las pocas palabras que había escuchado le habían dado en qué pensar. Sabía muy bien el significado de aquella conversación. Debía ser su hermano quien le pedía el dinero del que hablaban la noche anterior. Ya entonces la señora Juhl le había dicho que no poseía dinero ni sabía cómo conseguirlo. Y él había contestado que si no lo conseguía, entonces...

No parecía una amenaza vana. La señora Juhl estaba muy pálida y preocupada, nerviosa y distraída, al terminar de hablar por

teléfono. ¿Temía, quizá, que su hermano fuera a vengarse ¿Y qué pensaba hacer? La cosa se ponía fea. ¿Qué iba a pasar? Puck tenía el presentimiento de que se acercaba una catástrofe a toda velocidad. Cada vez estaba más convencida de que el extraño Ejler era capaz de todo. Incluso Puck estaba ya segura de que fue él quien inició el fuego en la posada de Oesterby.

Un odio tan profundo es una pasión que puede dar lugar a verdaderas estupideces. Y aquél parecía un hombre que odiaba apasionada y ciegamente. Pero ¿qué podía hacer ella? La única persona capaz de evitar la catástrofe era Inger Juhl, pero era muy dudoso que avisara a la Policía.

Puck seguía dando vueltas en su cerebro al problema. Sus propias aventuras y las cosas que había oído eran como un rompecabezas. Estaba convencida de que, si colocaba bien las piezas, comprendería cosas que hasta aquel momento no había logrado entender, y sabría si en realidad había peligro, e incluso de qué clase de peligro se trataba.

Puck no logró liberarse de estas preocupaciones. Una y otra vez intentó dar la vuelta y dormir, pero los pensamientos iban y venían sin interrupción. Al final se sentó en la cama e intentó ver las cosas desde un nuevo ángulo.

—Si yo —se dijo a sí misma—...Si yo fuera ese misterioso Ejler, y tuviera la intención de vengarme de Halfdan Juhl, ¿que haría? Vengarme en el negocio es imposible. Él es grande y yo soy pequeño. Podría buscarle y asaltarle; pero no sería fácil porque Juhl es fuerte y muy ágil.

—Pero entonces, ¿qué podría hacer? Un hombre que está entre amigos y en una cacería no se encuentra solo en ningún momento. Si además, no es tonto, es grande y fuerte, además de inteligente, ¿cómo llegar hasta él? ¿Qué haría un hombre con la mente enferma y un odio desbordante si quisiera deshacerse de él? Lo haría de una forma que pareciera un accidente. Sí, quizá esa fuera la solución. ¿Pero, cómo lo haría? Juhl estaba siempre con los otros jinetes. No podía cavar un agujero y esperar que precisamente Juhl se cayera en él.

Puck movió la cabeza:

«Esto es completamente ridículo. Un hombre que cabalgaba en grupo es difícil de cazar. Ni siquiera...»

De repente se sobresaltó. Halfdan Juhl no iba a cabalgaba con el grupo. Al día siguiente iba a hacer de «zorro», junto con el doctor Jacobsen. Los dos hombres irían delante; los demás les seguirían a una distancia de cien a doscientos metros. «Va a ser un día ideal para...» —pensó.

Puck sintió miedo. Se le había ocurrido una cosa terrible. Quizá sonaba fantástico, pero le pareció posible. Cuanto más pensaba en ello, más verosímil le parecía. Al final estaba completamente convencida de que su teoría era cierta. Todas la piezas del rompecabezas ajustaban. Llegaba a unas conclusiones que la asustaron y al mismo tiempo comprendió que nadie creería en su descabellada teoría. Su única esperanza era poder demostrar lo que decía. Ahora tenía una misión que cumplir.

Cuando el misterio estaba casi resuelto, Puck logró dormirse; pero su sueño fue inquieto. Se despertó varias veces para mirar el reloj. Temía no levantarse a tiempo. Cuando las primeras luces empezaron a penetrar en la habitación se sintió cansada pero muy despierta. Tenía que procurar no quedarse dormida. Había que levantarse muy temprano. Tenía una misión que cumplir; una misión muy, muy importante.

Al final saltó de la cama y empezó a vestirse con su traje de montar. De repente, Karen abrió un ojo y la miró soñolienta y asombrada. Puck no hizo caso, esperando que su amiga se daría la vuelta para seguir durmiendo. Pero Karen debió tener un presentimiento porque se sentó en la cama con los ojos bien abiertos, mirando a Puck con asombro:

— ¿Qué haces a estas horas de la noche? —preguntó.

—Baja la voz —dijo Puck—Vas a despertar a las demás.

—Pero ¿qué hora es?

—Aún puedes dormir un par de horas. Hazme caso y duérmete.

Pero Karen pertenecía al tipo de gente a quienes no les gusta recibir órdenes. Ella seguía sus propios impulsos y no que nadie dijera lo que debía hacer o dejar de hacer.

—Tú me ocultas algo —insistió testaruda—. ¿De qué se trata? ¿No estarás metiéndote en asuntos peligrosos otra vez?

Puck negó con la cabeza.

—No. Sólo quería salir antes que los demás — contestó Puck

—¿Y el desayuno? —preguntó Karen, que ya se había

despertado del todo—. ¿No pensarás salir con el estómago vacío?

—Tengo un par de manzanas en mi cajón; no necesito otra cosa. Me gustaría que tú...

Karen movió pensativa la cabeza:

—No lo dudo —dijo en voz baja—. Estás tramando algo que no me concierne. Si sólo fueras a pasear a caballo, no estarías tan misteriosa. Dime, ¿qué estás tramando?

Puck vaciló un momento y pensó:

«Esta noche, cuando pensaba en todas estas cosas, me molestaba no tener con quien discutir las y estaba convencida que nadie me creería. Me gustaría saber la opinión de Karen»

Se sentó en el borde de la cama y musitó:

—No he pegado un ojo en toda la noche. Estuve pensanso en algo que me inquieta mucho, y ahora quiero salir para convencerme de si tengo razón o no.

Y le contó toda la historia a Karen. Habló sobre sus sospechas después de lo que había visto y oído durante los últimos días.

Karen la escuchaba con los ojos muy abiertos. Cuando Puck hubo terminado su relato, dijo:

—Esto suena increíble, pero puedes estar en lo cierto ¿No podría acompañarte?

—Es mejor que vaya sola — dijo Puck —. Tienes que prometerme no decir ni una palabra a nadie. Ya nos veremos.

Sin dar tiempo a Karen para protestar, Puck se levantó y desapareció por la puerta.



Hacia una mañana espléndida. El rocío brillaba sobre la hierba,

los rayos del sol penetraban por un velo fino de nubes blancas y ligeras. Apenas soplabla el viento y el sol, aún bajo, dibujando sombras misteriosas sobre el fondo del bosque.

Un hombre pasaba por entre los abetos de la arboleda. Su ropa estaba arrugada y gastada. Aparecía despeinado y llevaba barba de un par de días. Sus zapatos estaban cubiertos de barro y los bordes de sus pantalones se veían rotos. En su hombro derecho llevaba un rollo de alambre.

Iba un poco encorvado, pero andaba con pasos cortos rápidos. De vez en cuando se paraba, miraba a su alrededor con cautela y preocupación, y murmuraba algo. Estaba muy excitado. Su frente fruncida ensombrecía sus ojos huidizos inquietos y nerviosos.

— ¡Vas a lamentarlo!... ¡Vas a lamentarlo, Halfdar — murmuraba, y se detenía, como si tuviera miedo de su propia voz.

De nuevo miró en torno suyo y, cuando un pájaro levantó el vuelo desde un árbol haciendo ruido con sus alas, saltó hacia la sombra del bosque y se quedó bajo un gran abeto mientras sus manos se movían nerviosamente como prueba evidente de que aquel hombre era víctima de un odio incontrolable, tenía los nervios destrozados y debía estar internado en un sanatorio.

Al poco rato salió otra vez al sol y continuó su extraño paseo por el bosque hasta llegar al cortafuegos. Se quedó un momento inmóvil en la linde, mirando en una y otra dirección con desconfianza, escuchando posibles pasos, mientras murmuraba palabras ininteligibles.

Descargó el pesado rollo de alambre y lo apoyó contra un árbol. Después de pasear un rato en estado de gran excitación, recogió de nuevo el rollo y continuó su marcha.

Su meta era la valla doble, uno de los primeros obstáculos de la cacería del día. Cuando llegó hasta allí dio un par de vueltas alrededor, estudiándolo con cuidado. Luego movió la cabeza como si por fin se hubiera decidido, y empezó a trabajar de prisa.

Desenrolló el alambre y sujetó un extremo a un árbol, después lo estiró, pasándolo cerca del obstáculo hasta otro árbol de enfrente. Allí empezó a doblarlo hasta que al fin lo rompió y después lo ató al tronco.

Era un plan diabólico. El alambre estaba colocado a tanta distancia del suelo que nadie sería capaz de verlo al cabalgar hacia

el obstáculo. Estaba completamente escondido. El jinete que saltara primero la doble valla lo descubriría demasiado tarde, cuando su caballo tropezara con sus patas | en el alambre y se cayera de cabeza.

El hombre siguió su tarea y colocó cuatro alambres más, tensos, cruzando el sendero por donde iban a seguir los jinetes. Cuando terminó, se quedó contemplando su obra con una mirada seria bajo sus cejas fruncidas. En aquel instante oyó el ruido de cascos de caballo que se acercaban. Ante el miedo a ser descubierto, salió corriendo, adentrándose en el bosque rápidamente.

* * *

Puck bajó a la carrera la escalinata exterior. Cuando llegó a la explanada, ante el edificio principal, se quedó un momento mirando a su alrededor.

Su cansancio había desaparecido. El aire fresco de aquella hermosa mañana le agradaba sobremanera. Si el asunto que llevaba entre manos no hubiera sido tan serio, le hubiera gustado dar un paseo por el bosque, o cabalgar libre y despreocupadamente disfrutando de la maravillosa Naturaleza. Pero en aquel momento no tenía tiempo de disfrutar del paisaje; debía actuar. Encontró su bicicleta y, poco después, estaba en camino hacia «La Gran Granja», donde ya había gente trabajando en las cuadras.

—Vaya — dijo uno de los mozos —. Te has levantado temprano. La cacería no es hasta las diez.

—Ya lo sé —dijo Puck—. Pero sentí ganas de montar un poco. Hace una mañana maravillosa.

—En este caso te voy a ensillar el caballo.

Gracias, pero puedo hacerlo yo —rechazó Puck—. Usted parece tener bastante faena.

— Habrá tiempo para todo —dijo el hombre—. Pero puedes ayudarme. ¿Quieres tomar un cabezal?

Poco después, el animal estaba ensillado y Puck salió del patio. Ninguno de los demás jinetes se habían levantado aún, lo cual iba muy bien para sus planes; así evitaría contestar preguntas. Si lograba arreglar aquel asunto sin tener que pedir ayuda a nadie, sería mucho mejor.

Una vez hubo salido a la carretera, puso su caballo al trote. Poco después paso por delante del colegio y tomó el camino rural hacia

el sur, en dirección al cortafuegos. Allí era donde debía empezar la cacería. El primer obstáculo estaba situado dentro del bosque. Se trataba de un montón de ramas secas y, como Puck consideró que su caballo había entrado ya en calor, lo puso al galope y le hizo saltar la ramas. El salto fue efectuado ligera y elegantemente. El caballo se sentía tan a gusto que incluso hizo una cabriola.

—Se ve que disfrutas tanto corno yo de este paseo matinal — exclamó Puck.

Puso el caballo al trote siguiendo la ruta que el grupo de cazadores iba a hacer poco después. Ahora la examinaría con cuidado. Quería saber si sus conclusiones eran ciertas. Pero ya en aquel instante hubo de admitir que la hermosa mañana y el hecho de estar despierta hacían perder fuerza a sus sospechas. Ocurre esto con frecuencia. Por la noche se ven las cosas peor de lo que son en realidad. Cuando uno está en la cama, sin poder conciliar el sueño, los problemas parecen más difíciles de resolver. Pero a la mañana siguiente sale el sol y con él renace el optimismo. Se cobran nuevos ánimos para emprender los trabajos del día con buen humor y nuevas fuerzas. Esto mismo le ocurrió a Puck. Los negros pensamientos que habían cruzado su mente durante las horas de la noche y la sospecha que había tomado cuerpo en su imaginación empezaron a disiparse, igual que la neblina bajo los primeros rayos del sol.

Se sorprendió a sí misma cantando mientras el caballo avanzaba a su aire hacia el fondo del bosque. Cuando se aproximó a la gran valla doble, donde el día anterior Annelise

había sufrido el accidente torciéndose un pie, estaba ebria de alegría. Se sentía muy compenetrada con su caballo y, de repente, tuvo un deseo incontrolable de dejar al animal saltar el tentador obstáculo. «¿Por qué no voy a poder saltar yo vallas?» —se preguntó.

El día anterior había sido más prudente; pero en aquel momento que no había testigos que la importunaran con buenos consejos estaba segura de poder saltar sin dificultad. Se aproximó un poco para estudiarlo y entonces no le pareció tan alto. Dio media vuelta y puso su caballo al galope, lista para dar el gran salto. Su caballo estaba bien dispuesto y se lanzó sin miedo.

Avanzó hacia el obstáculo y, de repente...

No fue capaz de explicarse exactamente que pasó ni por qué; de pronto había sentido cierto recelo. Quizá, se dijo, fuera debido a que en aquel momento una nube ocultó el sol y la iluminación del bosque cambió cuando ella se preparaba para saltar.

En todo caso, Puck cambió de opinión y dio una vuelta para poner el caballo al trote. Después lo detuvo y quedó pensativa con las cejas funcidas. La abrumaban varias sospechas e intuiciones y, sobre todo, una gran duda. Todas las consideraciones de por la noche volvieron otra vez y se dijo a sí misma que el objeto de su paseo a caballo no había sido disfrutar de él, sino examinar la ruta. Podía ser cuestión de vida o muerte.

Aún estaba pensando en todo aquello cuando vio al hombre que trataba de ocultarse en el bosque. Primero vio algo que se movía entre los matorrales y después unos ojos brillantes que la vigilaban. Puck se sobresaltó. Sus manos se aferraban a las riendas y al pequeño látigo, pero no sabía que hacer. El hombre tenía pleno derecho a estar en el bosque. No tenía nada contra él. Ella no podía prohibirle la entrada.

El sol apareció de nuevo tras la nube que lo ocultaba y envió alegres rayos por entre los troncos de los árboles y sobre la hierba del cortafuegos. La iluminación había cambiado y entonces Puck ya no pudo ver al hombre oculto en el bosque. En cambio sí observó otra cosa que la inquietó más.

En el suelo había un rollo de alambre que brillaba al sol.

Puck se quedó rígida en su silla contemplando el plateado cable. Se acordó de que los jinetes habían hablado la noche anterior de un rollo de alambre, y Gregers Hansen comentó que lo había dejado apoyado contra un árbol, pero que ya no estaba allí cuando regresó para recogerlo. Sin embargo, estaba allí otra vez...

Puck movió la cabeza. Quizá no había nada de raro en todo ello. Gregers Hansen podía haberse equivocado, acaso alguno de los jinetes lo habría tomado sin pensar.

Puck dejó vagar su mirada sobre la hierba hasta los troncos de la valla doble y entonces distinguió un brillo que la hizo estremecerse. Pronto descubrió un alambre tirante tras el obstáculo. Era una trampa mortal. Palideció y sus ojos expresaron el terror que le causaba aquello. Entonces oyó la voz de Karen cerca de allí:

— ¿De qué tienes miedo, Puck...? Puck... Oye, Puck...

La muchacha miró en dirección de donde había sonado la voz y vio a Karen en la linde del bosque, contemplándola con una sonrisa insegura.

— Me pareció lo mejor seguirte y...

Puck no contestó. Aquella situación le parecía irreal: el alambre que brillaba al pie del obstáculo... Karen que la contemplaba iluminada por un rayo de sol... Aquel hombre que vigilaba todo desde su escondite entre los abetos... Y ella misma montada a caballo, completamente confusa, sin saber cómo actuar.

Karen se acercó a ella:

—¿Por qué no contestas? Pareces asustada. Puck... yo...

Pero, antes de que Puck tuviera tiempo de contestar, vio al hombre salir de entre los árboles. El sujeto aquél se acercó a ella por detrás de Karen. Los ojos de Puck se agrandaron asustados.

—Pero ¿qué te pasa? ¿Por qué tienes miedo? —repitió Karen.

De repente se hizo cargo de la situación cuando el hombre llegó hasta ella. Había salido de un salto desde la sombra hasta el claro iluminado por el sol, y aquel brusco movimiento hizo brincar de lado al caballo, que se levantó de manos. Antes de que Puck se diera cuenta de lo que pasaba, el caballo la había tirado al suelo.

Se aferró a las riendas y sintió un tirón en el brazo y el hombro. El caballo hizo otro movimiento brusco de costado. Las riendas apretaban los dedos de Puck provocándole un intenso dolor, pero seguía agarrándolas con fuerza.

El hombre hizo un movimiento para alcanzar a Karen y aferrarla por el brazo. Pero la muchacha era aún más rápida que el caballo y dio un salto hacia delante. Entonces dio media vuelta y empezó a correr. El hombre se lanzó en su persecución, pero comprendió que le sería imposible alcanzarla, y se volvió hacia Puck, que aún no había tenido tiempo de levantarse.

La agarró del brazo y con la otra mano sujetó el cabezal del caballo.

—Ven aquí... Vamos... Si crees que vas a estropear mi plan . Si crees... —decía el hombre arrastrando a Puck hasta su escondite.

Hablaba sin parar, gritando como un loco. Puck no estaba muy optimista en tal situación. ¿Qué pretendía aquel tipo?

La llevaba hacia la espesura, lo comprendía perfectamente pero ¿por qué? ¿La iba a raptar? ¿La ataría a un árbol? ¿Qué pensaba

hacer?

La muchacha había perdido el látigo. Estaba indefensa.

El hombre la sujetaba brutalmente del brazo, que le dolía mucho.

Intentó liberarse, pero fue en vano. Sólo consiguió q su asaltante la oprimiera con más fuerza y la amenazara con palabrotas.

Puck volvió la cabeza para saber qué había sido de Karen y la vio cruzar como un rayo el cortafuegos acercándose a ellos. No tuvo tiempo de comprender lo que su amiga intentaba hasta que la vio lanzarse sobre el hombre y golpearle con el látigo en la mano con la que tenía agarrada a Puck.

El hombre lanzó un grito de dolor y soltó a Puck, quie se aprovechó para escapar. Vio cómo Karen levantaba de nuevo el látigo, pero esta vez el hombre dio un salto hacia ella y Karen retrocedió un paso, mientras el caballo, que, oía el sonido del látigo en el aire, cabeceaba en un intento de liberarse.

El hombre soltó al animal y éste salió al trote hacia el cortafuegos. Aquel sujeto podía ya concentrar sus fuerzas en luchar con las dos muchachas, ya que no tenía que preocuparse de sujetar al caballo. Agarró a Karen y la tiró al suelo. Puck quiso ayudarla, pero sintió que una mano de hierro la atrapaba. El hombre gruñó entre dientes:

— ¿Así que vosotras creíais... creíais?

Metió la mano en su bolsillo y sacó un trozo de cuerda. Con movimientos rápidos, maniató a Puck y después hizo lo propio con Karen. El delgado cordel ceñía sus muñecas fuertemente y Puck estuvo a punto de gritar de dolor; pero su miedo se convirtió en rabia, y si las lágrimas asomaron a sus ojos fue más a causa de la ira que por dolor.

El hombre seguía murmurando; pero era casi imposible entender lo que decía. El tono de su voz revelaba su estado de desesperación y que las muchachas no podían esperar nada bueno de él. Las arrastró entre los árboles y las ató a un tronco delgado. Se quedó un momento contemplándolas y rompió a reír con una risa demente y sardónica, antes de dar media vuelta y desaparecer corriendo por el bosque.



Las niñas tardaron un rato en hablar. Entonces dijo:

— ¡Qué mañana tan hermosa! ¿No te parece? Muy apropiada para dar un paseo por el bosque.

La rabia de Puck desapareció con este comentario humorístico y, a pesar de la seriedad de la situación, no pudo dejar de reír. Karen era maravillosa. No había forma acabar con su buen humor... Desde que se había encontrado a sí misma y se había hecho un sitio en el colegio, aquella rara y testaruda niña se había convertido en una compañera ejemplar, con mucho coraje y gran corazón. Cara a cara con Karen y con el delgado tronco delante de su nariz, Puck admiraba la valentía de su amiga.

— ¡Karen, eres maravillosa!

— Tonterías —contestó Karen irritada—. ¿Qué crees que piensa hacer ese tipejo? ¿Por qué nos asaltó y luego nos ha atado de esta forma?

Puck se puso seria:

— Es una historia terrible... Mis sospechas resultaron ser ciertas.

— ¿Quieres decir que él... que él...?

Puck asintió con la cabeza:

— Sí; hizo lo que yo sospechaba. Hay un cable tirante a pocos centímetros del suelo, justamente al otro lado de la valla doble. En cuanto los «zorros» salten el obstáculo, los caballos tropezarán en el alambre y, con el ímpetu que traen, se matarán monturas y jinetes.

— Es un plan diabólico. Este hombre está loco.

— Pero tenemos que evitarlo —dijo Karen decidida—. Tenemos que desatar estas cuerdas.

— ¿Cómo?

— No lo sé, pero hay que lograrlo. Hay que evitar el accidente. Ojalá le hubiera pegado más fuerte...

Puck no pudo dejar de sonreír. Karen estaba muy belicosa.

— Tiene que haber una manera de soltarnos. ¿No crees que somos capaces de romper esta cuerdecita? —preguntó Karen.

Pero la «cuerdecita» ceñía fuertemente sus muñecas y no era fácil romperla.

Estuvieron un rato sin saber qué hacer. En su interior, las dos tenían ganas de dejarlo todo y ponerse a llorar, pero ninguna hubiera querido admitirlo. Al final, Puck dijo:

— Es evidente que no podemos quedarnos así. Hay que encontrar una manera de liberarnos. Tenemos que detener a los jinetes antes de que lleguen al obstáculo: debemos evitar el accidente. Pero no es ninguna solución gritar desde aquí. Nos ha traído tan adentro del bosque que no podemos esperar ser oídas.

— Pero yo puedo ver las vallas — dijo Karen entre dientes—. ¿Qué crees que fue del hombre?

— Se metió corriendo en el bosque. Seguramente sólo piensa en ocultarse. Pero cabe la posibilidad de que aún esté cerca —musitó Puck—. Tengo una idea... Es completamente descabellada, pero tenemos que intentarla.

— ¿Qué idea?

— Cantaremos — dijo Puck.

—¿Cantar ahora?

Karen no comprendió nada en absoluto. ¿Se habría vuelto loca, Puck?

— Pero ¿por qué quieres que cantemos? —preguntó.

— Si el hombre está cerca y nos oye cantar, quizá vuelva atraído por la curiosidad.

—¿Y qué ganamos con eso? —preguntó Karen—. Seguramente nos amordazará.

— Quizá, pero tendremos oportunidad de hablar con él. A lo mejor conseguimos que entre en razón.

— Si tiene la mente llena de odio, ¿cómo quieres que entre en razón? Este hombre está loco, completamente loco.

— Bueno, pero es una oportunidad — insistió Puck testaruda—. Vamos, canta.

— ¿Qué quieres que cante?



—Es lo de menos. Daremos un concierto. Te prometo que, si nos oye, vendrá para ver qué intentamos hacer. Incluso puede creer que hemos logrado soltarnos y que por eso cantamos. Sobre todo, se trata de hacer justamente lo contrario de lo que él espera que hagamos. Es nuestra única esperanza.

Karen miró a su amiga y movió la cabeza. Todo aquello sonaba completamente descabellado, pero no hay que rechazar una idea por loca que parezca... sobre todo si no hay otra posibilidad.

Poco después las dos muchachas cantaban a pleno pulmón:

— *«Mambrú se fue a la guerra.
¡qué dolor, qué dolor, qué pena!
Mambrú se fue a la guerra,
no sé cuando vendrá...»*

No les era nada fácil cantar estando atadas a un tronco, pero las chicas continuaron:

*...«My Bonnie is over the Ocean»...**
...«Sur le pont d'Avignon»...
...«Frère Jacques, frère Jacques, dormez vous...»
...«Ol' man river he jus' keeps rolling along...»

Cantaban y cantaban sin parar. De una canción pasaban a otra, sin importarles desafinar. Sólo cantaban.

Por fin apareció el hombre entre los árboles. Se acercó con pasos vacilantes mientras contemplaba a las muchachas con mirada llena de desconfianza. Dijo algo que no oyeron a causa de sus gritos al cantar, y luego se aproximó a ellas, contemplándolas con gesto desconcertado. Pero las muchachas seguían cantando. Entonces gritó rabioso:

— ¿Qué hacéis...? ¡Callad ya!

Las muchachas no contestaron. Cantaban:

...«Writing love-letters in the sand...»

El hombre agarró a Puck por el hombro y la sacudió. Las cuerdas le hacían daño en las muñecas, pero ella seguía cantando.

— ¡Callad! ¡Dejad de chillar así! —gritó el hombre, fuera de sí, de rabia y miedo.

Encontraba algo muy extraño en aquellas dos muchachas atadas al árbol que cantaban a pleno pulmón. «Por qué lo hacían? ¿Qué pretendían? ¿Se trataba de una señal para los otros? ¿Estaba él en peligro?» — pensó.

— ¡Callaos os digo! —gritó de nuevo y sus ojos delataban la inquietud y el miedo que en aquel momento se estaba apoderando de él —. No voy a soltaros, si eso es lo que queréis. No voy a dejaros escapar... para...

Karen seguía cantando, pero Puck volvió la cabeza hasta que su mirada se cruzó con la del hombre. Entonces dijo:

— ¿Sabe usted lo que le va a costar esto?

La mirada del hombre vagó en todas direcciones y murmuró:

— Me da igual...

Karen se calló en medio de una nota y dijo furiosa:

— No le da igual.

«Hay mucha autoridad en la voz de Karen» —pensó Puck. El hombre parecía sentir lo mismo porque contestó con un tono de voz casi implorante.

— Pero, ¿qué puedo hacer?

— Lo sabe usted mejor que nosotras —dijo Puck con el extraño presentimiento de que estaban dominando la situación—. Debe usted olvidar sus deseos de venganza. El mundo no necesita más odio y venganza, sino compasión, amabilidad y ayuda... Si sigue con sus planes de venganza, seguramente habrá muertes y usted mismo terminará en la cárcel. Entonces nadie podrá ayudarle ya.

El hombre movió la cabeza. Estaba confuso.

— Pero yo le odio — dijo.

— Sí — dijo Puck —. Es muy posible que usted tenga razones para odiarlo. No puedo juzgarlo. Pero usted no odia a su hermana, ¿verdad? ¿No le gustaría hacerla desgraciada?

Hubo una pequeña pausa. Entonces el hombre preguntó:

— ¿Cómo sabes tantas cosas?

— Lo sé —replicó Puck—. Y, por el momento, basta.

Hubo un nuevo silencio, hasta que Puck estalló:

— ¿Fue usted quien prendió fuego a la posada de Oesterby?

La cara del hombre mostró gran asombro:

— No —gritó—. Claro que no fui yo. ¿Hay personas que lo creen?... Inger me preguntó lo mismo, pero le dije que no... No se me ocurriría jamás hacer semejante cosa... Sería peligroso tanto para las personas como para los animales... No. Yo no he hecho eso. ¿No me crees?

Puck sintió gran compasión por aquel hombre que estaba tan confuso y solitario. Sabía, por instinto, que estaba diciendo la verdad.

— Pues entonces suéltenos — pidió rápidamente —. Dése prisa en quitarnos estas cuerdas.

Nosotras no vamos a delatarle. Le ayudaremos. Tenemos que quitar los alambres antes de que lleguen los jinetes, porque si no va a ocurrir algo que será realmente peligroso para las personas y los animales. Dése prisa. Desátenos la cuerda, para que podamos ayudarle a quitar los alambres; así nadie podrá reprocharle nada. Ya verá usted cómo las cosas se arreglarán. Su hermana le ayudará. Hablaremos con ella si usted quiere.

El hombre pareció vacilar. Entonces asintió con la cabeza, como si hubiera logrado encontrar solución a sus problemas y empezó a desatar las ataduras de las dos amigas.



La cacería se inició con gran alegría. Las trompas de caza tocaron atención. Los caballos relinchaban y el sol brillaba en las chaquetas rojas.

—¿No ha llegado Puck? — preguntó el doctor Jacobsen mirando

a su alrededor—. Bueno, quizá se haya quedado dormida. Debemos salir. Vamos a pasar lista, a ver si todos han llegado.

Poco después, el grupo de jinetes salía por la carretera hacia el sur, pero en el momento en que pasaban por delante de la entrada del colegio, los «zorros» vieron un caballo salir al galope de la arboleda, viniendo hacia ellos.

— ¡Qué extraño! — murmuró el médico —. Me parece conocer aquel caballo...

Entonces se sobresaltó;

— ¡Es el de la muchacha!

— ¿Qué muchacha? —preguntó Halfdan Juhl.

— Puck, la chica del pensionado. Debe de haberle pasado algo.

— Vendrá andando dentro de un instante — dijo Juhl —. Es una imprudencia dejar cabalgar solos a los niños por el bosque. Se habrá caído y ha soltado las riendas.

— Quizá tenga usted razón. Aunque me extraña. Esta chica monta muy bien. Ojalá no haya tenido un accidente.

El caballo les pasó al galope, en dirección a «La Gran Granja». Algunos de los jinetes del grupo gritaron algo. El médico dijo:

— Dejad al caballo. Tenemos que encontrar a la chica. Acompañenme.

Pusieron los caballos al trote y, cuando llegaron a la arboleda, el médico puso el suyo al galope, adentrándose entre los troncos mientras buscaba a Puck por todos lados. Se acercaron al cortafuegos y saltaron por encima del primer montón de ramas secas, y luego continuaron.

De repente vieron a las dos muchachas. Puck y Karen se acercaron corriendo hacia el grupo.

El doctor Jacobsen detuvo su caballo y gritó:

— ¿Te ha pasado algo?

— ¿A mí?

Puck parecía muy sorprendida.

— Sí — dijo el médico extrañado —. Vistes ropa de montar.

Puck lo comprendió todo. Había tenido tantas cosas en qué pensar que había olvidado por completo que aquel día accidentado había empezado con un paseo a caballo.

— ¡Ah, sí! Me caí y el caballo salió corriendo.

— Ve lo que les dije — murmuró Halfdan Juhl —. ¿Te has hecho

daño?

— No, en absoluto — contestó Puck frotándose las muñecas —. Pero no se entretengan por mí. Hemos ido a examinar la ruta y, por lo menos los primeros saltos, están bien. He intentado la doble valla.

— ¿Está bien? —preguntó el doctor Jacobsen sonriendo.

— Está bien —dijo Puck—. La hemos saltado «volando».

* * *

Cuando el grupo de jinetes regresaba a «La Gran Granja», fueron recibidos por Puck, Karen y Annelise. Dreyer, el propietario les invitó a tomar un refresco. Todos estaban de buen humor.

Cuando los caballos hubieron sido llevados al establo, Puck se acercó a la señora Juhl y le dijo:

— Me gustaría hablar un momento con usted a solas, si no tiene inconveniente.

Al mismo tiempo, Karen le dijo a Halfdan Juhl:

— Me llamo Karen y me gustaría hablar con usted.

— ¿Conmigo? —exclamó extrañado—. ¿Sobre qué?

— De algo muy serio — dijo Karen —. ¿Podemos dar un paseo por el jardín?

Juhl la miró asombrado, pero la muchacha hablaba con tanta seriedad y en un tono tan autoritario que terminó por sonreír y decir:

— Con mucho gusto, aunque tengo que admitir que no comprendo nada.

— Se trata de su cuñado — declaró Karen con voz solemne.

— ¿Qué tiene que ver contigo mi cuñado?

—Es justamente de eso de lo que yo quiero hablar con usted — contestó Karen.

Y se fueron paseando por el jardín.

Karen le contó que Puck y ella habían hablado con Ejler, pero no dijo nada sobre el alambre de la valla doble ni de que habían sido asaltadas. Dijo únicamente que se habían encontrado con su cuñado y, comprendiendo que tenía los nervios destrozados y su mente estaba perturbada por problemas, le quería preguntar qué debía hacer al respecto.

— Nos dijo que había trabajado para usted, pero que fue despedido. También dijo que la culpa había sido suya. Pero él está

enfermo, señor Juhl, ha pasado por muchas dificultades. No se queja. Reconoce que toda la culpa es únicamente de él.

— Es natural —dijo Juhl—. Fue despedido por su culpa.

— Pero está enfermo — dijo Karen —. Ahora quería preguntarle ¿Cómo cree usted que podemos ayudarle nosotras...?

— ¿Vosotras? — se extrañó Juhl.

— Sí, nosotras, en el pensionado de Egeborg —continuó Karen seria—. Sé muy bien que usted no podrá hacerlo; usted ya lo intentó y no tuvo éxito.

— Oye... Escucha un momento —dijo Juhl y se detuvo—. ¿Quieres hacerme creer que vosotras, unas muchachitas, podéis solucionar un caso en el que yo he fracasado?

— Sí —contestó Karen—. Estoy segura de ello.

Juhl la miró como a una rara planta exótica.

— ¿Qué clase de chica eres tú?—preguntó entonces—. Me estás hablando de una forma que nadie se ha atrevido antes a hacer. Yo puedo resolver cualquier problema si me lo propongo.

— No éste —dijo Karen, y le miró a los ojos—. El caso de su cuñado no puede ser resuelto por una persona que no le quiere bien. Nosotras sentimos, por lo menos, compasión hacia él.

Juhl movió la cabeza e hizo un gesto preocupado con la mano.

—Muy bien —dijo—. ¿Y qué pensáis hacer?

— Primero hablaremos con el doctor Jacobsen. Quizá él quiera hablar con su cuñado que, por el momento, está esperando en la arboleda. Seguramente, el médico le dará consejos respecto a su recuperación, de cómo curar sus nervios y emprender una nueva vida.

— Ni hablar de eso —replicó Juhl—. Te lo prohíbo. No vamos a hacer creer al doctor Jacobsen que yo me declaro vencido. Ya hablaré yo con él, y le encontraré un trabajo a Ejler en cuanto salga del sanatorio. No le va a faltar nada. ¿Cómo te has atrevido a suponer que yo no velaría por su salud? Se trata de un ser humano. ¿Dónde está el doctor? Tengo que hablar con él en seguida.

Dio media vuelta y se alejó corriendo hacia el edificio principal de la granja, mientras Karen le contemplaba con una amplia sonrisa. Todo había salido tan bien como ella había esperado. Había apretado las teclas precisas.

En aquel instante, Puck y la señora Juhl aparecieron doblando

una esquina. Cuando vieron a Karen, dijo la señora:

— Puck me lo ha contado todo. ¿Qué te dijo mi marido?... Estoy muy preocupada... Quiero decir... Se enfada tan fácilmente...

— Todo está bien —contestó Karen—. Podemos regresar tranquilamente. El señor Juhl se ocupará del resto. No está enfadado. Es muy simpático.

Puck la miró con admiración:

— ¡Karen, eres un genio! —exclamó emocionada.

— Sí que lo soy — contestó Karen sin el mínimo rubor.

FIN